



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Los Balbos y el Imperio Romano

Autor:

Lisardo Rubio

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1950 - 3, pag. 142 - 199



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LOS BALBOS Y EL IMPERIO ROMANO

2ª parte

POR

Lisardo Rubio

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

VI. La guerra civil. VII. Los Balbos y el Imperio de César. VIII. Los idus de marzo.
IX. Los Balbos y Augusto. X. Los Balbos y su generación.

LUCIO CORNELIO BALBO EL MENOR

La juventud de Lucio Cornelio Balbo el Menor es totalmente desconocida. Sobrino de Balbo el Mayor, de cuyo hermano Publio era hijo¹, nació en Cádiz poco antes del año 72 anterior a nuestra era². Ningún indicio nos permite precisar la fecha. Obtuvo la ciudadanía romana con su tío³.

Al estallar el gran conflicto César-Pompeyo, es ya un hombre y lo hallamos resueltamente al lado de César y después de Octavio a quien ayuda por todos los medios a su alcance, logrando alcanzar así una celebridad nunca soñada por ningún extranjero.

EL PARTIDO CONCILIADOR. CICERON Y LOS BALBOS

La correspondencia de Cicerón de fines del año 50 nos revela la impaciencia del autor por llegar a Italia: había terminado su proconsulado en Cilicia; estaba perfectamente enterado por sus corresponsales de la capital de la inminente ruptura de las hostilidades entre los cesarianos y los miembros del buen partido (*optimates*) patrocinado por Pompeyo. Quería ayudar ya sea en el restablecimiento de la concordia, si fuera posible, ya sea en la victoria de *los buenos*, o, al menos, no quedar ajeno a

¹ *Act. tr.* CIL, I, pág. 50.

² El año 72, en que como hemos visto por la ley Gelia-Cornelia se le concede la ciudadanía romana, fija un término *ante quem* de su nacimiento. Por otra parte, no debió de nacer mucho antes, pues en 44, como veremos, ejerce ya la cuestura, y es de suponer que, dada la influencia de su tío y sus méritos personales, debió iniciar el *cursus honorum* con la edad mínima o poco menos.

³ PLINIO: *N. H.*, V, 36.

los acontecimientos⁴. La gran esperanza, esperanza grata a su patriotismo y a su afán por la gloria, era servir de mediador entre los dos caudillos: Cicerón tenía razones para creer que él podría ser el mensajero de la paz, pues ambos jefes hacían lo posible por atraerlo a su partido y le aseguraban no tener a nadie en mayor aprecio⁵.

Lleno de esperanzas pacíficas desembarca Cicerón en Brindis el 16 de noviembre del 50⁶ y se pone en camino hacia Roma con los fascas de sus lictores entretejidos de laurel por tener la pretensión de triunfar por sus victorias del Amano y Pindeniso. Cicerón manifestó neutralidad algún tiempo (en realidad prefería la causa de Pompeyo) para hacer mejor el papel de mediador. El 10 de diciembre, aún camino de Roma, tuvo una conferencia con Pompeyo: "Hemos estado juntos dos horas y ha mostrado la mayor satisfacción al verme de vuelta... En cuanto a los intereses de la república, me ha confesado creía la guerra inevitable y que no era de esperar ningún acuerdo. Que César desde hacía tiempo no contaba con él, de lo cual tenía una reciente prueba, porque Hircio, uno de sus mayores confidentes, había llegado a Roma el 6 de diciembre por la tarde y no se había dejado ver de él; y que, queriendo Balbo hablar a Escipión la mañana siguiente del negocio por el cual Hircio había venido, éste se había escapado aquella misma noche ya tarde. Pompeyo ve en esta circunstancia una señal cierta de que César quiere romper con él⁷.

Llega a Roma a primeros de enero del 49. Los nuevos cónsules C. Claudio Marcelo y L. Cornelio Léntulo Crus eran acérrimos partidarios de Pompeyo: ya sabemos lo que pasó en la sesión inaugural de su consulado y en la del 7 de enero. Así la cuestión de los poderes de César que venía arrastrándose desde hacía dos años, se resolvía violentamente por los nuevos cónsules y el senado en menos de una semana. Los tribunos de la plebe, sin garantías ya de inmunidad personal, corrieron a refugiarse en el campo de César y tras ellos corrieron los cesarianos más significados de la urbe; Pompeyo recibía el mando supremo de las operaciones decretadas por el *senado consulto último* (decreto marcial) para velar por la seguridad del estado. César reacciona pasando el Rubicón días más tarde. Cicerón se dió cuenta que su llegada coincidía con el chispazo de la discordia o mejor de la guerra civil⁸.

En una marcha fulminante César toma Ariminum, Pisaurum, Fanum, Ancona y Arretium, puestos estratégicos importantes⁹. Al saberse en Roma el golpe audaz, Pompeyo y el senado evacuan la ciudad (17 y 18 de enero). Cicerón se asocia a los fugitivos, aunque condenaba este abandono de la capital¹⁰ y fué a Formias.

La retirada de los senadores con Pompeyo fué una desagradable noticia para César; pues con Pompeyo estaría la legalidad. Procuró retener parte del senado, escribió, directamente o por medio de sus amistades, a alguno

⁴ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 3, 2.

⁵ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 1, 3 y 7.

⁶ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 2.

⁷ CICERÓN: *ad Att.*, VI, 4, 2 y 3.

⁸ CICERÓN: *ad fam.*, XVI, 11; *incidi in ipsam flammam ciuilis discordiae uel potius belli.*

⁹ CÉSAR: *B. C.*, I, 3.

¹⁰ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 13 a; VIII, 2, 2; 16, 1; VII, 21: *fugam ab urbe turpissimam; y VIII, 8, 1: o rem turpem et ea re miseram urbem reliquerat.*

de ellos para que regresaran¹¹. Cicerón no duda¹² que el propio César escribiría en este sentido a Pisón y a Servio, entre otros. Pero los principales esfuerzos de César y los suyos se dirigieron a atraer a Cicerón y al cónsul Léntulo, ambos miembros muy destacados del partido senatorial por su pasado y su prestigio personal; ambos parecían ser asequibles por ser íntimos de los Balbos; Cicerón, además no había mostrado, desde su regreso de Cilicia, el fanatismo anticesariano que se había observado en otros miembros de su partido.

Trebacio, el jurista tomado por César a su servicio por recomendación de Cicerón a Balbo el Mayor, informa al arpinate ya desde el 25 de enero (el éxodo había tenido lugar sólo unos ocho días antes) que “su regreso se vería con buenos ojos”¹³. En efecto, si Cicerón entraba en la ciudad, detrás de él entrarían todos los amigos de la paz, los hombres de orden y las personas sensatas en general. Entonces podría convocarse un senado y reorganizar la vida pública en Roma. Este plan tendía a presentar a los cónsules, a los pompeyanos y a cuantos los habían seguido hacia Apulia, como fugitivos voluntarios, como desertores de su misión en la urbe. César legalizaría su situación en cambio y se transformaría en el defensor de la República y de la constitución. Estos objetivos, primordiales para César, dependían de la decisión de Cicerón y sus amigos de regresar a Roma. Sus esfuerzos van pues a dirigirse en este sentido y los Balbos van a ser sus peones principales, si bien no los únicos.

Cicerón contesta a su amigo Trebacio que la cosa era muy difícil en las actuales circunstancias; sin embargo que él estaba en su finca de Formias sin emprender levas ni actividad alguna¹⁴, y que permanecería en aquel lugar mientras hubiera alguna esperanza de paz. Tal vez Trebacio había escrito a Cicerón por insinuación de César, como parece desprenderse de la carta misma de Cicerón; desde luego es indudable que la respuesta fué conocida del procónsul de las Galias, que vió por ella crecer sus esperanzas de poder atraerse a Cicerón, o, al menos, de inducirlo a permanecer neutral. Buena señal era que Cicerón después de haberse retirado los cónsules del distrito capuano no se ocupara de las levas de quintas ni de la defensa de las costas (los mandos militares los había rehusado desde los primeros momentos). César, para lograr su objetivo pone en juego a todos los amigos comunes, que escriben o visitan al arpinate en Formias; y entre ellos desempeñan papel primordial nuestros Balbos.

Cicerón, pues, no cesa de trabajar por un arreglo pacífico; y a sus esfuerzos se aunaron todos aquellos que, la lucha fratricida iniciada, lo iban a perder todo sin esperanza de realizar ganancia ninguna, como eran los banqueros, los accionistas de las grandes ciudades asiáticas, los ricos comerciantes, los empresarios y el conjunto del orden ecuestre. Este movimiento pacifista alcanzó tales proporciones que tanto los cesarianos, como los pompeyanos, sintieron la necesidad de tenerlo en cuenta y maniobrar de manera a echar la culpa de las hostilidades al adversario para no enajenarse gran parte de la opinión en los medios sociales más influyentes.

En este juego, como acabamos de indicar, los Balbos van a secundar maravillosamente a César y desempeñarán su papel ante Cicerón, jefe

¹¹ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 17, 3.

¹² CICERÓN: *ad Att.*, *ibidem*.

¹³ CICERÓN: *Ibidem*.

¹⁴ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 17, 4.

del partido conciliador, como consumados artistas. Si bien los cónsules C. Marcelo y L. Cornelio Léntulo Crus habían resuelto el caso de César con manifiesta brusquedad y sin miramiento alguno para un hombre tan prestigioso y benemérito como César, si Pompeyo había mostrado manifiesta malquerencia para César ordenando la movilización, el procónsul de las Galias tenía sobre su conciencia el paso del Rubicón y la ocupación de un territorio jurídicamente dependiente de los magistrados urbanos. César siente la necesidad de justificarse y lo hace multiplicando los ofrecimientos de paz a sus adversarios: del Rubicón a Farsalia hemos contado seis proposiciones de paz por parte de César: evidentemente con esto no cosechaba más que ventajas, pues si Pompeyo no aceptaba, como era de esperar (pues todos los romanos sabían la aversión de Pompeyo a las pretensiones del procónsul), recaería sobre él toda la odiosidad de la guerra civil; si aceptaba perdería preciosos momentos en deliberar: él (César) entretanto aprovecharía los instantes para alcanzar a su adversario en retirada hacia el Sur y tal vez podría lograrlo antes de embarcar en Brindis, con lo que acabaría de una vez.

César recibe en Ariminum hacia el 17 ó 18 de enero del 49 a los delegados del senado y de Pompeyo que habían venido a comunicarle oficialmente los decretos del 7 de enero y a exigir en consecuencia su retirada de Italia. Los embajadores eran L. Roscio Fabato, uno de sus antiguos legados, y el hijo del antiguo cónsul del 64 L. César, un primo lejano suyo. César no despachó a los enviados senatoriales, se declaró dispuesto a licenciar a sus legiones y entrevistarse con Pompeyo para allanar todas las dificultades, pero a condición que Pompeyo licenciara igualmente sus tropas, suspendiese la movilización emprendida y fuera a España y que, por su parte, pudiera presentar su candidatura al consulado¹⁵.

Cicerón había establecido en su residencia de Formias el cuartel general de los conciliadores, el centro propulsor de los esfuerzos para inducir a ambas partes en conflicto a que se entendieran. Cicerón, a pesar de sus simpatías por los Pompeyanos, procura mostrarse neutral para tener ascendiente sobre los dos bandos¹⁶. César tiene buen cuidado de comunicarse con Cicerón y halagarlo incitándolo a seguir trabajando por la paz y mostrándole su esperanza en el éxito de sus gestiones pacifistas.

El 8 de febrero Marco Tulio escribe a Atico: "El propio César me exhorta a trabajar por la paz"¹⁷. Del 21 de febrero (toma de Corfinium) al 17 de marzo (día que Pompeyo se escapa de Brindis) culmina la campaña de César por atraerse partidarios con que formar un senado en sustitución del huído. Los Balbos se encargan del peso principal de esta campaña. Balbo el Mayor va a visitar a los senadores y a asegurarles de la buena voluntad de César; en particular escribe a Cicerón el 25 de febrero a Formias: "César nada desea tanto como vivir en paz y dejar el primer puesto a Pompeyo"¹⁸.

Con estas promesas de Balbo a Cicerón se relaciona el segundo ofrecimiento de negociaciones por parte de César: Magio es el intermediario¹⁹.

¹⁵ DIÓN CASIO: XLI, 2-4; B. C., I, 2; cf. CARCOPINO: *Hist. de Roma* (colec. Glotz), II, pág. 822-23.

¹⁶ CICERÓN: *ad fam.*, XVI, 11, 3: nos agimus nihil cupide eoque est nostra pluris auctoritas.

¹⁷ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 21, 3.

¹⁸ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 9, 4.

¹⁹ CÉSAR: B. C., I, 24-26; CICERÓN: *ad Att.*, IX, 13.

N. Magio había sido un *praefectus fabrum* de Pompeyo²⁰: hecho prisionero por las tropas cesarianas en su marcha de Corfinio a Brindis entre el 21 de febrero y el 9 de marzo del 49. César, aún en camino, lo envió en busca de Pompeyo solicitando una entrevista con él, "porque los progresos de las negociaciones son muy distintos cuando alejados uno de otro se hacen llevar por terceras personas las condiciones de un acuerdo y cuando la discusión de esas condiciones tienen lugar en conferencias directas"²¹. Magio llegó a Brindis antes que César emprendiera el sitio; y, según César, en el *De Bello Civili* (I, 26), Magio no regresó del campo pompeyano; pero según el mismo César (en Cicerón *ad Att.* IX, 13 a) sí regresó. Hay que suponer (Hoffmann) que Magio enviado por Pompeyo a César²² con condiciones inaceptables, fué de nuevo mandado al campo pompeyano donde se habrá quedado esta segunda vez. De todas formas la negociación fracasó durante el asedio²³.

Con todo, César, del mismo modo que no cesa de pregonar a Cicerón por sus amigos los Balbos que su único deseo es entenderse con su rival, él no deja de enviar embajadas a Pompeyo ofreciendo la reconciliación²⁴.

Ya después de la de Magio y por consiguiente a última hora del sitio hay que situar la tercera negociación, la de Caninio Rebilio. Pompeyo ya mandó la primera mitad de su ejército al otro lado del mar desde el día 4 de marzo. César envía al campo enemigo a Caninio Rebilio, íntimo y pariente de Escribonio Libón: le da por misión exhortar a Libón a interceder por la paz. Pide ante todo (lo que pregonan sin cesar los Balbos) que César pueda tener una entrevista con Pompeyo: manifiesta que su esperanza en un arreglo es completa si se le hace posible esta entrevista: hace observar que Libón conseguirá una gran parte de gloria y consideración si por iniciativa y mediación suya se pone fin a las hostilidades. Libón va a encontrar inmediatamente a Pompeyo y vuelve con la respuesta: los cónsules estaban ausentes (ya se habían embarcado) y él no puede negociar sin ellos. "Después de estas frecuentes y vanas tentativas César juzga que debe abandonar sus proposiciones pacíficas y ocuparse de decidir por las armas el conflicto"²⁵.

Pero volvamos los ojos a la retaguardia. Cicerón, en Formias, a fines de febrero, sigue permaneciendo neutral, como buen árbitro de paz. Es ya un tanto apuntado a la política de César y Balbo. Pompeyo, al ver al gran orador retrasarse en Formias ante la desbandada republicana y no darse prisa en seguirla hacia el Sur, teme ya entonces que no se decida a seguirlo incondicionalmente. En febrero culminan los esfuerzos de ambos bandos por atraerlo a su partido. Pompeyo en carta del día 20 le insta: "Los cónsules se han reunido ya con el ejército que yo tenía en Apulia: apelo a tu vivo y jamás desmentido patriotismo para que sin demora vengas con nosotros. Debemos examinar juntos la situación y decidir las medidas necesarias para la salvación del Estado tan duramente probado. Deseo que vengas por la Vía Apia y que te halles en Brindis cuanto antes"²⁶.

²⁰ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 7c.

²¹ CÉSAR: *B. C.*, I, 24.

²² CICERÓN: *ad Att.*, IX, 13, 8; IX, 13a.

²³ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 13, 8.

²⁴ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 20, 4: *Nihil relictum a Caesare quod seruandae pacis causa tentari posset; nihil receptum a Pompeianis.*

²⁵ CÉSAR: *B. C.*, I, 26; DIÓN CASIO, XLI, 12; CICERÓN: *ad Att.*, IX, 6, 3.

²⁶ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 11c.

El 24 del mismo mes por la tarde, pasa Balbo el Menor junto a la residencia de Cicerón en Formias: iba apresuradamente en busca del cónsul Léntulo. Entró a ver a Cicerón y aprovechó para corroborar las noticias de César y de su tío²⁷; le repite el consabido refrán “que César nada deseaba tanto como alcanzar a Pompeyo y reconciliarse con él”. Y por primera vez Cicerón desconfía de los Balbos: a) *de Balbo el Menor*: “que César desee alcanzar a Pompeyo, eso sí lo creo: que sea para reconciliarse con él eso ya no lo creo”²⁸; b) *de Balbo el Mayor*: “tú (escribe a Atico) creerás esto (la misma noticia dada por carta de Balbo el Mayor), pero en el momento en que te escribo hoy 26 de febrero Pompeyo puede encontrarse ya en Brindis... El otro (César) es un prodigio de vigilancia, de rapidez y actividad. Ignoro completamente lo que va a suceder”²⁹. O sea que Cicerón ya empieza a leer en el juego: los Balbos predicán paz a todos los vientos mientras su jefe aprovecha febrilmente los instantes para ganar posiciones militares.

Como los Balbos y César van al unísono, a las negociaciones de Magio y Rebilio corresponden las cartas de Balbo el Mayor a Cicerón que nos han llegado en la correspondencia de éste. En la primera, de principios de marzo, exhorta Balbo a Cicerón a abogar por la reconciliación entre César y Pompeyo.

Ad Atticum VIII, 15 A.

Balbo a Cicerón

“Te lo suplico, Cicerón: emprende una tarea digna de tu virtud procurando devolver a su antigua concordia a César y Pompeyo que la perfidia de los hombres ha enemistado. Créeme; César no solamente se someterá a tu criterio, sino que juzgará que le hiciste un inestimable beneficio, si te entregas a esta tarea. Me agradaría que Pompeyo hiciera otro tanto, aunque en estos momentos más bien deseo que espero pueda traérsele a alguna condición. Pero cuando él cese de temer, entonces empezaré a no desesperar de la eficacia de tu influencia sobre él. Quisiste que mi amigo el cónsul Léntulo se quedara aquí; esto César te lo agradece mucho y yo más, te lo juro; pues lo tengo en tanto aprecio que ni al mismo César estimo más. Si hubiera consentido oírme, como solía hacer, si no hubiera evitado repetidas veces entrevistarse conmigo, no sería yo tan desgraciado como soy. Pues no te figuras que nadie en estos momentos sufre más que yo, al ver a aquél que quiero más que a mí mismo, ser todo en el consulado menos cónsul. Si se decide a seguir tus consejos y a creernos respecto a las intenciones de César y terminar su consulado en Roma, comenzaré a esperar la reconciliación entre Pompeyo y César por el intermedio del senado, siendo tú su consejero y él (Léntulo) su órgano. Si esto se realiza juzgo haber vivido bastante. Sé que apruebas sin reserva la conducta de César en los acontecimientos de Corfinio, y las cosas no pudieron pasar mejor ya que no ha corrido la sangre en tales circunstancias. Me alegro que te hayas regocijado de la llegada de mi querido Balbo. Todo lo que éste te dice de César y lo que el propio César te escribe, sé que es completamente cierto, como te lo probarán los hechos, cualquiera que sea su suerte.

Esta carta es, fecha más o menos, del 1º de marzo, pues la recibió Cicerón el 3 de dicho mes juntamente con otra de Atico³⁰.

La segunda carta de Balbo (escrita ésta juntamente con Opio) a Cicerón, es del 10 u 11 de marzo.

²⁷ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 9, 4.

²⁸ CICERÓN: *Ibidem.*

²⁹ CICERÓN: *Ibidem.*

³⁰ *Ad Att.*, VIII, 15, 3.

Ad Atticum IX, 7, A.

Balbo y Opio saludan a Cicerón

“En general se suele juzgar los consejos no sólo de las personas humildes como somos nosotros sino incluso de las más eminentes, por su resultado, no por la buena voluntad de quienes los dieron: sin embargo, confiados en tus buenos sentimientos te daremos nuestro mejor consejo referente al asunto que nos comunicas; si no fuera acertado al menos será fruto de la mejor buena fe e intención. Nosotros, si no supiéramos por el propio César que está dispuesto a hacer lo que a nuestro juicio conviene que haga, a saber, en cuanto llegue a Roma, tratar de reconciliarse con Pompeyo, dejaríamos de exhortarte a intervenir para que con tu mediación, ya que eres amigo de ambos, el asunto se concluyese con mayor facilidad y decoro. Por el contrario, si creyéramos que César no piensa en la reconciliación y sí en hacer la guerra a Pompeyo, nunca te aconsejaríamos tomar las armas contra un hombre tan benemérito para ti. Del mismo modo que siempre te suplicamos no tomarlas contra César. Pero como por ahora más bien conjeturamos que conocemos las intenciones de César, no te podemos decir otra cosa sino que no nos parece correspondiente a tu dignidad, a tu lealtad de todos conocida que tomes las armas contra uno u otro, ya que eres muy buen amigo de ambos; y no dudamos que César, dada su generosidad, apruebe tal conducta en ti. Con todo, si te parece, nosotros le escribiremos para que nos entere de lo que piensa decidir sobre el particular; si nos lo comunica te escribiremos sin tardanza nuestro parecer y te probaremos que te aconsejamos lo que creemos más conforme con tu dignidad y no lo más útil a los intereses de César, cuya benevolencia para con los suyos es tal que contamos con su aprobación”.

La tercera carta dirigida por Balbo el Mayor a Cicerón es del 11 ó 12 de marzo.

Ad Atticum IX, 7, B

Balbo a Cicerón

“Me alegro disfrutes de buena salud. Después de escribirte en común con Opio, he recibido una carta de César, cuya copia te remito; por ella podrás comprender cuánto desea la paz y la reconciliación con Pompeyo y cuán alejado está de todo propósito violento: sus sentimientos me encantan como es natural. Por lo que a ti toca, mi querido Cicerón, y a tu fidelidad y honradez, por Hércules, soy de tu parecer; el honor y el deber no te permiten tomar las armas contra quien reconoces haber sido insigne bienhechor tuyo. Tengo la seguridad que el mismo César aprobará tu conducta, dada su clemencia y humanidad. E igualmente que se dará por muy satisfecho si no tomas parte en esta guerra contra él y no te asocias a sus enemigos. Esto le satisface no sólo de parte de un hombre tan notable como tú sino que a mí mismo me concedió de propio impulso no participar en las operaciones dirigidas contra Léntulo y Pompeyo a quienes debo grandísimos favores; se contentó con tenerme de agente de sus negocios en Roma y hasta me dejó libertad para ejercer el mismo oficio con ellos. Así pues, ahora en Roma velo por los intereses de Léntulo; presto mis servicios y guardo fidelidad a uno y a otro. Por Hércules, la esperanza de un arreglo pacífico, aunque ya abandonada, creo no debe perderse por completo: pues César tiene los sentimientos que podemos desear. Me agradaría, si te parece, le escribas, y le pidas protección como se la pediste a Pompeyo, con mi aprobación, en tiempo de los disturbios de Milón: te garantizo (o poco conozco a César), que él tendrá en cuenta más tu honor que su utilidad. No sé hasta qué punto soy prudente al escribirte esto; lo que sí sé es que te escribo con singular afecto y benevolencia; por la vida de César te juro apreciarte y quererte como a pocos. De todo esto cuando hayas decidido algo te ruego me lo comuniques: pues trabajo con la mayor diligencia para que puedas lograr tu intento de quedar bien con ambos y, por Hércules, espero lo consigas”.

Cuarta carta de Balbo a Cicerón (23 de marzo).

Ad Atticum IX, 13 A

“César me ha enviado una esquila cuya copia te mando a continuación. Por la brevedad de su carta podrás juzgar lo atareado que debe estar, ya que me escribe de asunto tan importante con tal laconismo. Si hay alguna novedad te enteraré en seguida”.

No se replique con Cicerón que si César hubiera pretendido aceptar un arreglo no hubiera proseguido las operaciones mientras los últimos intentos de reconciliación: César sabía las pocas probabilidades de volverse atrás: para Pompeyo negociar era ya declararse vencido y su amor propio pasaría muy difícilmente por esa humillación. La leve esperanza, pues, de traer a Pompeyo a un arreglo no compensaba la pérdida del tiempo empleado en negociar, y el factor tiempo, importante en todas las operaciones, era para César esencial tratándose de parar los pies a un enemigo que se le iba del Continente.

Cicerón desconfiando cada vez más de los Balbos pensó en lo que debía hacer: ¿ir con Pompeyo? pero ¿dónde estaba a la sazón? ¿en Brindis? ¿en Epiro? Imposible ponerse en camino sin saber adónde dirigirse. Además ¿qué exigía su honor? “Si me marchó parecerá que huyo, si me quedo que espero (a César) para felicitarlo”³².

Cuando se enteró³³ que Pompeyo y los cónsules habían abandonado Italia, se entristece profundamente por no haberlos seguido desde un principio³⁴. Luego se indigna contra Balbo, porque, a su parecer, se burló cínicamente de él; en carta del 24 de marzo (pero que alude a acontecimientos anteriores al 17, día que Pompeyo se va de Italia con las últimas tropas que le quedaban) escribe, al ver que los cesarianos prosiguen el asedio mientras las negociaciones de paz: “Pompeyo ha enviado a N. Magio para tratar de la paz y entretanto le sitian. Yo no lo creía pero he recibido una carta de Balbo, cuya copia te remito: léela y fíjate particularmente en el último párrafo del excelente Balbo, a quien Pompeyo regaló un terreno para construir unos jardines, a quien muchas veces prefirió a todos nosotros. Así se atormenta el desgraciado³⁵... Y el día siguiente: “¿Dónde están aquellas esperanzas de paz de que tanto se preocupaba Balbo? ¿Hay algo más cruel, más implacable?”³⁶.

Los esfuerzos que los Balbos realizaron para atraerse a Cicerón, los realizaron indudablemente también con otros muchos senadores y personajes influyentes sobre los que por sus relaciones podían influir. No estamos enterados concretamente más que de otro caso, el del cónsul Lucio Cornelio Léntulo Crus, el fogoso enemigo de César³⁷ que tanto influyó en el desencadenamiento de la guerra civil desde el primer día de su consulado. Amigo de Cicerón³⁸ lo era igualmente de los Balbos³⁹, y por eso intentaron éstos con gran empeño atraerlo. El siguiente párrafo nos dará idea de la amistad de Balbo el Mayor con el cónsul anticesariano: “el mismo César por propio impulso me permitió no hallarme en esos cam-

³² CICERÓN: *ad Att.*, IX, 3, 2.

³³ CICERÓN *ad Att.*, IX, 6, 3-4.

³⁴ *Ibidem*. Nunc autem postquam Pompeius et consules ex Italia exierunt, non angor sed ardeo dolore...

...οὐδέ μοι ἦτορ
ἔμπεδον ἀλλ' ἀλαλύκτημαι.

Non sum, inquam, mihi crede, mentis compos; tantum mihi dedecoris admississe uideor. Mene non primum cum Pompeio qualicumque consilio usus est, deinde cum bonis esse quamuis causa temere instituta?

³⁵ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 13, 8.

³⁶ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 14, 2.

³⁷ CÉSAR: *B. G.*, VIII, 50.

³⁸ CICERÓN: *in Pisonem*, 77; *ad fam.*, XVI, 11, 3.

³⁹ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 15a, 2; IX, 7b, 2; *Vel. Pat.* II, 51, 3.

pamentos que debían enfrentarse con Léntulo y Pompeyo de quienes había recibido extraordinarios beneficios... Así, pues, ahora en Roma cuido todos los negocios de Léntulo y le ofrezco mis servicios, mi buena fe y amistad⁴⁰. En otra carta⁴¹ Balbo afirma que no le profesa menos afecto que a César.

Balbo el Mayor, en los días de la desbandada de los optimates que huyen de Roma al comenzar la ofensiva de César en la Italia del Norte, intentó varias veces ver a su amigo el cónsul Léntulo: quería aconsejarle moderación e invitarle a no abandonar la capital donde podía acabar normalmente su consulado. El cónsul que siempre se había tratado familiarmente con Balbo, en estas circunstancias evitó su encuentro y fué de los primeros en partir⁴². Entonces Balbo y César deciden destacar a Balbo el Menor con un mensaje secreto para el cónsul... Cuando Balbo el Menor visitó a Cicerón en Formias el 24 de febrero (ver supra p. 147) iba con dicho mensaje de su jefe y de su tío (éste harto ocupado en Roma como es fácil comprender), llevaba una carta, poderes y el ofrecimiento de una provincia, si se decidía a regresar a la capital⁴³. El mismo día habían llegado a Formias noticias sensacionales: la caída de Corfinio y la retirada de Pompeyo a Brindis⁴⁴. A nadie se le ocultaba la importancia de la pérdida para los anticesarianos: así Cicerón vió con agrado la misión de Balbo para el cónsul Léntulo⁴⁵. Y tanto más cuanto que él mismo había predicado y seguía predicando la moderación, opinaba que se hubiera debido resistir a César cuando, años atrás, era débil, pero no ahora que se hallaba a la cabeza de once legiones⁴⁶; una paz injusta era preferible a una guerra justa⁴⁷; todo antes que una guerra civil. La paz era ahora más difícil, por mostrarse el invasor más exigente después de sus sorprendentes triunfos; pero con todo si uno de los cónsules aceptase el papel de mediador algo se podía esperar, creía Cicerón; él, por su parte, para contribuir a la causa de la paz, o tal vez, para complacer a Balbo el Mayor parece que envió una nota a Léntulo asociándose a Balbo para aconsejarle entrara en conversaciones con el mensajero⁴⁸. Balbo el Mayor había tenido gran esperanza en esta gestión, pero su sobrino tampoco logró reunirse con el cónsul, pues, cuando llegaba a Canusio recibió la noticia que Léntulo se había embarcado; en efecto, el mismo día 25 de febrero que él salía de Formias, los cónsules, que ya habían abandonado el territorio de Capua, realizaban su enlace con Pompeyo en Brindis; Pompeyo, precisamente por temer que intentaran algo en favor de la paz, los hizo embarcar en la primera expedición, el 4 de marzo del 49⁴⁹. Balbo el Menor comunica a su tío la noticia por carta⁵⁰ y se queda con César, que llegaba aproximadamente cuando él a Brindis en marcha directa desde Corfinio.

⁴⁰ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 7b. 2.

⁴¹ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 15a, 2.

⁴² CICERÓN: *ad Att.*, VII, 15a, 2.

⁴³ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 9, 4; 11, 5.

⁴⁴ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 8, 2.

⁴⁵ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 15a, 3.

⁴⁶ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 7, 7.

⁴⁷ Cf. CICERÓN: *ad Att.*, VII, 11d, 6.

⁴⁸ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 15a, 2: si voluerit (Lentulus) tibi obtemperare at nobis de Caesare credere...

⁴⁹ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 6, 3.

⁵⁰ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 6, 3.

CESAR EN ROMA DESPUES DE BRINDIS

Los intentos de César y Balbo por atraer a Roma a Cicerón y Léntulo deben explicarse por el deseo de legalizar su situación al final de las operaciones de Italia. Después de la caída de Corfinio y antes de llegar a Brindis, César ya piensa en su regreso a Roma. Más que nunca le interesa hallar a Cicerón en la capital para reunir con él a los senadores que quedaban en Italia. Le dirige una carta en marcha hacia Brindis: "El mayor gusto que podrías darme ahora es el de volver a Roma donde yo pienso hallarme dentro de poco. Tus consejos, tu reputación, tu autoridad y tu auxilio me podrán servir de mucho"⁵¹. Cicerón contesta a esta carta el 19 de marzo: "Si piensas de veras reconciliarte con Pompeyo y reconciliarle a la república, seguramente no hallarás otro más a propósito que yo para el manejo de semejante negociación; pues yo desde el principio no he hecho otra cosa que predicar la paz a él y al senado, sin mezclarme de modo alguno en la guerra, por estar persuadido de que te hacen injusticia y proceden con animosidad y por emulación queriéndote quitar un privilegio que el pueblo romano te concedió"⁵². Pero del asunto esencial, si piensa o no ir a Roma, nada dice. Termina su carta alabando la clemencia de César en Corfinio y reiterándole su agradecimiento por haber dejado libre a Léntulo, su libertador (P. Cornelio Léntulo Spinther cónsul el 57 había contribuído particularmente al llamamiento de Cicerón del destierro⁵³). César, terminadas las operaciones y camino de Roma manda desde Sinuesa una carta más a Cicerón manifestándole su alegría infinita por haberlo complacido y aprovecha para reiterarle la consabida invitación: "Quisiera que te hallaras pronto camino de la urbe, para servirme en todo, como de costumbre de tus consejos y de tus recursos"⁵⁴. Esta carta llegó a poder de Cicerón el 26 de marzo. El 27⁵⁵ César se halla en Formias y hace publicar, para que Cicerón se enterara, que quiere reunir el senado el 1º de abril y que desea numerosa concurrencia. Cicerón espera la visita de César y hace lo posible para evitarla porque sabe en qué sentido le va a hablar⁵⁶. La visita tuvo lugar en efecto el 28: Cicerón se mantiene firme en su decisión de no ir a Roma⁵⁷. César insiste: "Tu conducta será mi condenación y tu ejemplo retendrá a los demás". (¡Aquí vemos el porqué de la machacona insistencia de los Balbos y su jefe!). Cicerón replica que su posición es excepcional...

No se avienen y César acaba amenazando: "Si me niegas tus consejos tendré que buscar otros donde pueda y me veré obligado a llegar a todo". Y se separan. Desde esta separación teatral ya no habrá más invitaciones amistosas: Cicerón procurará huir, César vigila las costas y amenaza... Cicerón se embarca el 11 de junio: él, que en un momento llegó a pensar en regresar a Roma⁵⁸, ahora se avergüenza de su conducta y va a precipitarse "con los buenos" a ojos abiertos en el abismo⁵⁹. Balbo reaparecerá

⁵¹ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 6a.

⁵² CICERÓN: *ad Att.*, IX, 11a, 2.

⁵³ CICERÓN: *pro Sextio*, 70; *in Pisonem*, 34.

⁵⁴ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 16, 2-3.

⁵⁵ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 16, 1-2.

⁵⁶ CICERÓN: *ad Att.*, VII, 15, 1.

⁵⁷ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 17.

⁵⁸ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 10, 4.

⁵⁹ CICERÓN: *ad fam.* VI, 6, 6.

para sacarlo del precipicio; pero no nos anticipemos a los acontecimientos, volvamos con César a Roma.

Los esfuerzos de Balbo y demás cesarianos no habían sido del todo vanos: habían convencido, si no a Cicerón, al menos a cierto número de indecisos que se reunieron con el núcleo de partidarios de César⁶⁰. Los senadores reunidos fueron pocos⁶¹; pero César podía arengar al senado de Roma (?) revestido del imperium, los tribunos Q. Casio y Marco Antonio habían convocado a los senadores en el campo de Marte para que César pudiera presentarse ante ellos sin violar las leyes⁶². César fué extremadamente moderado en sus palabras⁶³: les hace historia de los acontecimientos que lo obligaron a pasar el Rubicón, sus repetidos intentos de negociar, y propone, aún ahora, enviar una nueva legación. Todos aprueban la propuesta, pero cuando se trató de elegir los diputados todos se negaron a formar parte de la embajada: recordaban las palabras de Pompeyo que consideraría como enemigos a cuantos quedaran en Roma. Los invitó a compartir con él el gobierno de la república: pero ante la falta de decisión de aquella asamblea temblorosa, César asumió plenamente todas las responsabilidades del poder. Con gran alegría debió ver Balbo a César los siete días de su permanencia en Roma ejecutar por su propia autoridad sus planes más audaces, como el de vaciar el erario para pagar sus soldados, con gran estupefacción de las masas devotas.

PRIMERA CAMPAÑA DE ESPAÑA. SERVICIOS DE CADIZ

Después de vencer al general en Italia, César va a vencer su ejército en España. Los principios de la campaña son difíciles: César, como es sabido, corrió gravísimo peligro ante Lérida; las dificultades tienen eco inmediato en Roma: Balbo tiene que sufrir las tristes noticias que llegan de España y el nuevo éxodo hacia Oriente de los senadores neutrales que hasta entonces habían permanecido en la capital y habían sido objeto especial de sus atenciones: ahora se apresuraban a embarcar para no llegar los últimos al campo pompeyano vencedor⁶⁴.

Pero el genio de César restablece la situación en Lérida a su favor y en menos de cuarenta días se asegura la posesión de la España Citerior.

La conquista de la Ulterior, a las órdenes del pompeyano Varrón, el famoso filólogo, aún fué más rápida. Las poblaciones de la Bética guardaban el mejor recuerdo de la propretura de César y bendecían ahora su llegada. Las principales ciudades, Carmona, Córdoba, Sevilla, se entregan a César: la patria de los Balbos, Cádiz, se distingue entre todas por su celo a favor de la causa cesariana. Varrón exigió a los gaditanos 10 naves de guerra; hizo transportar los tesoros del templo de Hércules dentro de las murallas de la ciudad y envió como guarnición seis cohortes al mando de G. Gallonio; desarmó a los particulares cuya simpatía para César conocía y pronunció él mismo violentos discursos extendiéndose sobre las derrotas que el enemigo estaba sufriendo en la Citerior (aún no habían llegado las

⁶⁰ DIÓN CASIO: XLI, 9.

⁶¹ CICERÓN: *ad Att.*, X, 1, 2; *ad fam.*, IV, 1, 1.

⁶² DIÓN CASIO: XLI, 15.

⁶³ CÉSAR: *B. C.*, I, 32 y 33.

⁶⁴ CÉSAR: *B. C.*, I, 53, 2.

noticias del final de la batalla de Lérida); exigió un tributo particularmente crecido por simpatizar con la causa adversa. Varrón pensó prolongar la resistencia en la isla gaditana en caso de verse apurado: concentró allí sus provisiones de trigo y su importante escuadra⁶⁵.

Varrón, al ver que le cerraban las puertas las restantes ciudades, se puso en marcha, conforme al plan previsto, hacia Cádiz con sus legiones, antes de verse cortado por mar o por tierra de aquella base en que cifraba su esperanza. Había recorrido una escasa distancia cuando le llega una carta con la siguiente noticia: los principales gaditanos se habían puesto de acuerdo con los tribunos de las cohortes de aquella guarnición para echar a G. Gallonio de la plaza y guardar la ciudad y la isla para César; tomada esta determinación, significaron a Gallonio que se retirara pacíficamente ahora que tenía tiempo, si no, ellos tomarían una determinación. Gallonio atemorizado se retiró.

Varrón se encuentra con todos sus planes fracasados. Cambia de rumbo hacia Itálica, pero como también le cierra las puertas, se entrega a César con sus tropas, su escuadra, su dinero y sus aprovisionamientos⁶⁶.

César, en Córdoba, pronuncia un discurso⁶⁷ dando las gracias a los ciudadanos romanos, a los españoles y a los gaditanos (nombra aparte, entre los españoles, a los gaditanos) “porque habían aniquilado los esfuerzos de sus enemigos y habían reconquistado su libertad”. De Córdoba, donde se detiene dos días, antes de regresar a reducir a Marsella, va a Cádiz, hace reponer en el templo de Hércules los tesoros retirados por Varrón y da a la antigua colonia fenicia, que en adelante se llamará *Julia Gaditana*, en conjunto el derecho de ciudadanía en recuerdo del grato sueño de antaño, cuya realización se efectuaba ahora rápidamente⁶⁸. A fines de septiembre se embarca en las naves cuya construcción Varrón había impuesto a los gaditanos.

A su regreso de España, César en los días que fija la suerte de los marseleses, subyugados tras un asedio de seis meses, recibe la noticia de su nombramiento como dictador, cuya proposición había hecho pasar el pretor Marco Emilio Lépido, el futuro triunviro; después del éxodo de los indecisos, los cesarianos no habían tenido dificultad en dominar la urbe⁶⁹. La campaña de España que en sus principios había sido una pesadilla para Balbo, acababa con la exaltación conjunta de su jefe y de su patria.

César entró en Roma en diciembre y permaneció allí de dictador once días⁷⁰ probablemente del 2 al 13 de diciembre⁷¹. Realiza reformas políticas y sociales de importancia⁷²; se hace nombrar cónsul con P. Servilio Isáurico para el año 48; abdica luego la dictadura (¡ya no le hacía falta!) y se marcha a Brindis a embarcarse.

⁶⁵ CÉSAR: *B. C.*, II, 18.

⁶⁶ CÉSAR: *B. C.*, II, 20.

⁶⁷ CÉSAR: *B. C.*, II, 21.

⁶⁸ DIÓN CASIO: XLI, 24, 1-2.

⁶⁹ DIÓN CASIO: XLI, 24, 1-2; CÉSAR: *B. C.* II, 21, 5.

⁷⁰ APIANO: *B. C.*

⁷¹ STOFFEL: *Hist. de Jules César.*, II, 426.

⁷² Ver CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colección Glotz), II, pág. 852-853. CÉSAR: *B. C.*, III, 1; APIANO: *B. C.*, II, 196-198; DIÓN CASIO: XLI, 36-38.

DIRRAQUIO Y FARSALIA. SERVICIOS DE BALBO EL MENOR

En pleno invierno, época cerrada a la navegación entre los antiguos, sin escuadra, en un mar dominado por la formidable fuerza naval enemiga, César se aventura a lanzar sus tropas al agua. Lo inverosímil de la empresa es su salvación. Balbo el Menor toma parte en la expedición.

Bíbulo, comandante supremo de la armada de Pompeyo, tiene sus buques anclados en los puertos; César, aprovechando un viento favorable y una noche oscura, el 4 de enero del 48⁷³, amontona en las naves de todas clases que pudo reunir la mayoría de sus fuerzas y desembarca en Palaeste (Palasa) sin ser molestado por las fuerzas pompeyanas a derecha e izquierda de Palaeste, en Corcira y Orico⁷⁴.

L. Vibulio Rufo, jefe pompeyano hábil y valiente⁷⁵, hecho prisionero por César en Corfinio y liberado inmediatamente, pero capturado por segunda vez en España, fué encargado de negociaciones de paz en seguida después que César pasó a Epiro. Personaje influyente junto a Pompeyo, César, por su generosidad con él, creía a Rufo el hombre indicado para tratar con el generalísimo enemigo⁷⁶. Carcopino⁷⁷ cree que “estas hipócritas proposiciones de paz no tenían más objeto en realidad que inducir a Pompeyo a una acción precipitada”. Menos que nunca creemos haya aquí motivo para dudar de las ofertas de César. Este, que no temía arriesgar los mayores peligros, se daba perfecta cuenta de lo “paradójico y precario de su situación” (expresión de Carcopino, *ibidem*); nos refiere en el *De Bello Civili*⁷⁸ las fuerzas y recursos imponentes con que contaba Pompeyo: había tenido un año entero para organizarse, había reunido una armada considerable suministrada por el Asia, las Cícladas, Corcira, Atenas, el Ponto, Bitinia, Siria, Cilicia, Fenicia y Egipto... Tenía 9 legiones y esperaba la llegada de otras dos que le traería de Siria Escipión; contaba con innumerables auxiliares... Había hecho venir una enorme cantidad de trigo de Tesalia, Asia, Egipto, Creta, Cirene y otras comarcas. César, en cambio, no tenía escuadra, ni dinero ni almacenes, y sus tropas eran numéricamente muy inferiores a las de Pompeyo; no tenía consigo todas sus fuerzas ni bases donde abastecerse en caso de verse obligado a la retirada. Estaba en un país pobre, sin recursos de ninguna clase, arrinconado en la costa entre un ejército infinitamente superior en número y provisto de reservas abundantes y el mar ahora estrechamente vigilado por Bíbulo, que ya había aprendido a velar siempre. Es una de las situaciones más críticas de la fortuna de César: en caso de un arreglo no podía menos de llevar la mejor parte: Italia, las dos Españas, Sicilia, Cerdeña eran suyas, y además era cónsul legal (?) aquel año. Las ofertas de César eran las de siempre. Pompeyo escuchaba a Vibulio en presencia de sus consejeros Libón, L. Luceio y el padre adoptivo de Balbo, Teófanos de Mitilene; de repente interrumpió al embajador: “¿Qué necesidad tengo de una vida o de unos derechos que pareceré deber a la generosidad de César? Y no se podrá hacer creer otra cosa al conocer mi regreso a Italia”⁷⁹.

⁷³ CÉSAR: *B. C.*, III, 6.

⁷⁴ CÉSAR: *B. C.*, III, 6 y 7.

⁷⁵ CICERÓN: *ad Att.*, VIII, 11b.

⁷⁶ CÉSAR: *B. C.*, I, 15, 4; 34, 1; 38, 1; III, 10, 1; 11, 1; 18, 3; 22, 1.

⁷⁷ CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colección Glotz), II, pág. 857.

⁷⁸ CÉSAR: *B. C.*, III, 3, 4-5.

⁷⁹ CÉSAR: *B. C.*, III, 18.

Las operaciones continúan. Los dos campamentos están frente a frente, separados sólo por un riachuelo, el Apsus (Semeni)⁸⁰. Los soldados de ambas partes tenían frecuentes conversaciones durante las cuales habían convenido no lanzarse ningún proyectil. César aprovecha las circunstancias para hablar de paz: al menos se atraería simpatías en el campo enemigo. Aquí va a intervenir Balbo el Menor y con los apreciables servicios que en Epiro va a prestar a César se abrirá camino, dice Veleyo Patérculo⁸¹ a los más altos honores: al triunfo, al pontificado y al consulado. Formó parte con otros centuriones y soldados de una comisión que, a las órdenes del legado F. Vatinio, debía avanzar a la orilla misma del Apsus y hacer lo que les pareciera más propio para favorecer la paz: debían preguntar repetidas veces y a voz en grito si no era lícito a unos ciudadanos enviar mensajeros a otros ciudadanos para concertar un arreglo pacífico; lo que se había permitido a los esclavos fugitivos y a los piratas ¿no se podría hacer para evitar una guerra civil? Contestan del lado opuesto que Aulo Varrón se comprometía a venir al día siguiente a una entrevista para exponer sus proposiciones; se fija hora. Gran expectación, grandes esperanzas. La conferencia tiene lugar. En medio de las conversaciones del lado pompeyano se produce una lluvia de dardos que hieren a varios soldados cesarianos y a tres centuriones: nuestro Balbo el Menor entre ellos. Labieno, el desertor de César, hizo saber al separarse que no se volviera a hablar de paz, que la paz no era posible mientras no se les llevara la cabeza de César⁸².

A la llegada de Marco Antonio con el resto del ejército de César a Lissus, César y Pompeyo abandonan simultáneamente sus posiciones del Apsus⁸³: el primero para reunirse con su legado, el segundo para impedir la unión; ésta se efectúa a pesar de todo. Entonces Pompeyo evita la batalla⁸⁴ y se fortifica al sur de Dirraquio⁸⁵. César emprende con discutido acierto estratégico⁸⁶ el famoso asedio (mediados de abril a mediados de julio del 48): el ejército numéricamente inferior cerca al mayor. Los soldados de César llegan a una falta de recursos tan extrema que tienen que moler raíces para matar el hambre⁸⁷. A pesar de verdaderos prodigios de valor los cesarianos no lograron asaltar el recinto pompeyano. César, ante esta situación angustiosa, intenta provocar defecciones en el bando enemigo; él mismo⁸⁸ nos refiere uno de estos intentos: Escipión, el suegro de Pompeyo, se hallaba en Macedonia al frente de un poderoso ejército que traía a su yerno de Siria. César le envía un amigo común, A. Clodio, con el siguiente mensaje, que halagaba extraordinariamente su conocida vanidad: él, (César) lo había intentado todo por la paz, pero nada había conseguido tal vez por culpa de los intermediarios. Pero Escipión tenía tal crédito que no sólo podía exponer a Pompeyo su opinión sino que en gran medida podía llamarle la atención y corregir sus yerros; era comandante supremo de un cuerpo de ejército, de manera que, además de su crédito disponía de fuerzas materiales para imponerse. Si obraba así, la tranquilidad de

⁸⁰ CÉSAR: *B. C.*, III, 19.

⁸¹ *Vel. Pat.*, II, 51.

⁸² CÉSAR: *B. C.*, III, 19,8.

⁸³ CÉSAR: *B. C.*, III, 30.

⁸⁴ CÉSAR: *B. C.*, III, 41.

⁸⁵ CÉSAR: *B. C.*, III, 42.

⁸⁶ CÉSAR: *B. C.*, III, 43, 2-3. Aquí ya justifica el propio César su atrevido intento.

⁸⁷ Ver en CÉSAR: *B. C.*, III, 47, un cuadro vivo de la penuria de los cesarianos.

⁸⁸ CÉSAR: *B. C.*, III, 47.

Italia, la paz de las provincias, la salvación del imperio en opinión de todos, serían obra exclusivamente suya. Ya vacilaba Escipión pero Favonio a los pocos días hizo cortar el trato con Clodio.

Con esta gestión, creemos nosotros, se ha de relacionar otra que nos refiere Veleyo Patérculo⁸⁹: “La falta de recursos era más aguda para los sitiadores que para los sitiados. Entonces Cornelio Balbo (el Menor) con una audacia que supera toda prudencia humana, penetró en el campamento enemigo y conversó con el cónsul Léntulo, que estaba indeciso sobre el precio de su traición. Por estos servicios... se abrió camino a los honores del triunfo, del sacerdocio y del consulado”. Balbo logra hablar con el cónsul, ¡lo que no había conseguido en Italia!

Los P. P. Mohedanos⁹⁰, siguiendo a Justo Lipsio y pensando en la importancia que Veleyo Patérculo parece conceder a los servicios de Balbo el Menor, creen que éste consigue comprar a Léntulo y a ello atribuyen la victoria de Farsalia. Hay muchas probabilidades de que tengan razón: 1° Estaba en el carácter de César coger a cada uno por su débil: ya acabamos de ver cómo atacó a Escipión por el lado de la vanidad. 2° César había ganado a muchos, como de todos es sabido, por el dinero: el caso más sonado es el de Curión en quien los optimates habían puesto las mayores esperanzas si llegaba a ser tribuno “para evitar que César sacrificase la república a sus intereses”⁹¹ y que tan importantes servicios prestó a César en el año (el 50) de su tribunado, precisamente oponiéndose a los decretos senatoriales. De Curión, ha dicho Lucano⁹²: “Fué en los acontecimientos un momento decisivo, cuando Curión cambió, cautivado por los despojos de los Galos y el oro de César”⁹³. Al mismo tiempo que a Curión, César había ganado a su causa mediante una enorme suma, a un cónsul, Lucio Emilio Paulo, para oponerlo a Cayo Marcelo, su colega en la magistratura suprema⁹⁴. 3° Léntulo estaba tan arruinado que sólo con la ruina del estado podía restablecerse su fortuna (acusación de César). 4° Era muy inconstante (más fácil de mover que una pluma, dice Cicerón)⁹⁵. 5° La importancia que dió César a este servicio, como se desprende de Veleyo Patérculo, pesa en el mismo sentido.

Balbo el Menor no se apartó nunca de César desde entonces: después de Farsalia formó parte del escaso contingente que le acompañó camino de Egipto; participó en la guerra de Alejandría y la de Siria, etc., y no regresó a Italia hasta octubre del 47. Estas noticias se desprenden de Cicerón⁹⁶. El mismo autor⁹⁷ nos indica indirectamente también que acompañó a César en la segunda campaña de España en 45; terminadas las operaciones regresó a Roma algo antes que César, pues lo hallamos en la capital en agosto del 45^{97bis}; esta estancia de Balbo en la urbe debió ser breve, pues en 43 es cuestor de Polión en la España Ulterior, después de ejercer en su ciudad natal el cargo de duunvir durante más de un año^{97 ter.}

⁸⁹ Vel. Pat. II, 51.

⁹⁰ P. P. MOHEDANOS: *Hist. Lit. de España*, IV, pág. 132-33.

⁹¹ CICERÓN: *ad fam.*, VIII, 5, 3.

⁹² LUCANO: IV, 819-20.

⁹³ Sobre el mismo asunto ver APIANO: II, 26 in fine.

⁹⁴ SUET.: *César*, 29.

⁹⁵ *Ad Att.*, VIII, 15.

⁹⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XI, 12, 1.

⁹⁷ CICERÓN: *ad Att.*, XII, 38, 2.

^{97 bis} CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 37, 1; 49, 2.

^{97 ter.} CICERÓN: *ad fam.*, X, 32, 1-3, 5.

SEGUNDA CAMPAÑA DE ESPAÑA

Q. Casio, a quien César había confiado el gobierno de España en 49, no había respondido a las esperanzas de sus subordinados: en vez de seguir el ejemplo de benevolencia de César, había reanudado la tradición de los gobernadores sin escrúpulos que trituraban las provincias confiadas a sus cuidados. Se enajenó, naturalmente, el ánimo de los españoles. Cuando en la primavera del 46 Cneo Pompeyo pasó a España para organizar allí un nuevo núcleo de resistencia contra César, encontró terreno abonado en las poblaciones provinciales indispuestas indirectamente contra César, patrono del gobernador que las estaba explotando, y, sobre todo, en el ejército que Q. Casio no había sabido mantener en la disciplina y estaba dividido. A las importantes fuerzas reclutadas por Cneo Pompeyo vinieron a sumarse los restos del ejército africano destruído en Tapsus, así el peligro vino a ser tan serio para César que se vió obligado a pasar a España para dar una última batalla a sus enemigos supervivientes. Llegó allí en diciembre del 46, en 27 días⁹⁸. La campaña fué rápida: culminó en la encarnizada batalla de Munda (17 de marzo) donde por segunda vez (la primera había sido en Dirraquio) estuvo indecisa la suerte de César; el caudillo, juzgando la situación desesperada pensó un momento en darse la muerte⁹⁹. Después de Munda, César pacificó, el resto del mes de marzo, la provincia. Los españoles habían sabido distinguir, en gran parte, la causa de César y la de su indigno representante Q. Casio; prueba de ello es la breve resistencia que ofrecieron. Carcopino¹⁰⁰ nos da una idea inexacta de la hostilidad de los españoles contra César. Según él, César "tuvo que someter en persona Hispalis, Hasta, Carteia y Gades". La lectura atenta del *Bellum Hispaniense*¹⁰¹ nos revela que le resistían no precisamente los turdetanos (habitantes de la Bética) sino los lusitanos, alistados en el ejército pompeyano; esos sí, tenían motivos para odiar a César. Hay que notar además que en Carteia, César no necesitó intervenir con las armas para atraérsela. Por fin hay que borrar de la lista de las ciudades rebeldes a Gades. Sería inexplicable que los gaditanos, ciudadanos romanos todos por gracia de César (ver supra p. 154) se hubieran vuelto pompeyanos feroces, y, de hecho, en fuente ninguna hemos leído que Gades resistiera a César: al contrario, en los días de Munda vemos a Didio, dueño tranquilamente del puerto gaditano, desde donde se lanza en persecución de Pompeyo vencido (cuando éste intentaba huir por mar) y al que alcanza, en efecto, al cuarto día¹⁰². El *Bellum Hispaniense* menciona a Gades sólo para señalar la presencia de César en la ciudad donde le llevan la cabeza de Pompeyo y nada más. No es prueba de hostilidad para con los gaditanos, el hecho de que César haya extraído algunos tesoros del templo de Hércules aquellos días de su estancia en Gades¹⁰³. ¿No había desvalijado por completo de su tesoro sacrosanto al templo de Saturno en Roma cuando su primera estancia en la capital después de Brindis?¹⁰⁴. Y después de la primera campaña de España, como ya no quedaba en el *aerarium Saturni*

⁹⁸ *Bell. Hisp.*, II, 3; APIANO: *B. C.*, II, 10, 3, 426.

⁹⁹ Suet: *Cés.*, 36; cf. *Vel. Pat.*, II, 55, 3.

¹⁰⁰ CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colecc. Glotz), II, 905-916, passim.

¹⁰¹ *Bell. Hisp.*, 35, 36, 38 y 40.

¹⁰² *Bell. Hisp.*, 37.

¹⁰³ DIÓN CASIO: XLIII, 30, 2-3.

¹⁰⁴ CÉSAR: *B. C.*, 35, 3-4; I, 33, 3; PLUT.: *Cés.*, XXXV, 3-4; APIANO: *B. C.*, II, 41, 164.

un céntimo de los inmensos tesoros¹⁰⁵ acumulados por las generaciones pasadas para casos de extremo peligro, ¿no había recogido César metódicamente de los templos de Roma, empezando por el de Júpiter Capitolino, todas las ofrendas de oro y plata que la piedad de sus antepasados romanos habían acumulado? Evidentemente César no se había vengado de Roma ni ahora de Cádiz, sino que recogía donde lo había el dinero que necesitaba para pagar sus legionarios. Además, debieron ser muy escasos los tesoros que sacó del templo gaditano: pues Casio, que dice en el lugar citado que César recibió *todo* de los templos de Roma sólo hace observar que en las contribuciones que impuso para recaudar dinero en las provincias después de Munda “ni siquiera exceptuó el templo de Hércules”.

César regresa a Roma a primeros de septiembre¹⁰⁶ ¿dónde estuvo desde marzo hasta julio? *El Bellum Hispaniense* en los últimos capítulos conservados lo deja en Cádiz. Su estancia allí después de Munda ¿no sería debida al deseo de descansar de sus fatigas en una tierra amiga? Allí tuvo la ilusión de recibir la cabeza de su último enemigo. Cádiz, que había sido la cuna de sus sueños, era también el lugar donde los veía realizados por completo. César poseía por fin la tierra como se lo habían predicho los sacerdotes del Hércules Gaditano. En Cádiz, ante la estatua de Alejandro había llorado un día; ahora podía presentarse orgulloso ante la misma estatua: había igualado sus proezas. A él tampoco le quedaban en el mundo más enemigos que vencer.

¹⁰⁵ PLINIO: *N. H.*, XXXIII, 17; OROSIO: VI, 15,5

¹⁰⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 21, 5; 45,1.

LOS BALBOS Y EL IMPERIO DE CESAR

PODER ABSOLUTO DE CESAR

A) Al regresar a Roma desde Brindis el 1° de abril del 49, César legalmente no era nada. Su proconsulado había expirado a lo más tarde el 1° de marzo. La urbe, abandonada por los cónsules y la mayoría de los magistrados, lo acogió en su total desorientación con circunspección y desconfiada frialdad: César, que pensaba arengar a la multitud, no se atrevió a convocar al pueblo¹. Ya vimos cómo los cesarianos lograron reunir un simulacro de senado; pero este senado se mostraba indeciso; perdía en discusiones un tiempo precioso² para César. Este, con la razón de la fuerza, prescinde del senado (César dice, por eufemismo que lo descarga del peso del gobierno) y después de encargar a Lépido y Antonio, que van a quedarse en Roma, de no atenerse más que a sus órdenes directas³ se pone camino de España. De hecho César se había adueñado del Gobierno al amparo de sus legiones victoriosas en Italia desde hacía dos meses y medio. Las victorias que sucesivamente le irán sometiendo las provincias del imperio le someterán pararelamentamente las masas que, a su vez, legitimarán su situación. El mismo año 49 la noticia de su éxito en España afianza la posición de los cesarianos en Roma de tal modo que el pretor M. Emilio Lépido⁴ pudo hacer pasar su *lex Aemilia* nombrando a César dictador con la aprobación del senado (*dictador comitiorum habendorum causa*)⁵.

B) A su regreso a Roma a fines del año 49 aprovecha sus poderes dictatoriales para hacer elegir como magistrados del 48 a los candidatos de su gusto⁶. Él mismo se hace elegir cónsul por los comicios⁷ y se asocia como colega a P. Servilio Isáurico: ahora ya es oficialmente y con toda legalidad jefe del estado romano y en calidad de tal irá a combatir a los rebeldes (?): Pompeyo y sus secuaces —incluyendo a Cicerón y al virtuoso Catón que pronto se llamaría de Utica. Y, como había dimitido la dictadura, un senado consulto le concedió antes de ausentarse plena libertad de acción en todo⁸.

C) Después de Farsalia el senado y el pueblo se unen para multiplicar las prerrogativas en favor suyo⁹. En 48 es nombrado dictador no ya *comitiorum causa* sino *reipublicae constituendae*, es decir, con poder constituyente y además sin limitación precisa en el tiempo¹⁰. Consigue el derecho de decidir a un solo arbitrio la paz y la guerra, una de las atribuciones más importantes que habían poseído hasta entonces los comicios y el senado¹¹.

Se abroga la ley Pompeya, que estipulaba un intervalo de 5 años entre una magistratura y la consiguiente promagistratura¹² y se decide que,

¹ CICERÓN: *ad Att.*, X, 4, 8.

² CÉSAR: *B. C.*, I, 33, 3.

³ CICERÓN: *ad Att.*, X, 4, 9: a me omnia proficiscentur.

⁴ CÉSAR: *B. C.*, II, 21, 5.

⁵ PLUT.: *Cés.*, XXXVII, 1.

⁶ DIÓN CASIO: XLI, 43 y sig.; XLII, 17, 1 y 20, 4.

⁷ CÉSAR: *B. C.*, III, 1, 1.

⁸ Cf. DIÓN CASIO: XLII, 36.

⁹ Cf. DIÓN CASIO: XLII, 21; XVI, 13; SUETONIO: *César*, 45.

¹⁰ Cf. CIL, I₂, 40-42.

¹¹ DIÓN CASIO: XLII, 20.

¹² DIÓN CASIO: *Ibidem*.

si bien las provincias consulares han de ser sorteadas entre los cónsules salientes como de costumbre, César disponga de las pretorianas a su libre albedrío, sin sorteo¹³.

César aplicó dicho decreto disponiendo de todas las provincias sin distinción, las repartió¹⁴ todas entre los exmagistrados (cónsules o pretores) de su agrado.

Se le reserva el derecho de presidir los comicios para las elecciones de los magistrados patricios¹⁵. Conforme a esta ley, en 48 no hubo elecciones por hallarse ausente el cónsul: así empezó el 47, año de la segunda dictadura de César, sin magistrados; gobernó el *magister equitum* de César asistido de los tribunos y ediles plebeyos. Al regresar César de Oriente (octubre del 47) convocó los comicios, que en doble elección, designaron magistrados para los últimos meses del 47 y para el 46¹⁶. El mismo César es elegido cónsul para el 46 y podrá presentar su candidatura cinco años consecutivos¹⁷; ejerce influencia decisiva sobre los restantes magistrados. Es investido del poder tribunicio¹⁸ que le permite oponerse a cualquier senatusconsulto que no sea de su agrado.

En 46 ejerce, pues, su tercer consulado y después de Tapsus el senado lo nombra dictador por 10 años¹⁹ y *praefectus moribus* para 3 años²⁰: se le concede el derecho de designar candidato a todas las magistraturas anteriormente cubiertas por los elegidos de los comicios²¹.

Se le permite sentarse en una silla curul entre los dos cónsules en funciones²²; más tarde, en una de oro²³: emite siempre su opinión el primero²⁴. Además, los senadores, siendo criaturas suyas²⁵ en su mayoría, estaban por su parte dispuestos a obedecerle.

En 45 César es cónsul por cuarta vez pero sin deponer la dictadura, o sea que es cónsul y dictador a la vez, y lo mismo sucederá en 44. Después de Munda²⁶ un senadoconsulto, ratificado por el pueblo, decide que él solo podrá mandar los ejércitos y reclutarlos, que podrá disponer libremente de los recursos del tesoro y designar los candidatos a las magistraturas plebeyas: se le autoriza a ejercer el consulado durante un decenio, y a hacer seguir su nombre del título de *Imperator* como revestido permanentemente del *Imperium*²⁷: se le concede como vitalicio su cargo de *praefectus morum* y la inviolabilidad tribunicia²⁸. Todas estas prerrogativas, observa Dión Casio al referirlas, hacían de César un verdadero rey²⁹.

Por fin en 44, cónsul por quinta vez y dictador, poco antes de su muerte

¹³ DIÓN CASIO: *Ibidem*.

¹⁴ Cf. APIANO: *B. C.*, II, 48.

¹⁵ DIÓN CASIO: XLII, 20.

¹⁶ DIÓN CASIO: XLIII, 28; XLII, 51.

¹⁷ DIÓN CASIO: XLII, 20, 3.

¹⁸ DIÓN CASIO: *Ibidem*.

¹⁹ DIÓN CASIO: XLIII, 14, 4.

²⁰ DIÓN CASIO: *Ibidem*; cf. SÜETONIO: *César*, 76 y CICERÓN: *ad fam.* IX, 15, 5.

²¹ DIÓN CASIO: XLIII, 14, 5.

²² DIÓN CASIO: *Ibidem*.

²³ DIÓN CASIO: XLIV, 6, 1; SÜETONIO, 76.

²⁴ DIÓN CASIO: XLIII, 14, 5.

²⁵ CICERÓN: *de Divin.*, II, 9, 23; Sen. Ret. *Controu.* III, 18.

²⁶ DIÓN CASIO: XLIII, 45, 2.

²⁷ DIÓN CASIO: XLIII, 44, 2.

²⁸ T. LIVIO: *Per.*, CXIV; APIANO: *B. C.*, II, 106.

²⁹ DIÓN CASIO: XLIII, 45, 1.

se transforma su dictadura en vitalicia (*dictatio in perpetuum*) como la *praefectura morum*³⁰.

Y, colmo de servil sumisión, el senado convalidó de antemano todas las actas futuras de César³¹ y obligó a los magistrados a jurar, al iniciar el ejercicio de sus cargos, no oponerse a ninguna de las decisiones de César³². Todos juraron velar por su conservación³³.

César había adquirido la realidad de un poder absoluto. Tampoco le faltaron los honores correspondientes a tal dignidad: el senado y el pueblo se coaligan también para acumular sobre su ídolo todas las distinciones honoríficas que su afán de adulación les hace descubrir. No mencionaremos los inauditos honores de circunstancia que con ocasión de sus triunfos le tributaron.

Frente a la estatua de Júpiter se elevó otra a César con el mundo a sus pies y la inscripción *ἡμίθεος*³⁴: el nombre de César sustituye en el frontispicio del templo de Júpiter Capitolino al de Lutacio Cátulo³⁵.

Se erige a cargo del tesoro público y en honor suyo un templo a la Libertad³⁶.

Fueron días feriados en adelante los aniversarios de sus victorias³⁷, e igualmente el de su nacimiento³⁸, el 12 de julio. Su última victoria sería recordada a las generaciones futuras por unos juegos circenses que se celebrarían el día 21 de abril, día en que la noticia de Munda había llegado a Roma³⁹.

Podrá llevar siempre el vestido triunfal⁴⁰ y la corona de laurel de los triunfadores⁴¹.

Se le concede el título de *padre de la patria* que él podrá grabar en las monedas⁴². Sus estatuas se multiplicaron en los templos (una en el Quirino con la inscripción *Deo Invicto*)⁴³ en las plazas⁴⁴ (una en el Capitolio junto a la de los Reyes)^{44bis} y en diversos municipios del imperio⁴⁵. Se dió su nombre a un mes del año, *Julio*, antes *Quintilis*⁴⁶.

Se ora por la salud de César, se hacen votos anualmente por su felicidad y se le concede sepultura en el interior del pomerium. La adulación popular, en fin, no contentándose con tributar a César todos los honores que un hombre puede recibir, lo veneró como un dios bajo el nombre de

³⁰ DIÓN CASIO: XLIV, 8, 4; T. LIVIO: *Per.*, CXVI; APIANO: *B. C.*, II, 106; PLUT.: *César*, 57; SUTTONIO: *César*, 75.

³¹ DIÓN CASIO: XLIV, 6, 1.

³² APIANO: *B. C.*, II, 106.

³³ SUTTONIO: *César*, 84; cf. *Ibidem*, 86; APIANO: *B. C.*, II, 124, etc.; DIÓN CASIO: XLIV, 7, 4.

³⁴ DIÓN CASIO: XLIII, 21, 2.

³⁵ DIÓN CASIO: *Ibidem*.

³⁶ DIÓN CASIO: XLIII, 44, 1; APIANO: *B. C.*, II, 106; SUTTONIO: *César*, 76.

³⁷ APIANO: *B. C.*, II, 106; cf. DIÓN CASIO: XLIII, 44, 6.

³⁸ Cf. CIL, I₂, 244 y 248.

³⁹ DIÓN CASIO: XLIII, 42, 1-2.

⁴⁰ APIANO: *B. C.*, II, 106.

⁴¹ DIÓN CASIO: XLIII, 43, 1; SUTTONIO: *César*, 45.

⁴² T. LIVIO, *Per.*, CXVI; SUTTONIO: *César*, 76; FLORO: IV, 2, 91; APIANO: *B. C.*, II, 106.

⁴³ SUTTONIO: *César*, 76; CICERÓN *ad Att.*, XIII, 28, 3; cf. DIÓN CASIO: XLIII, 45, 3.

⁴⁴ FLORO: IV, 2, 91.

^{44 bis} DIÓN CASIO: XLIII, 45, 3; CICERÓN: *pro Deiot.* 33.

⁴⁵ APIANO: *B. C.*, II, 106.

⁴⁶ APIANO: *Ibidem*; FLORO: IV, 2, 91; SUTTONIO: *César*, 76; MACROBIO: *Sat.*, I, 12, 34.

Jupiter Julius con su templo y su flamen especial para atender su culto⁴⁷ y una cofradía de Lupercos, los *Luperci Juliani*⁴⁸.

La gloria de César no podía acrecentarse más: era, dice Floro, una víctima adornada para el sacrificio⁴⁹.

Recuérdese, además, que César era Pontifex Maximus desde el 63.

Este soberano señor de romanos había suprimido oficialmente las instituciones tradicionales de la república: subsistían los comicios, subsistía el senado, subsistían las magistraturas, pero no son ya los órganos efectivos del Estado. Los comicios y el senado se han ido despojando alegremente de todas sus atribuciones legislativas, electorales y judiciales en favor del dictador: sólo parecen subsistir para adular al dueño de todos. Los magistrados nombrados con la venia de César son servidores incondicionales de sus voluntades.

EL "GABINETE DE CESAR"

El foro y la curia han perdido todo interés político⁵⁰: la suerte de Roma y del orbe se decide en el recinto de la Regia donde César y su restringido número de fieles consejeros rigen sin tener en cuenta el parecer de nadie los 60 ó 70 millones de seres humanos que pueblan el imperio romano. César consulta el senado si le parece: y si le parece publica sin escrúpulo en nombre del senado decretos de los que los senadores no tienen la menor noticia hasta después de la comunicación oficial. Es conocida la carta en que Cicerón da cuenta a L. Peto con sarcasmo amargo de la conducta de los cesarianos⁵¹. "¿Crees que por estar yo en Nápoles se harán menos senadoconsultos en casa de tu amigo (= César) que es también mi familiar; y en verdad, cuando se le ocurre me atribuye la paternidad: y me entero que un senadoconsulto de mi iniciativa (?) ha sido dado en Armenia o en Siria antes de haber tenido la menor noticia del asunto. Y no te vayas a creer que hablo de bromas: pues reyes del fin del mundo me han escrito cartas agradeciéndome que con mi opinión los haya llamado reyes, y yo no sólo no les había dado tal nombre sino que ignoraba absolutamente su existencia".

La morada de César y el Estado vienen a ser una misma cosa⁵². A la cabeza de este "Gabinete" cesariano está Lucio Cornelio Balbo; con él colaboran estrechamente C. Opio y A. Hircio; en un segundo plano hay que añadir a C. Matius y C. Vibius Pansa.

Desde el año 49 hasta su muerte César tiene en sus manos las riendas del poder y rige los destinos del mundo: en 49 como dictador; en 48 como cónsul (su 2º consulado); en 47 como dictador por segunda vez; en 46 como cónsul (3er. consulado); en 45 y 44 como dictador y cónsul a la vez: ahora bien, sus permanencias en Roma durante estos cinco años no suman más que un año: una semana en abril, 11 días en diciembre del 49; 8 semanas en el otoño del 47; 5 meses (verano y otoño) en 46; y por fin los

⁴⁷ Suetonio: *César*, 76; Cicerón: *Filip.*, II, 100; Apiano: *B. C.*, II, 106; Plut.: *César*, LVII.

⁴⁸ Suetonio: *César*, 76.

⁴⁹ Floro: II, 13, 92.

⁵⁰ Cf. Cicerón: *de Offic.*, III, I, 1.

⁵¹ Cicerón: *ad fam.*, IX, 15, 4.

⁵² Cf. el discurso de Nerón en la Curia, que refiere Tácito: *Anal.*, XIII, 4, 2 y 3.

cinco meses que el destino le permitió disfrutar tranquilamente de su victoria antes de morir.

Durante su ausencia los verdaderos gobernantes son dos sencillos caballeros romanos, sin empleo ni colocación oficial ninguna, Balbo y Opio. De ellos dice Tácito⁵³ al exponer la historia política del orden ecuestre: "C. Opio y Cornelio Balbo fueron los primeros a quienes el poder de César puso en estado de negociar la paz y ser los árbitros de la guerra".

Los cesarianos, hasta última hora, no cesaron de relacionarse con Cicerón, siempre rebelde a sus insinuaciones de acercamiento político. Cicerón sale de Roma en 49; ellos le insisten que regrese, que se le recibirá con los brazos abiertos; él se empeña en lanzarse en su ruina, pasa a Oriente a empuñar las armas contra César, y después de la victoria se le recibe sin el menor reproche y se le prodigan las pruebas de amistad. Cicerón menciona repetidas veces y con cierto orgullo su intimidad con los "vencedores"⁵⁴: "Soy de tal modo obsequiado y respetado por todos los amigos de César que tengo por cierto que me quieren⁵⁵."

"Cuando en otros tiempos creíamos reinar nadie tenía por mí tantos miramientos como ahora los amigos de César"⁵⁶. "Cada día César me abraza más estrechamente en su amistad y sus familiares me quieren como a nadie"⁵⁷. Cicerón⁵⁸ nombra concretamente todos estos amigos: "Por suerte todos los amigos de César lo son también míos y después de su persona soy yo a quien más estiman: Pansa, Hircio, Balbo, Opio, Mecio y Postumio buscan ocasiones de manifestarme su singular afecto". Todos estos personajes daban muestras de las más tierna amistad a un antiguo enemigo declarado y que no acababa de compenetrarse con ellos; lo visitaban con regularidad⁵⁹. Cicerón come casi a diario en su compañía y excusa su conducta ante los buenos ciudadanos por la necesidad de los tiempos⁶⁰. Hircio y Dolabella son los maestros de Cicerón en el arte de comer bien, y él corresponde aceptándolos por discípulos en el arte de bien hablar⁶¹. Pero Balbo es el que sostiene más continuas relaciones y más animada correspondencia como hemos visto en los asuntos en que intervinieron juntos. Solo o con Opio es el que suele relacionar a Cicerón con César ausente. El empeño de César y los cesarianos por atraerse a Cicerón incluso cuando su victoria es ya total se explica por el deseo de inspirar confianza en su gobierno. Mientras sólo se tratase de derribar a la república, todos los instrumentos le eran buenos: muchos elementos infames se habían asociado a su obra y le habían servido en la batalla: sus partidarios gozaban de bastante mala fama (la "canalla" de Cicerón): "Cuando un hombre estaba perdido de deudas y falto de todo, si, además se veía que era un malvado y capaz de todo, César lo recibía gustosísimo en su amistad"⁶². Después de Farsalia, después de Tapsus, después de Munda sobre todo, César necesitaba elegir los elementos y poder presentar junto a aquella gente aventurera y temible algunas personas honradas y respe-

⁵³ TÁCITO: *Anal.*, XII, 60.

⁵⁴ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 20, 3.

⁵⁵ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 16, 2.

⁵⁶ CICERÓN: *ad fam.*, VII, 34, 1.

⁵⁷ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 6, 9.

⁵⁸ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 20, 3.

⁵⁹ CICERÓN: *ad fam.*, *Ibidem*, y IV, 13, 6.

⁶⁰ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 7, 1-2.

⁶¹ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 16, 7.

⁶² CICERÓN: *Filip.*, II, XXXII, 78.

tábles que congraciaron a los espíritus con su régimen. La casi totalidad de los amigos de César estiman a Cicerón (sólo Tigelino hace excepción) ¿no obedecerán a una consigna del jefe?

Opio y Balbo se comunican regularmente con César ausente por medio de escritura en cifra. Su correspondencia era bastante abundante para formar varios libros que aún se conservaban en tiempos de Aulo Gelio. El gramático Probo escribió un tratado sobre esta correspondencia intentando descifrar sus secretos⁶³.

Ya a fines del 48, después de Farsalia, cuando Cicerón vuelve a Italia pidiendo benevolencia a César, se dirige a Balbo y Opio. Las fuerzas Pompeyanas, navales y terrestres, después del desastre se habían reagrupado en Corcira⁶⁴. En el primer consejo se ofreció el mando de las fuerzas a Catón; éste lo rehusó en nombre de la legalidad: él, que no había pasado de la pretura, no podía dar órdenes a excónsules: se propuso entonces a Cicerón, el más antiguo de los consulares, como generalísimo. Cicerón, que veía perdida la partida y lo decía a las claras, también se negó. El joven Cn. Pompeyo, enfurecido ante el derrotismo del viejo senador, se arrojó sobre él espada en mano y lo hubiera muerto sin la intervención de Catón, que cubrió a Cicerón con su cuerpo. El consejo acabó con la escisión entre los Padres que propugnaban la continuación de la guerra y los que renunciaban ya a la lucha como absurda. Cicerón que era de los últimos, se embarcó para Brindis. De Brindis no se atrevió a pasar: pues los puestos de policía de Antonio, gobernador de la Península en la ausencia de César (que estaba en Egipto en su incidental aventura con Cleopatra) impedían todo tránsito por las rutas de Italia a los fugitivos que no presentaran un salvoconducto de César. Cicerón, pues, se detiene en Brindis sin atreverse a adentrarse en Italia: entonces acude a Opio y Balbo para saber si se le permite acercarse a Roma⁶⁵; éstos le declaran que no tema, que tenga buenas esperanzas. La permanencia en Brindis se le hace pesada y hacia el 19 de diciembre vuelve a insistir con su amigo Atico⁶⁶ que se halla en Roma: "...me interesa que permanezcas ahí para que trates mis asuntos con quien sea preciso... En primer lugar te ruego atiendas a lo siguiente: Me figuro habrá muchos que hayan referido o referirán a César mi arrepentimiento de mi conducta o mi desaprobación de lo que sucede... Pero todo estriba en que Balbo y Opio se encarguen del asunto y mantengan con sus cartas las buenas disposiciones de César para conmigo. Cuida diligentemente de que así lo hagan". Al día siguiente, 20 de diciembre, las instancias se hacen más urgentes⁶⁷: Pago con los mayores suplicios una temeridad que tú pretendes hacer pasar por prudencia... Es necesario que pongas todo cuidado en hacer escribir a César con todo interés por aquellos que me quieren y tienen influencia con él, ante todo a Balbo y Opio. Por lo que oigo se me perjudicó junto a César: unos han hablado y otros escrito contra mí. Hay que defenderse como la importancia del asunto lo exige. Fufio está allí y es mi mayor enemigo. Quinto ha enviado a su hijo para que interceda por él y además me acuse a mí. Repite con frecuencia que yo le he acusado ante César, cosa que

⁶³ A. GELIO: XVIII, 9, 1.

⁶⁴ Bell. Afric., XIX, 4; CICERÓN: *De Divin*, I, 32, 68; DIÓN CASIO: XLII, 10, 1-2; ver CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colec. Glotz), II, 887.

⁶⁵ CICERÓN: *ad Att.*, XI, 6, 3.

⁶⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XI, 7, 5.

⁶⁷ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 8, 1-2.

desmienten el propio César y todos sus amigos. Y no cesa de propalar por doquier toda clase de injurias en contra mía. Nunca me ocurrió cosa más inverosímil ni me embargó pena más amarga. Personas que le han oído contar públicamente en Sicione cosas ofensivas me las han referido. Conoces su carácter, y tal vez lo has experimentado; ahora me ha tomado por blanco. Pero con estos recuerdos aumento mi dolor y te lo comunico. Vuelvo, pues, a mi súplica; cuida que Balbo envíe un mensajero con este motivo y escribe en mi nombre a quienes te parezca. Adiós, 20 de diciembre”.

Pero Antonio había incluido a Cicerón en el edicto de excepción de los que no tenían permiso de César para permanecer en Italia⁶⁸. La misma ley que había conferido la dictadura a César para el año 47 había nombrado a Antonio para el “magisterium equitum”⁶⁹. Y César al día siguiente de Farsalia, mientras él alcanzaba a Pompeyo y pacificaba el Oriente, había enviado diputado a Antonio con los veteranos a Italia para asegurar allí el orden. El año 47 había empezado sin cónsules⁷⁰; Antonio ejercía solo el gobierno de Roma y de Italia, que ocupó militarmente. Se mostró inflexible con Cicerón⁷¹; éste pasó en Brindis una temporada de las más tristes de su vida: todo contribuía a agobiarlo⁷²: a la angustia e incertidumbre a que las circunstancias políticas lo habían reducido, se añadían las viles calumnias de su hermano⁷³ y disgustos familiares: su yerno Dolabella abandona a Tuliola, la hija adorada de Cicerón, dejándola sin patrimonio ni recurso de ninguna clase⁷⁴. La amargura de Cicerón se resolvió a veces en quejas⁷⁵ contra Balbo y Opio, que no habían dado motivo para ello; pues no habían dejado de darle confianza, si bien, debido a las circunstancias excepcionales no le habían abierto las puertas de Roma de par en par y sin demora. Balbo no interrumpió la correspondencia de Cicerón ni las pruebas del interés que por él seguía teniendo. Hacia primeros de septiembre le manda un paquete de cartas⁷⁶: eran las acusaciones que su indigno hermano Quinto había dirigido a César; César, indignado por esta vileza, las había conservado y remitido a Balbo para que a su vez las hiciera llegar a Cicerón y así pudiera el Arpinate justificarse, esta prueba de afecto debió tranquilizar a Cicerón, el cual, aunque suspicaz en extremo, temía no fuera todo esto un medio más de humillarlo dando publicidad a sus desgracias. Pocos días después Cicerón pudo convencerse de la sinceridad de las promesas de Balbo: Cicerón volvía a su casa con toda tranquilidad.

En agosto del 46, en cuanto César regresa de Sicilia, donde se había detenido una temporada al volver de Africa, Cicerón reconciliado él ya desde casi un año con los vencedores, trata de la vuelta de algunos pompeyanos. Uno de ellos es P. Nigidio Fígulo, el amigo y consejero de Cicerón

⁶⁸ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 9, 1.

⁶⁹ DIÓN CASIO: XLII, 21; 27, 55; T. LIVIO: *Per.*, CXII, CXIII; PLUT.: *Ant.*, VIII; *César*, 51; APIANO: *B. C.*, II, 92.

⁷⁰ Ver *supra*.

⁷¹ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 9, 1.

⁷² CICERÓN: *ad fam.*, XI, 9, 3.

⁷³ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 2; XI, 8, 2, etc.

⁷⁴ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 9, 3.

⁷⁵ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 9, 1 (del 3 de enero); XI, 14, 2 (del 25 de abril).

⁷⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XI, 22, 1.

en su consulado del 63⁷⁷, el más sabio de los romanos con Varrón⁷⁸. Pero Cicerón no tuvo éxito en esta gestión: P. Nigidio murió en el destierro por el año 45 ó 44⁷⁹. Fué más afortunado en cambio en sus gestiones con los mismos personajes para conseguir el perdón de Q. Ligario; éste había sido hecho prisionero por César en Africa, en la toma de Hadrumeto⁸⁰: César le perdonó la vida, pero Q. Ligario tuvo que quedar desterrado. Cicerón empieza a ocuparse con Balbo y demás amigos de César del caso de Ligario en cuanto llegaron a Roma las primeras noticias del desastre republicano en Africa⁸¹. Pero César no se apresuró a extender el perdón: airado con los que habían renovado la guerra en Africa parecía quererlos tener bastante tiempo inquietos respecto a su suerte, ya que también ellos eran los que más tiempo le habían preocupado a él⁸²; y Cicerón tuvo que volver a insistir junto a César y todos sus amigos, que eran a la vez "sus íntimos"⁸³. Se le iba a extender el diploma del perdón, cuando los enemigos personales de Ligario, los Tubero, padre e hijo, lo acusaron de alta traición. Cicerón tomó, como es sabido, la defensa del acusado e hizo una apología de la clemencia de César⁸⁴. Ligario fué perdonado solemnemente por el dictador, a principios del primer mes intercalar del 48⁸⁵. Cuando Cicerón publicó su discurso, meses después de haberlo pronunciado, lo entregó a Balbo y Opio: éstos lo "aprobaron sin reserva" y (junio del 45) enviaron un ejemplar a César, que se hallaba en España.

Al fin de noviembre del 46 trata Cicerón con Balbo, Opio, Hircio, Pansa y Matio de la reconciliación de César con el pompeyano T. Ampio Balbo que había tomado parte muy activa en las operaciones⁸⁶. César está a la sazón en Roma. Cicerón por medio de los poderosos abogados que acabamos de indicar consigue del dictador permiso escrito, "un diploma"⁸⁷ autorizando a T. Ampio Balbo a regresar a Italia. Cicerón da cuenta de esto al interesado felicitándolo por su libertad⁸⁸. "Todo lo que atañe a tu regreso y libertad me lo tienen prometido, asegurado y ratificado. Yo mismo lo he visto, lo he entendido así e intervine en ello. Por suerte tengo obligados con mucha familiaridad y amor a todos los familiares de César, de tal manera que después de él, soy yo el primero en su aprecio. Pansa, Hircio, Balbo, Opio, Matio y Postumio parecen no tener más amigo que yo".

En diciembre César marcha a España donde el peligro pompeyano reclama su presencia: Entonces Balbo y Opio deciden en Roma en nombre del dictador, y César ratifica sus decisiones: a ellos acuden los romanos, incluso los consulares, a solicitar gracias, como a autoridades que pueden hacer y deshacerlo todo.

⁷⁷ PLUT.: *Cicerón*, XX; DIÓN CASIO: XLV, 1.

⁷⁸ A. GELIO: *N. A.*, XIX, 14.

⁷⁹ SAN JERÓNIMO: *Cronología a. U.*, 709-710.

⁸⁰ *Bell. Afric.*, 89.

⁸¹ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 13, 2.

⁸² CICERÓN: *Ibidem.*

⁸³ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 14, 3.

⁸⁴ CICERÓN: *pro Lig.*, XII, 37.

⁸⁵ Este año se verifica la reforma del calendario por César, con cuyo motivo intercala tres meses (dos de 22 días y uno de 23) entre noviembre y diciembre. En diciembre se fué a España a combatir a los hijos de Pompeyo.

⁸⁶ Cf. *ad Att.*, 11b, 2.

⁸⁷ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 12, 3.

⁸⁸ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 12, 1-2.

Un tal A. Cécina, amigo de Cicerón y distinto de su cliente, en la guerra civil había abrazado el partido de Pompeyo: escribió un libelo titulado *Querelae*⁸⁹ en que injuriaba rudamente a César⁹⁰. Después de Tapsus, cuando parece haber visto la luz su obra y en castigo de lo mismo, este Cécina tuvo que ir a aumentar el número de los desterrados⁹¹. Cicerón, por medio de Balbo, explora el ánimo de los vencedores para con Cécina⁹² y solicita se le autorice a permanecer en Sicilia. Estamos en diciembre del 46. César acaba de marchar a España: Cicerón acude a Balbo y Opio; luego da cuenta al interesado de sus gestiones: "Por lo que me dijo Largo, tu amigo, se te ha dado de plazo (para poder estar en Sicilia) hasta el 1º de enero; como he observado en todas las circunstancias que lo que Opio y Balbo hacen en la ausencia de César, éste lo suele considerar como bien hecho, les rogué encarecidamente que me concedieran autorización para que tú pudieras permanecer en Sicilia hasta que quisiéramos. Tenían costumbre de prometerme gustosos lo que les pedía (no siendo cosa opuesta a sus intereses) o de negármela, pero dándome la razón del porqué me la negaban; a esta petición, sin embargo, no me dieron contestación en el acto: sin embargo, volvieron el mismo día y me dieron la autorización para que te quedaras en Sicilia mientras quisieras: ellos me aseguraron que por eso no te vendría ningún daño".

Así, pues, dos sencillos caballeros romanos, Balbo y Opio, y un exoficial de estado mayor, Hircio, son los íntimos colaboradores de César; sin magistratura oficial ninguna, ellos, "sin otra credencial que la confianza con que César los honraba, ellos lo representaban en toda ocasión y constituían solos su gobierno oculto... La secretaría discrecional a quien él encargaba sus misiones más delicadas y de donde emanaban sus decisiones inapelables.

Le bastaba decir unas palabras para que los cónsules, los tribunos, incluso el magister equitum se inclinasen en el acto... Profundamente adictos a su persona y a su causa, penetrados hasta la médula de sus deberes para con él, inspirados de su espíritu, sutiles y reflexivos, trabajadores infatigables, sus secretarios realizaban su inmensa labor sin agobio"...⁹³.

No podemos precisar el sector en que cada uno de ellos desarrollaba su actividad. Creemos que en este gabinete estrecho había poca división del trabajo: César, que en muchos órdenes de su actividad fué hombre del porvenir, que rigió los destinos del mundo en el sentido exigido por el curso de la historia, fué en otros aspectos un antiguo auténtico, un hombre de actitudes universales, y las cultivó sin exclusivismos, sin especialización: fué un hombre de guerra ante todo, pero fué igualmente un extraordinario administrador, un gran orador y un historiador de primera categoría. Sus consejeros inmediatos, inteligentes, instruídos, entienden de todo: ni ellos ni César conciben la separación sistemática de funciones en el gobierno: juntos los hemos visto colaborar las más de las veces, juntos intervendrán todavía en asuntos importantes.

Con todo, se ha visto comúnmente en Balbo el ministro de Hacienda de César. Su origen semítico, el ambiente de su ciudad natal y de su fa-

⁸⁹ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 6, 8.

⁹⁰ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 7, 1; Suetonio, *César*, 75.

⁹¹ Cf. CICERÓN: *ad fam.*, VI, 7, 1; XIII, 66, 1.

⁹² CICERÓN: *ad fam.*, VI, 5, 3; VI, 6, 1-2.

⁹³ CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colección Glotz), II, 937-38.

milia, su propia fortuna que fué enorme, todo nos lleva a creer que debió de tener muy desarrollado el sentido de la economía; las palabras que le atribuye Cicerón parecen revelar su carácter metalizado: "*Iube Sodes Nummos Curari*". Era por lo mismo en el círculo cesariano la persona más indicada para ordenar las finanzas de César, sector administrativo de gran interés siempre, pero de primordial importancia en tiempos revueltos, en tiempos de guerra en que es tan difícil por no decir imposible evitar los desequilibrios económicos y las crisis que todos conocemos. Tenemos varias noticias referentes al ministerio de Hacienda de Balbo.

En agosto del 45 Cicerón quiso gestionar una curatela a Lepta⁹⁴, su praefectus fabrum en el proconsulado de Cilicia. Se trata de la intendencia general de los juegos romanos⁹⁵ (se celebraban el 4 de septiembre) del año 45, que iban a revestir particular solemnidad por esperar la llegada de César victorioso en España por segunda vez para entonces⁹⁶. El asunto por interesar a la hacienda debía tratarse con Balbo; Cicerón va a ver una primera vez a Balbo con este motivo el 12 de agosto⁹⁷; en vísperas de la fiesta lo intenta ver de nuevo por el mismo motivo; pero Balbo sufre aquellos días un fuerte acceso de gota y no recibe visitas; entonces Cicerón habla con Opio que le resuelve igualmente el asunto⁹⁸.

Cuando César hubo vuelto de España y hubo triunfado, para mostrar la confianza que tenía en Cicerón se convidó él mismo a pasar un día con él en su casa de campo (de Cicerón) y eligió el tercero de las Saturnales. "La víspera de venir a mi casa, escribe Cicerón, llegó a la de Filipo, mi vecino... César se detuvo con Filipo hasta la una del día. No recibió a nadie, y se ocupó, según sospecho, en ver cuentas con Balbo. Después se paseó por la ribera del mar. Llegado a mi casa se metió en el baño a las dos..."⁹⁹.

Cicerón nos muestra en unas cuantas cartas más a Balbo el Mayor ocupado de asuntos administrativos¹⁰⁰.

Balbo se encargó, pues, de ordenar la voluminosa hacienda que supone el gobierno de todo el mundo mediterráneo y el sostén de un ejército, el mayor que había conocido Roma hasta entonces, para someter sucesivamente a Italia, al Occidente, al Oriente, a Africa y de nuevo al Occidente; y Balbo logró cumplir su ingente tarea con satisfacción de todos.

Pero Balbo no limitó su actividad a la hacienda. A pesar de sus dolencias físicas¹⁰¹ tomó parte importante en todos los ramos de la administración del Imperio. Cicerón nos los muestra colaborando en la elaboración de la legislación de César, puesto que lo vemos perfectamente enterado del contenido y alcance de la *Lex Julia Municipalis* bastante antes de su publicación. Esta ley, obra inacabada, pero que inacabada y todo fué publicada como voluntad de César, rigió durante generaciones los municipios itálicos¹⁰²; se sabía que el gabinete cesariano trabajaba

⁹⁴ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 46, 1; *ad fam.*, VI, 19, 2.

⁹⁵ O tal vez, según otra versión adoptada en la ed. Teubner, sólo de la curatela del vino de los juegos.

⁹⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 45, 1.

⁹⁷ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 46, 1.

⁹⁸ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 19, 2.

⁹⁹ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 52.

¹⁰⁰ CICERÓN: *ad Att.*, XI, 12, 1; XIII, 37, 4; 45, 3; 46, 3.

¹⁰¹ Cf. CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 47, 1; *ad fam.*, VI, 19, 2; XVI, 23, 1.

¹⁰² Esta ley se encontró en un rincón de Italia, en el cauce del Cavone, en Lucania; las tablas se conocen con el nombre de Heracleas, nombre del poblado vecino.

en su elaboración y Cicerón acude a Balbo para pedir detalles y aclaraciones de ella; quería enterarse de ciertas condiciones exigidas por la futura ley para formar parte del consejo senatorial de los municipios italianos. Balbo¹⁰³ le escribe que un heraldo público en funciones no podrá ser decurión (nombre que llevaban los miembros del consejo municipal); pero que el haber ejercido ese oficio no inhabilitaba para poder serlo¹⁰⁴. Carcopino¹⁰⁵ hace resaltar la expresión de Cicerón "Balbus rescripsit..." que suena a una constitución imperial.

En otra ocasión L. Papirio Peto tiene noticia que las tierras próximas a sus fincas van a ser distribuídas a los soldados de César: teme por las suyas no vayan a serle confiscadas para el reparto. Se le ocurre preguntar a Cicerón lo que había del asunto; Cicerón le contesta¹⁰⁶: "Me hace gracia me preguntes lo que sucederá con los campos de esos municipios cuando Balbo acaba de ser tu huésped: como si yo pudiera saber algo que Balbo ignorara, o, si algo sé de lo que pasa, como si no acostumbrara a saberlo por él. Más bien tú podrías enterarme de lo que va a ser de ti y de mí; pues tuviste en tu cargo a Balbo, a quien pudiste sonsacar ya sea en un estado normal ya sea en un rato de embriaguez".

Para Balbo no había secretos en la política de su tiempo. En la primera quincena de marzo del 45 Antonio se puso camino de España en busca de César: verosímelmente iba a felicitarlo en el teatro mismo de sus triunfos. Marco Antonio no pasó de Narbona. Allí recibió órdenes que le hicieron volver precipitadamente. En Roma llamó la atención este sospechoso regreso tan imprevisto. El pueblo pensó que no se podía pasar sin una querida que dejaba en la ciudad; los nobles pompeyanos temblaron: César, ahora que se había deshecho de todos los enemigos no se quitaría la máscara de la clemencia y quitaría de en medio a todos sus adversarios a sangre fría. ¿No vendría delante Antonio para empezar la terrible matanza? Cicerón es de los preocupados. Balbo y Opio lo tranquilizaron: Antonio pretendía no pagar los bienes, casas y muebles de Pompeyo que había comprado en la subasta consiguiente a la confiscación; César, ya exasperado por los abusos de Antonio, había dado orden al pretor Lucio Munacio Planco de exigirle el dinero debido o proceder a la venta de estos bienes. A esto obedecía el regreso precipitado de Antonio¹⁰⁷.

En fin, Balbo y Opio son en Roma los árbitros de lo que se debe escribir y divulgar sin ofender al dueño de todos (ministerio de información, prensa y censura). En agosto del 45 vemos a Balbo entregar a Cicerón una carta del dictador¹⁰⁸. Por los mismos días el consular presenta a los dos regentes otra que piensa mandar a César: Opio y Balbo la aprueban: nunca, dicen, leyeron cosa mejor y ordenan se entregue a Dolabella que la pondrá en conocimiento de César¹⁰⁹. En esta correspondencia que sostienen Cicerón y César, que intelectualmente se aprecian en su justo valor, se dan mutuos elogios sobre la forma de sus escritos acerca de Catón de Utica (el elogio de Catón por Cicerón y la réplica de César o Anticatón).

¹⁰³ CICERÓN: *ad fam.*, VI, 18, 1.

¹⁰⁴ Cf. *Lex Iulia Municipalis*, CIL, I₂, 484, línea 104 y sig.

¹⁰⁵ CARCOPINO: *Hist. de Rom.* (colección Glotz), II, 938.

¹⁰⁶ CICERÓN: *ad fam.*, IX, 17, 1.

¹⁰⁷ Las noticias sobre este asunto son fragmentarias; se hallan en CICERÓN: *ad Att.*, XII, 18a, 1; 19, 2; *Filip.* I, 74, 75, 77, 78.

¹⁰⁸ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 46, 2.

¹⁰⁹ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 50, 1.

Por entonces Atico aconseja a Cicerón que estime en más la amistad de César, que escriba algo y se lo dedique¹¹⁰. Igual consejo le daban todos los demás amigos. En fin, se resolvió a ello a instancias de Hircio y Balbo. Cicerón, viendo que el poder personal era cada día más patente, se lamenta: compone un libro en forma de carta, una memoria sobre la situación política, aconsejando a César restablezca la paz en la república, etc. La presentó a los dos consabidos censores para ser entregada al dictador; pusieron con franqueza algunos reparos a la obra (demasiado espíritu de *libertas*)¹¹¹. Le hablaron de refundirla: Cicerón se resignó a sacrificar su obra¹¹².

La posición de Balbo es, pues, privilegiada en el gabinete de César. Cicerón, que tenía, como sabemos, muchos motivos para estar agradecido a Balbo, y que lo estaba en efecto, no podía reprimir algunas veces, como ha observado Münzer¹¹³, alusiones maliciosas a su poder "real"¹¹⁴.

EL ERROR DE CESAR, BALBO Y ANTONIO

Imposible imaginar poder más absoluto que el de César: ya los historiadores antiguos le dieron a su régimen el nombre de monarquía¹¹⁵ y de poder personal¹¹⁶; para ser una realeza de tipo helenístico no faltaba a la dictadura de César más que el título de rey. Este título extraordinario nada añadiría al poder efectivo de César porque nada le faltaba: era un título inútil, peligroso en Roma por el odio y la envidia que podría suscitar: sin embargo César, el hombre político genial, el que después de su propretura entre el consulado (= poder real) y el triunfo (= puro honor) había elegido sin titubear el consulado, es ahora desconocido: no sabe prescindir de esta sombra honorífica que es el título de rey, "lejos de tomar ninguna de esas precauciones que tomó más tarde Augusto para disimular la extensión de su autoridad, parecía exponerla con complacencia y sin preocuparse de los enemigos que su franqueza podía suscitar. Al contrario, por una especie de escepticismo irónico y de impertinencia osada que denunciaba al gran señor, se complacía en asombrar a los partidarios fanáticos de las costumbres antiguas. Se sonreía al ver a los pontífices y augures asustados cuando él se atrevía a negar a los dioses en pleno senado y era su diversión desconcertar a aquellos ancianos formalistas, guardianes supersticiosos de prácticas antiguas. Además, como era hombre de placer ante todo, no le gustaba el poder sólo para ejercerlo, sino también para gozar de él; no se contentaba con la sólida autoridad soberana, quería también su exterior, el brillo que la rodea y los homenajes que exige, la pompa que la realza e incluso el nombre que la designa. Ese título

¹¹⁰ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 50, 1.

¹¹¹ CICERÓN: *ad Att.*, XII, 51, 2; XIII, 1, 3; XIII, 27, 1.

¹¹² CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 28, 2; 31, 3.

¹¹³ Art. Balbus (Cornelius) en P. Wissowa.

¹¹⁴ CICERÓN: *ad Att.*, XII, 12, 1; Balbi regia conditio est. *Ad fam.*, IX, 19, 1; tenuiculo apparatu significas Balbum fuisse contentum. Hoc uideris dicere, cum reges tam sint continentes, multo magis consulares esse oportere.

¹¹⁵ Ver APIANO, praef. 6, y B. C., II, 138; IV, 91; DIÓN CASIO, XLIII, 48, 3.

¹¹⁶ Frontón, *ep. ad Ver. Imp.*, II, 1 (pág. 123, Naber): postquam resp. a magistratibus annuis ad Caesarem... translata est; y CICERÓN: *ad fam.*, IX, 16, 3: de illo autem quem penes est omnis potestas. Veleyo Patérculo pronuncia ya la palabra dominatus.

de rey que él deseaba con ardor, no ignoraba hasta qué punto asustaba a los romanos; pero su osadía se complacía en arrostrar viejos prejuicios, al mismo tiempo que su franqueza encontraba sin duda más leal dar al poder que ejercía su verdadero nombre”¹¹⁷.

César fué muy franco en efecto. No pretendió hacer creer que guardaba la autoridad suprema a pesar suyo. Augusto sí, el primero decía a las claras después de Farsalia que la república era una palabra sin sentido, que Sila había sido un tonto en dejar el poder. Augusto prodigaba al senado las marcas de veneración, saludaba humildemente a cada senador por su nombre¹¹⁸ cuando en realidad había reducido a nada su poder. Se podrá preferir, como Boissier¹¹⁹, la franqueza de César a las apariencias hipócritas de Augusto: los resultados mostraron que, si el primero había sido más noble, el segundo fué indiscutiblemente más hábil y acertó con el medio de conseguir sus fines. Erró aquí César, y su error le costó la vida.

Y sus consejeros, Balbo y Antonio principalmente, que tan prudentes se mostraron en el pasado, tan acertadamente secundaron a su jefe en la conquista del primer puesto, yerran aquí también con su afán de precipitar las cosas, ofrecerle la corona y recordarle que es “rey”. El pueblo romano se estremecía al oír este nombre: en esta alarma antimonárquica coincidían patricios y plebeyos, militares y juristas, artesanos y agricultores. Y, sin embargo, salvo una limitadísima minoría, soportaban con la mayor paciencia y hasta con alegría el gobierno más despótico: Plutarco¹²⁰ admiraba esta necedad del pueblo romano. Pero si en el pueblo es explicable esta falta de lógica, porque el pueblo no reflexiona y vive de fórmulas, no tienen excusa hombres superiores al conceder tanta importancia a un título vano y aventurarse a imponer esta innovación a un pueblo tan respetuoso de la tradición como lo era el pueblo romano; ellos debían recordar la historia de Roma, tener presente que con el odio del pueblo por la monarquía la aristocracia se desembarazó de Sp. Casio¹²¹, de Sp. Melio¹²², de M. Manlio¹²³ y del primero de los Gracos¹²⁴.

Suetonio, Apiano y Dión Casio refieren las últimas circunstancias de la vida de César y las famosas escenas que apresuraron la conspiración republicana. Por los dos primeros conocemos la intervención de Balbo. Suetonio escribe: “Lo que sobre todo excitó contra César un odio mortal fué el hecho siguiente: un día que el cuerpo del senado en pleno venía a presentarle un gran número de decretos para conferirle los mayores honores, César lo recibió sentado ante el templo de Venus Genitrix. Algunos creen que Cornelio Balbo lo retuvo al intentar levantarse, otros que ni lo intentó siquiera e incluso miró airado a Cayo Trebacio que le avisaba de levantarse”¹²⁵. Plutarco¹²⁶ nos da noticias algo más concretas y atribuye la conducta de Balbo al deseo de adular al dictador: “César deseaba realmente levantarse ante el cuerpo del senado; pero cuentan que un amigo

¹¹⁷ BOISSIER: *Ciceron et ses amis*, pág. 348-49.

¹¹⁸ Suetonio: *Aug.* 79.

¹¹⁹ BOISSIER: *Ciceron et ses amis*, pág. 407.

¹²⁰ PLUTARCO: *César*, LXIII.

¹²¹ T. LIVIO, II, 41, 9 y 10.

¹²² T. LIVIO, IV, 13, 1-14.

¹²³ T. LIVIO, VI, 18-20.

¹²⁴ Cf. CÍCERÓN: *Filip.*, II, 87.

¹²⁵ Suetonio: *César*, 78.

¹²⁶ PLUTARCO: *César*, 60.

suyo, Cornelio Balbo, lo retuvo diciéndole: ¿No te acuerdas que eres César? ¿No quieres ser honrado como corresponde a tu majestad?”.

Que Balbo fué amigo sincero de César es indudable: ha dado mil pruebas de ello a lo largo de su vida. Balbo ha sido imprudente al dejarse llevar por su entusiasmo por César y la idea de imperio a su favor; aun su imprudencia tiene causas atenuantes: él no tenía por qué tener preferencia instintiva por el gobierno republicano; en él no pesaba el prejuicio ancestral que los romanos llevaban enraizado tan hondamente en su sangre; Balbo, gaditano, cosmopolita, acaso no tuviera conciencia de todo el horror que los romanos sentían ante el nombre de rey. En todo caso de ninguna manera podemos suscribir a la sospecha de adulación.

Las imprudencias del mismo tipo se sucedieron con poco intervalo hasta el fatal desenlace de los idus de marzo. Con motivo de las *Feriae Latinae*¹²⁷, fiestas de carácter político, quisieron los cesarianos sondear la opinión una vez más: César regresaba del Monte Albano “saludado por el pueblo con aclamaciones excesivas e inauditas”, dice Suetonio¹²⁸. Un individuo, probablemente mandado, salió de entre la multitud, coronó su estatua con una rama de laurel atada por delante con una cinta blanca (la cinta blanca formando diadema era la insignia de los reyes). El pueblo se estremeció “y sus tribunos, Epidio Marullo y Caesetius Flavus, ordenaron retirar la diadema y arrestar al hombre”. Además castigaron públicamente a algunos ciudadanos que le habían saludado como rey por la calle. César, “irritado por el poco éxito de esta alusión a la realeza”¹²⁹, “no pudo contenerse en los límites de su acostumbrada moderación”¹³⁰; vituperó la conducta de los tribunos y los destituyó de su cargo, “porque, según decía, le habían quitado la gloria de rehusar el trono”¹³¹.

La última escena sólo precedió de unos días la muerte del dictador. Como anteriormente recordamos, se había instituido en honor de César una nueva cofradía de Lupercos con su nombre. Marco Antonio se hizo jefe de ella. César, revestido de su toga triunfal, sentado en una silla de oro en la tribuna de las arengas¹³², veía feliz pasar sus lupercos. Antonio, cónsul entonces, en su calidad de primer lupercos, se adelantó al frente de sus cofrades, subió a la tribuna y le ofreció una diadema. Un gemido universal, en el Foro. César, que lo advirtió, rehusó la diadema. Aplausos. Antonio tuvo la desfachatez de registrar en los Fastos el hecho del modo siguiente, con la correspondiente fecha: “El cónsul Marco Antonio, por orden del pueblo (!!!), ofreció el reino a César, dictador a perpetuidad. César no lo aceptó”¹³³. Pero, añade Velejo Patérculo, la rechazó de tal modo que no parecía ofendido por el acto de Antonio.

La escena de las Lupercales decidió la formación de la conjura: Cicerón dirá a Antonio en sus Filípicas: “Tú, tú mataste a César, cuando en las Lupercales le ofreciste la diadema real”.

¹²⁷ Ver sobre estas fiestas el art. a ellas consagrado en Darember-Saglio.

¹²⁸ SÜETONIO: *César*, 79.

¹²⁹ SÜETONIO: *Ibidem*.

¹³⁰ *Vel. Pat.*, II, 68. La cólera de César fué tan manifiesta que el senado amedrentado iba a imponer un castigo más riguroso a los tribunos, cuando César manifestó que se contentaba con deponerlos de su magistratura y borrarlos del álbum senatorial.

¹³¹ Sobre todo esto ver SÜETONIO: *César*, 79; *Vel. Pat.*, II, 68; etc.

¹³² CÍCERÓN: *Filip.*, II, 85.

¹³³ CÍCERÓN: *Filip.*, II, 84-87; *Vel. Pat.*, II, 56; SÜETONIO: *César*, 79.

Vino a apresurar la ejecución del meditado proyecto de Bruto y Casio una última imprudencia. César tenía preparada contra los Partos una expedición militar que debía realizarse en 44. Y quería a todo trance ir como rey contra los famosos reyes orientales. El viejo quindécimvir Lucio Aurelio Cota, tío materno de César, divulgó que en los libros sibilinos, por él custodiados, constaba la siguiente profecía: que sólo un rey podía triunfar de los Partos. En consecuencia, proponía que en la primera sesión del senado se concediera a César el título de rey.

Los conjurados, para no verse obligados a suscribir esta proposición, fijaron los idus de marzo para deshacerse del tirano¹³⁴.

¹³⁴ SUTONIO: *Ibidem* y 80.

motivo de su nombramiento por César como pretores; probablemente se valió para abordarlo de su hermana Terencia, con la que Bruto estaba casado.

Se entabló el conocido diálogo que nos han transmitido Apiano y Plutarco¹². Casio tomando a Bruto de la mano le dice: “¿Qué haremos si los aduladores de César proponen hacerlo rey?” —“No iré al senado” (en señal de protesta). —“Pero y si somos llamados como pretores, ¿qué haremos?” —“Defenderé la república hasta la muerte, pues mi deber es morir antes que ver expirar la libertad”. Casio entonces abraza a Bruto y le dice: “¿No quieres tomar algunos senadores como cómplices de tus proyectos? ¿Crees que son unos mercenarios y unos miserables o los primeros ciudadanos de Roma, los que colocan sobre tu Tribunal las inscripciones que en él encuentras?”. Se espera de los otros pretores juegos, carreras o cacerías: se reclama de ti que devuelvas a Roma su libertad como lo han hecho tus antepasados”. Bruto asintió. El complot estaba formado.

A Bruto y Casio se sumaron¹³ los pompeyanos amnistiados, como Q. Ligario, olvidado de la clemencia de César¹⁴; el tribuno Poncio Aquila, (de quien César se había burlado sarcásticamente la última temporada)¹⁵, Rubrius Ruga, Sextius Naso, Servilio Casca, Servio Galba, dos hermanos, Cecilio y Buciliano, se adhirieron igualmente muchos cesarianos descontentos porque no se pagaba suficientemente sus servicios, porque se igualaba en los cargos a vencedores y vencidos, porque César ocupaba solo la consideración del pueblo y ellos no eran nada¹⁶; Apiano¹⁷ cita entre los cesarianos asustados por la ambición de César, a Décimo Bruto, Cayo Casca (hermano del Casca anteriormente citado), C. Trebonio, L. Tulio Címbere y L. Minucio Basilo. En total fueron unos 60 conjurados según Suetonio, unos 80 según Nicolás Damasceno¹⁸. Después de muchos titubeos¹⁹ se determinó asesinar a César en la sesión senatorial que debía reunirse el 15 de marzo del 44 y asesinarlo a él solo (algunos querían eliminar a la vez a los principales cesarianos o por lo menos a Antonio). Algunos amigos quisieron impedir a César ir al senado ese día por los malos agüeros²⁰, igualmente los médicos por una ligera indisposición del dictador; sobre todo su mujer Calpurnia no consentía en dejarlo salir de casa, asustada la noche anterior por unos sueños. César ya titubeaba, cuando intervino Décimo Bruto, que pasaba por amigo íntimo y a quien César había designado por su segundo heredero: ¿Qué dices, César? ¿Un hombre de tu valor, hará caso de los sueños de una mujer y de los vaticinios de unos hombres vanos y cometerás la afrenta de no comparecer a una asamblea del senado convocada por ti?²¹. César sale de casa camino de la curia.

Le acompañan sus amigos verdaderos o fingidos. A última hora los agüeros siguen desfavorables: sus amigos fingidos se regocijan, sus amigos verdaderos le instan para que aplace para otro día la asamblea: César vuelve a dudar, Décimo Bruto vuelve a intervenir: abandona esos temores

¹² APIANO: II, 113; PLUTARCO: *Bruto*, X.

¹³ APIANO: II, 113.

¹⁴ PLUTARCO: *Bruto*, XI, 1.

¹⁵ Cf. SÜETONIO: *César*, 78.

¹⁶ Cf. NICOLÁS DAMASCENO, XIX, 11-20.

¹⁷ APIANO: II, 113.

¹⁸ SÜETONIO: *César*, 80; NICOLÁS DAMASCENO, XIX, 2.

¹⁹ NICOLÁS DAMASCENO, XXIII.

²⁰ SÜETONIO: *César*, 81; CÍCERÓN *de Divin.*, 1, 52.

²¹ NICOLÁS DAMASCENO, XXIII.

LOS IDUS DE MARZO

LA CONJURA

La primera idea de la conjuración parece ser debida a C. Casio Longino, el benemérito cuestor de Craso (el triunviro derrotado en Carras por los Partos) que logró conducir a Siria en gloriosa retirada los restos de las legiones vencidas. Luchó en Farsalia con el bando pompeyano y fué amnistiado inmediatamente por César¹ y poco más tarde asociado a sus amigos². A pesar de todo, aristócrata de nacimiento, no podía resignarse con la derrota de los suyos³. El odio de la aristocracia vencida que albergaba en su corazón no se había esfumado con el generoso perdón del vencedor: apenas obtenido dicho perdón ya intentó asesinar a César en Oriente y lo hubiera conseguido a orillas del Cydno, donde lo aguardaba, si la buena fortuna de César no lo hubiera salvado una vez más del peligro haciéndolo desembarcar en la ribera opuesta⁴. En Roma, abusando de su favorable posición en los medios allegados a César⁵ (su fingida amistad le ponía a salvo de toda sospecha) formó una nueva conjura⁶.

Los enemigos ocultos del régimen cesariano, entre ellos Cicerón, tenían puestas sus miras y sus últimas esperanzas, más que en Casio, en Marco Junio Bruto, yerno del mártir de Utica, hijo de Servilia (amada por César): había abrazado el partido pompeyano en 49, a pesar de haber Pompeyo ejecutado a su padre en la guerra de Lépido⁷, por anteponer la causa de la libertad a su resentimiento personal. César había dado a Bruto, como a Casio, después de Farsalia un trato de favor: además de la amnistía, le concedió el gobierno de la Cisalpina en 46 y la pretura urbana en 44, cargo ejercido también simultáneamente por Casio; en el tribunal de Bruto aparecían anónimos exhortándolo al tiranicidio: "Bruto, ¿duermes? No eres Bruto"⁸. Cicerón relacionaba, con razón o sin ella⁹, a este Bruto con el que había acabado con los Tarquinios en 509; también invocaba como antepasado suyo, por parte de la madre Servilia, a Servilio Ahala, el que liberó al pueblo del usurpador Sp. Malio. Como Catón de Utica a quien pretendía imitar¹⁰, alma inexpugnable ante lo que él consideraba como opuesto a su honor y su deber, transigía con César por la fuerza de las circunstancias pero lo seguía maldiciendo en su interior.

Con motivo de las imprudencias de los cesarianos a que aludimos en páginas anteriores Casio sondeó a Bruto. Todos consentían en formar parte de la conjuración si Bruto se ponía al frente de ella¹¹. Casio se decide a ver a Bruto a pesar de estar reñidos por intereses de amor propio con

¹ CICERÓN: *ad fam.*, XV, 15, 2.

² CICERÓN: *ad fam.*, VI, 6, 10.

³ CICERÓN: *Filip.*, II, 11, 26.

⁴ CICERÓN: *Ibidem.*

⁵ Cf. NICOLÁS DAMASCENO: XIX, 7.

⁶ CICERÓN: *ad fam.*, XII, 1 y sig.

⁷ Cf. PLUTARCO: *Pomp.*, XVI, 3.

⁸ PLUTARCO: *Brut.*, IX, 2.

⁹ CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 40; cf. PLUTARCO: *Bruto*, I, 2.

¹⁰ PLUTARCO: *Bruto*, II, 1.

¹¹ PLUTARCO: *Bruto*, X, 1.

vanos; ten por feliz agüero tu valor. Y tomándolo por la mano lo introduce en la curia²². Trebonio entretiene a Antonio junto a la puerta para evitar que entre en la sala. César penetra y, mientras se sienta, los conjurados se agrupan a su alrededor so pretexto de honrarlo; Címbere Tilio, se ayanza y le ruega levante el destierro de un hermano suyo: los conjurados se unen a los ruegos de Tilio “y tomando la mano de César se la besaban como le besaban también el pecho y la cabeza”. En el momento en que César intentó apartarlos, Címbere Tilio le arrancó la toga (era la señal convenida) y uno de los dos Cascas, Servilio, le dió la primera puñalada por detrás; todos los restantes conjurados se precipitaban sobre la víctima y acribillan a César con sus puñales, y, en el afán de participar en el tiranicidio, se hieren entre sí y se manchan de sangre. Casio miró a Pompeyo cuya estatua dominaba la curia y le invocó en el momento preciso de lanzarse sobre César. Este cayó a los pies de su mortal enemigo, el gran Pompeyo.

*DESCONCIERTO DEL PUEBLO, DE LOS CONJURADOS Y DE
LOS CESARIANOS FIELES*

Los conjurados, hombres por el corazón²³, no eran sino niños por la cabeza. Se habían persuadido que a la muerte del tirano toda la ciudad se declararía por ellos; no habían preparado y previsto más que el golpe mortal, pero no se preocuparon de sostener la conjuración. El cadáver de César yacía en donde había caído. Bruto pretendió hablar en la curia y explicar a los senadores el hecho que acababan de presenciar; pero ellos huían precipitadamente²⁴ creyendo que los golpes de los conjurados caerían también sobre ellos: pues se figuraban ya rodeada la curia por un ejército que acabaría con el senado adulador después de acabar con el ídolo. Los asesinos están solos en la curia con la víctima. El tumulto en la ciudad fué enorme en los primeros momentos: no se sabía exactamente ni lo que había sucedido ni lo que pretendían los conjurados: Estos procuran calmar al pueblo predicando por todas partes paz y libertad²⁵. De la curia se encaminan al Foro: van en formación, agitando sus puñales, con un gorro de libertad al frente y vociferando que el tirano había muerto. Bruto pretende hablar al pueblo como había pretendido hablar a los senadores, quiere dar las razones de su decisión; pero en la plaza hay tal bullicio, tal agitación, las caras reflejan tal consternación que los conjurados empiezan a temer a su vez: el pueblo se muestra bastante indiferente para sus libertadores; no era la reacción por ellos esperada: Bruto no sabe si esperar en la multitud o temerla; además hay en Roma muchos soldados de César, que se habían concentrado para acompañarlo a Oriente; los conjurados creen que lo más prudente es refugiarse en el Capitolio, ocupado ya de antemano por los gladiadores de Décimo Bruto en previsión de lo que pudiera suceder si el golpe fatal les hubiera fallado.

En el Capitolio, se unieron a ellos muchos senadores, entre ellos Cicerón, quejumbroso de que no se hubiera contado con él para el tiranicidio y no

²² HASTA aquí NICOLÁS DAMASCENO, XXIV; lo que sigue es relato de APIANO, II, 117; PLUTARCO, *César*, 64 y sig.

²³ CICERÓN: *ad Att.*, XV, 4.

²⁴ PLUTARCO: *Bruto*, XVIII, 1; *César*, LXVII, 1; NICOLÁS DAMASCENO, 25.

²⁵ DIÓN CASIO: XLIV, 20-21; PLUTARCO: *Bruto*, XVIII, *César*, 67; APIANO, II, 119-121.

se le hubiera invitado al “hermosísimo banquete” de los idus de Marzo. Enterados ya con exactitud de lo que se trataba, hubo una primera deliberación sobre las medidas a tomar para afianzar el éxito inicial. Por la tarde, al amparo de la posición y de los gladiadores, Marco Bruto se atrevió a convocar al pueblo y dirigirle la palabra: justificó su conducta y ensalzó la libertad recobrada. Lucio Cornelio Cinna, pretor y pariente de César, creyendo ya la insurrección triunfante, se atrevió a hacer abiertamente el elogio de los tiranicidas en una alocución al pueblo y exhortó a la muchedumbre a invitar a sus libertadores a bajar de la ciudadela del Capitolio y colmarlos de honores. El mismo se arrancó las insignias de pretor que había recibido del tirano y las arrojó con desprecio²⁶.

Mayor fué la desorientación, mayor y más justificado el pánico de los adictos a César. Era de suponer que los conjurados habrían tomado bien todas las medidas, que contarían con fuerzas para imponerse; a ellos, totalmente sorprendidos, no les quedaba otro recurso que desbandarse: sálvese quien pueda. Unos se refugiaron en casas particulares de su confianza, otros huyeron de Roma, otros se disfrazaron²⁷. Antonio, el que más peligro corría, se despojó de su vestimenta consular y disfrazado de esclavo huyó a su casa, donde permaneció oculto hasta el atardecer del día 15²⁸.

REACCION DE LOS CESARIANOS. PAPEL DE BALBO

Al atardecer del día 15 y ver la indecisión de los conjurados, atrincherados en el Capitolio; al oír que no se debía hablar de matar a nadie más, los cesarianos cobran ánimos, se agrupan y toman medidas de seguridad. Ambos bandos creyeron que lo más oportuno era mostrar moderación y hablar de paz: según Nicolás Damasceno²⁹ son los conjurados quienes iniciaron las negociaciones enviando unos delegados a Antonio y Lépido para invitarlos a una reunión en donde se tratarían los intereses del estado. Según Plutarco³⁰ fueron Antonio y Lépido quienes invitaron a los conjurados a descender del Capitolio y venir a cenar con ellos (Casio con Antonio y Bruto a casa de Lépido). El hecho es que, al día siguiente Antonio, abandonando su retiro, revestido de su indumentaria habitual, estaba en armas³¹ y comenzaba a actuar: él, que hasta entonces se había revelado como un valiente soldadote pero nada más, va a dar ahora pruebas de una habilidad extraordinaria: se aprovechará magistralmente de las circunstancias y engañará a todo el mundo con la mayor finura. También disponía de fuerzas importantes Lépido³². Este llevaba tiempo fuera de las puertas de Roma con un ejército, dispuesto a partir para España, cuyo gobierno le había confiado César con una parte de la Galia. Al ver que nadie podía hacerle seria resistencia penetró en Roma con la intención de pasar a cuchillo a todos los conjurados y apoderarse del gobierno; pero, débil de carácter, cedió a las insinuaciones de Antonio y se puso a su servicio. Para dominar mejor a Lépido, Antonio le dió en matrimonio a su

²⁶ APIANO, II, 121.

²⁷ NICOLÁS DAMASCENO, 26.

²⁸ CICERÓN: *Filip*, II, 88; DIÓN CASIO, XLIV, 22; PLUTARCO: *César*, XIV, 1

²⁹ *Frag.*, 27.

³⁰ *Ant.*, XIV.

³¹ NICOLÁS DAMASCENO, 27.

³² NICOLÁS DAMASCENO: *Ibidem*.

hija, y le ayudó a elevarse a la dignidad de sumo pontífice sin pasar por las formalidades ordinarias de las elecciones. Antonio, Lépido, Hircio y demás cesarianos se reunieron para deliberar qué conducta debían observar con los asesinos: Lépido opinaba que se debía obrar contra ellos; Hircio aconsejaba moderación y prudencia; cada uno emitía su parecer; en fin prevaleció la opinión de Hircio, a la que se adhirió Antonio³³.

Cesarianos y conjurados entraron pues en negociaciones, y así tuvo lugar la primera asamblea del senado, después de la muerte de César, el 17 de marzo. La sesión fué muy tumultuosa. El senado quería declarar a César tirano y hacer arrojar al Tíber su cadáver. Antonio se opuso: esto sería condenar sus actos y todos habían jurado mantener las actas de César y como todos los nombramientos se habían por hecho adelantado por 5 años (tanto las magistraturas urbanas como los gobiernos provinciales) eran muchos los interesados, comenzando por los asesinos, en que se sostuvieran tales disposiciones: el proyecto senatorial no pasó. Con el fin de que todos los partidos quedaran satisfechos, Cicerón³⁴ propuso la amnistía de los conjurados³⁵, la confirmación de los actos de César³⁶, la convalidación del testamento del dictador y sus funerales a cargo del tesoro público³⁷.

Estos senadoconsultos buscaban la reconciliación general; y de hecho parecían conseguirla. En realidad Antonio se valió de ellos para hacerse el dueño de Roma. Hizo leer al pueblo las últimas voluntades de César; éste adoptaba por hijo a su sobrino Octavio y lo nombraba su heredero; como segundo heredero nombraba a Décimo Bruto, uno de los asesinos; en caso de tener hijos de Calpurnia nombraba como tutores a varios de los asesinos y a otros dejaba importantes legados. Estos beneficios de la víctima ponían de relieve la ingratitud de los conjurados; el pueblo, naturalmente noble, se rebela, se indigna. Y cuando a continuación de la lectura oye que el dictador dejaba al pueblo su palacio y sus jardines, al otro lado del Tíber y a cada ciudadano 300 sestercios, se alborotó enardecido y amenazador.

Antonio acabó de ganarse al pueblo en una segunda escena, la de las exequias de César. La ocasión era muy favorable. Antonio pronunció una habilísima oración fúnebre, mostró al pueblo el cadáver de César, su toga ensangrentada y perforada por los puñales: Antonio sollozaba y el pueblo responde sollozando; en fin, excitó en el Foro un tumulto tal que Bruto y Casio vieron en gran peligro sus personas y sus bienes. Helvio Cinna, al retirarse a su casa después de las exequias de César, fué despedazado por el pueblo que lo confundieron con el pretor del mismo apellido que había arengado a la multitud en los Rostra contra César³⁸. Los conjurados comprendieron que no estaban seguros en la ciudad: pidieron a Antonio una guardia personal; Antonio les hizo saber que no podía responder de sus vidas por causa de la sobreexcitación de los soldados y de la plebe³⁹. Ellos creyeron que debían abandonar la ciudad y así lo hicie-

³³ NICOLÁS DAMASCENO: *Ibidem*.

³⁴ PLUTARCO: *Bruto*, XIX, 1.

³⁵ T. LIVIO: *Per.*, CXVI; cf. CICERÓN: *Filip.*, I, 1, 1; DIÓN CASIO: XLIV, 34; XLV, 23, 5; APIANO: *B. C.*, II, 135; *Vel. Pat.*, II, 58.

³⁶ CICERÓN: *Filip.*, II, 100; cf. I, 16; *ad Att.*, XIV, 9, 2; APIANO: *B. C.*, II, 135; 888, 22.

³⁷ APIANO: *B. C.*, II, 136; cf. PLUTARCO: *Bruto*, XX.

³⁸ Val. Max. 9, 9; PLUTARCO: *César*, LXVIII, 2; *Bruto*, XX, 4.

³⁹ CICERÓN: *ad fam.*, XI, 1, 1.

(La carta de César): César a Opio y Cornelio Balbo: salud.

9 de marzo. He llegado a Brindis: establecí mis reales junto a las murallas. Me envié a N. Magio para tratar la paz. Contesté lo que me pareció. Quiero enteraros en seguida de ello. En cuanto tenga esperanza de algún arreglo os lo comunicaré”.

(Sigue la carta de Balbo): “Puedes comprender ahora, mi querido Cicerón, cuáles serán mis angustias por temor a que, cuando por segunda vez he esperado la paz, algún acontecimiento impida su avenencia. Hago lo que puedo en mi ausencia, tengo buenos deseos. Si estuviera con ellos, acaso consiguiera algo de provecho. Ahora la expectación me atormenta”.

Las cuatro cartas muestran el interés con que Balbo tomó la causa de César a la que tanto importaba atraer a Cicerón o, por lo menos, conseguir su neutralidad. Cicerón el 10 de marzo escribe lleno de amargura al ver desvanecidos sus sueños de pacificador: “Veo muy bien, aunque tarde, porque me he confiado con exceso en las cartas y palabras de Balbo, veo que su idea (de César) es y ha sido siempre desde el principio quitar la vida a Pompeyo”³¹.

Ahora, aunque desengañado, era ya tarde para ir a reunirse con Pompeyo sitiado en Brindis desde el 9 de marzo, y de donde se escapará por el puerto el 17. Los Balbos habían logrado que Cicerón no se moviera de Formias a pesar de las órdenes de Pompeyo del 20 de febrero (ver supra p. 146).

Cicerón, como acabamos de ver, creyó que los Balbos se habían burlado cínicamente de él en todas estas gestiones. Por nuestra parte creemos que César y los Balbos eran sinceros en sus ofrecimientos de paz, aunque no en el sentido deseado por Cicerón: César no podía sacrificar sus éxitos en aras de una paz concertada con Pompeyo en igualdad de pretensiones: César había igualado y superado en las Galias la gloria militar del Magno, había mostrado infinitamente más talento que él en los últimos acontecimientos (hasta Cicerón reconoce las múltiples pruebas de torpeza que Pompeyo había dado desde el principio de las hostilidades); por el prestigio moral y político adquirido, César era, en opinión de todos, incomparablemente superior a Pompeyo; si éste, pues, accedía a negociar y de hecho se restablecía la paz, Pompeyo sería efectivamente en este *dumvirato* un segundón obscurecido por la sombra de César, y éste habría logrado la realización de sus sueños: ser el primero en Roma. En cambio, si la guerra se extendía fuera de Italia, ¿quién podría prever sus azares? Las dificultades que inmediatamente se presentaban a César eran inmensas: Pompeyo era dueño del mar con su escuadra, César no tenía ni transportes para pasar sus tropas a Epiro; el Oriente había sido teatro de las glorias de Pompeyo y por lo mismo aventajaba allí a César en prestigio; el Oriente sostendría a Pompeyo con sus refuerzos y sus recursos inagotables; en fin, César no olvidaba que a su espalda en España quedaban las mejores tropas de Pompeyo; en suma, incertidumbre en Oriente y peligro en Occidente en caso que Afranio y Petreyo, lugartenientes pompeyanos, se movieran de España con sus legiones aguerridas. En consecuencia, era un buen negocio para César impedir la extensión del conflicto: así con la misma sinceridad que Cicerón, deseaba conferenciar con Pompeyo: nada arriesgaba en ello; después de Corfinio era el dueño reconocido de Italia; si la conferencia de la paz fracasaba, al menos habría impedido el embarque de Pompeyo en Brindis.

³¹ *Ad Att.*, IX, 5, 3.

ron. Trebonio se fué a su provincia de Asia; Címbere para la Bitinia; Décimo Bruto a la Galia Cisalpina⁴⁰; Marco Bruto y Casio se retiraron a una casa de campo que poseían en el territorio de Lanuvio; y los demás, como Cicerón, fueron abandonando igualmente la capital a poco intervalo⁴¹. Los cesarianos afianzaban su posición. A los pocos días de los Idus de Marzo no les quedaban enemigos en Roma: volvían a gobernar como soberanos. “El tirano ha muerto, exclama Cicerón⁴², pero la tiranía vive aún”. Como se habían ratificado los actos de César y hasta sus proyectos, Antonio hacía pasar cuantas disposiciones se le antojaban con sólo escribirlas en los libros de César entre los decretos auténticos, valiéndose del secretario del difunto dictador, Faberio, ganado por los favores de Antonio. César muerto, Antonio seguirá gobernando como dictador en nombre del difunto⁴³.

En estos acontecimientos no hemos visto aparecer el nombre de Balbo: la esfera de su actuación no está en medio del foro, en la calle con la agitada muchedumbre de soldados, libertos y esclavos y forasteros: él operaba tras los bastidores; pero su presencia e influencia entre los cesarianos desde los primeros momentos, es indudable⁴⁴. Nicolás Damasceno⁴⁵, como hemos visto, cita a Hircio en el primer consejo que tuvieron los cesarianos el 17 de marzo, en el que prevaleció su parecer de moderación: ahora bien, la moderación era característica de Balbo en todo momento, y por otra parte, sabemos positivamente⁴⁶ que Balbo e Hircio estaban por entonces compenetradísimos y eran inseparables, hasta el punto de vivir juntos. Estamos, pues, llevados a creer que Balbo, con Hircio y Lépido organizaron las exequias de César y presidieron ante el pueblo el duelo en la histórica ceremonia en que Antonio pronunció su conmovedora oración fúnebre. A nuestro parecer yerra Münzer⁴⁷ haciendo remontar a los primeros momentos después de la muerte de César, la disensión entre Balbo y Antonio. En primer lugar, la carta de Cicerón⁴⁸ que trae a colación es anterior de un año a la muerte de César. Además no había motivos todavía para empezar tan pronto la escisión: aún no se sabía qué objetivos tenía Antonio; al contrario, la unión en aquellos momentos era el único medio de salvar la situación de todos ellos, bien comprometida por otra parte. También parece gratuita la afirmación según la cual había desacuerdo entre Hircio y Balbo; las cartas a que Münzer hace referencia hablan más bien en contra.

⁴⁰ Cf. PLUTARCO: *Bruto*, XIX, 2.

⁴¹ PLUTARCO: *César*, LXVIII, 2; CICERÓN: *ad Bruto*, 15, 4-5.

⁴² CICERÓN: *ad fam.*, XII, 1; *Filip.* V, 4.

⁴³ APIANO: *B. C.*, III, 5; DIÓN CASIO: XLIV, 53, 2; cf. XLV, 23,5; CICERÓN: *Filip.* V, 12; *ad Att.*, XIV, 13,6; PLUTARCO *Ant.* 15; *Vel. Pat.*, II, 60, 4.

⁴⁴ Cf. CICERÓN: *ad Att.*, XIV, 20, 4; 21, 2.

⁴⁵ NICOLÁS DAMASCENO, 27.

⁴⁶ CICERÓN: *ad Att.*, XII, 21,4.

⁴⁷ Art. Balbus (Cornelius) en P. Wissowa.

⁴⁸ CICERÓN: *ad Att.*, IX, 2.

LOS BALBOS Y AUGUSTO

BALBO EL MAYOR Y LOS PRINCIPIOS DE AUGUSTO

Es verdad que Balbo tuvo que notar desde las primeras semanas los designios de Antonio; sus palabras, su conducta, los tenían que revelar a un buen entendedor como lo era nuestro Balbo. Este no tardó, pues, en colocarse a la expectativa sin romper a las claras con Antonio, con quien se tratará siempre a pesar de servir a Octavio por todos los medios a su alcance, como sirvió a César sin romper el trato con los pompeyanos.

Al tener en Roma noticia que el joven Octavio estaba camino de la capital, los libertos, los veteranos y los amigos de su padre adoptivo salieron en masa a recibirle¹. Balbo, Hircio y Pansa no habían esperado su desembarque para abandonar la capital e ir a su encuentro. El 18 de abril del 44, día que Octavio desembarcó en Nápoles² los tres amigos se hallaban con Cicerón en la finca que éste tenía en Cumas. Apenas se rumoreó la llegada del joven, Balbo se puso en camino para ir a su encuentro; al día siguiente por la mañana lo acompañó a una quinta vecina perteneciente a su padrastro (de Octavio), L. Marcio Filippo³, y volvió a Cumas con Cicerón, Hircio y Pansa⁴; poco después, acaso por la tarde del mismo día, los tres consejeros más íntimos de César fueron a saludar (Balbo por segunda vez) al recién venido: entre todos concertaron la manera de hacer prevalecer en Roma la voluntad de César que había constituido heredero a su sobrino. Al día siguiente lo presentaron a Cicerón. Éste es por unos días vecino de Octavio; el venerable anciano está encantado con las disposiciones que observa en el joven⁵. Octavio dió al anciano y venerable consular todas las muestras de respeto posible y le aseguró que se gobernaría enteramente por sus consejos.

En la quinta de Filippo se trató ante todo de política: los proyectos de Octavio, sus peligros, sus probabilidades de éxito, la conducta de Antonio. Octavio, al parecer, no pretendía más que entrar en posesión de la herencia de su tío. Pero la empresa no era fácil: había que contar con la oposición de los republicanos: éstos no dejarían de sospechar que el joven heredero pretendería la autoridad de César, una vez conseguida la herencia. La oposición de Antonio no era ya dudosa⁶: él pretendía ya abiertamente esta herencia para sí. Atia, madre de Octavio, y Filippo, su padrastro, temían una desgracia para el muchacho: le aconsejaban no aceptar herencia tan peligrosa. Pero el feliz destino del imperio y del mundo lo llamaban, dice Velejo Patérculo⁷, al honor de restaurar el nombre romano y conservar su gloria; esta alma divina despreció pues los consejos de la prudencia humana, prefirió una elevación peligrosa a una seguridad sin gloria. Obligado a elegir entre el juicio de su tío y la opinión de su padrastro, Octavio no titubeó y proclamó altamente que no le era permitido creerse indigno de un nombre del que César le había juzgado digno.

¹ *Vel. Pat.*, II, 59, 6.

² Cicerón: *ad Att.*, 14, 10, 3.

³ Cf. *Vel. Pat.*, II, 60; Cicerón: *ad Att.*, XIV, 11, 2.

⁴ Cicerón: *ad Att.*, 14, 11, 2.

⁵ Cicerón: *ad Att.*, XIV, 11, 2; 12, 2.

⁶ Cicerón: *ad Att.*, XIV, 10, 3.

⁷ *Vel. Pat.*, II, 60.

Así decidido, con gran satisfacción de Balbo, se pone camino de Roma. El gaditano, incondicionalmente a su lado, le acompaña y, desde Roma, informa a Cicerón de la marcha de las cosas⁸. Cicerón quedó en Cumas muy perplejo sobre todo por los consejeros que acompañaban al futuro emperador: "Octavio está aquí con nosotros, nos da las mayores muestras de respeto y amistad. En verdad sus gentes lo saludan ya con el nombre de César, pero Filipo aún no, y yo lo imito en esto; no creo pueda llegar a ser buen ciudadano: le rodean muchos que amenazan de muerte a nuestros amigos, y dicen que su acción no puede quedar impune. ¿Qué ocurrirá cuando este joven se vea en Roma donde nuestros libertadores no pueden hallar seguridad?"⁹.

A fines de abril entró Octavio en Roma. Antonio se hallaba ausente: recorriendo a Italia para reclutar amigos y sobre todo para atraerse a los veteranos. Antonio no volvió a Roma hasta primeros de mayo. A su regreso Antonio tuvo con él varias entrevistas¹⁰. Después de las protestas de amistad, Octavio le echó en cara la amnistía concedida a los asesinos y el olvido en que tenía la venganza de los manes de su tío. En fin, le recordó la cláusula del testamento de César según la cual él debía pagar al pueblo 300 denarios por cabeza: para satisfacer esta deuda Antonio debía remitirle el dinero de su tío. A estas conferencias asistió Balbo y demás amigos que venían acompañando a Octavio desde Apolonia o desde su entrada en Italia¹¹. Antonio se negó a las solicitudes de Octavio¹²; lo trató con desaire, estaba loco, decía, y mal aconsejado: ¿cómo se atrevía a desear la herencia de César, carga insoportable para él? Como Octavio insistía en su empeño, Antonio lo trató con mayor dureza: él, cónsul del pueblo romano, no tenía que rendir cuentas a un particular: debía saber Octavio, además, que sin sus esfuerzos César hubiera sido declarado tirano y por consiguiente anulado su testamento; en cuanto al dinero que César había dejado, era poco y se había gastado en comprar los decretos que salvaban su memoria. En fin, hasta amenazó a Octavio, para intimidarlo, con la cárcel, si no dejaba de adular al pueblo y atraérselo¹³.

Antonio, pues, haciendo caso omiso del legítimo heredero de César, gobierna como dueño absoluto: despoja de sus magistraturas a quien le parece y las concede a sus partidarios, nombra senadores, revoca desterrados; distribuye la inmunidad, la libertad y la ciudadanía romana por dinero, etc.¹⁴, forja falsos senadoconsultos¹⁵ o reina por el populacho que le es adicto¹⁶.

M. Antonio era eficazmente secundado en su gobierno autocrático por sus dos hermanos Cayo y Lucio, el primero pretor urbano desde que M. Bruto se había retirado; el segundo tribuno popular¹⁷. Para consolidar su posición, Antonio, abusando de sus poderes en la urbe, se hace conceder los gobiernos provinciales más importantes: César había repartido

⁸ CICERÓN: *ad Att.*, XV, 4, 5, 5, 2; 6, 4; 8, 1; 9, 1.

⁹ CICERÓN: *ad Att.*, XIV, 12, 2.

¹⁰ PLUTARCO: *Ant.*, XVI; NICOLÁS DAMASCENO, 28.

¹¹ Cf. NICOLÁS DAMASCENO, 28.

¹² Cf. NICOLÁS DAMASCENO: *Ibidem*; PLUTARCO: *Ant.*, XVI.

¹³ PLUTARCO: *Ant.*, XVI.

¹⁴ CICERÓN: *Filip.*, I, 24; II, 92; III, 30; V, 12; VIII, 15; *ad fam.*, XII, 1, 2; PLUTARCO: *Ant.*, XV; DIÓN CASIO, XLIV, 53, 3-5; XLV, 23, 6-8.

¹⁵ CICERÓN: *ad fam.*, XII, 28, 2.

¹⁶ CICERÓN: *Filip.*, I, 6; II, 109; DIÓN CASIO, XLV, 24.

¹⁷ DIÓN CASIO, XLV, 9; APIANO: *B. C.*, III, 14, 23.

las provincias para el 43: había asignado a M. Bruto el gobierno de Macedonia y a Casio el de Siria. El senadoconsulto que ratificaba las actos de César confirmaba el nombramiento. Con todo Dolabella, cónsul sufecto en lugar de César y que no tenía asignado ningún gobierno, se hizo atribuir a pesar de la oposición de un tribuno, la Siria, la dirección de la guerra contra los Partos (proyectada por César) y el mando del ejército romano reunido en Macedonia para el mismo objeto¹⁸. Muerto el jefe, Dolabella también quería llevarse un trozo en el reparto del gobierno. Antonio para no ser menos, pidió la provincia de M. Bruto o sea la Macedonia; el senado se sometió sin resistencia¹⁹. Se concedieron a Bruto y Casio en compensación (!) provincias sin importancia. Poco después por una estratagema (hizo correr el rumor que los Getas atacaban a Macedonia) consiguió sustraer a Dolabella el ejército de Macedonia²⁰. Ahora que dispone de este ejército (por lo menos oficialmente: ya veremos que en gran parte pasará a Octavio) cambia la Macedonia por la Galia Cisalpina, mejor situada para vigilar los acontecimientos de la capital. Propone por la violencia una ley *de permutatione provinciarum*²¹ en virtud de la cual cambia la Macedonia por la Galia Cisalpina, de la que se había posesionado Décimo Bruto²². Décimo Bruto se negó a ceder la provincia hasta que el senado no decidiera otra cosa²³. Antonio lo asedia en Módena en los primeros días de diciembre²⁴.

Pero volvamos meses más atrás, a mayo del 44. Antonio tenía olvidada la venganza de los asesinos, no se ocupaba más que de su propio crecimiento; despreciaba al joven heredero; éste que se veía solo, ante la hostilidad de los cónsules y de los asesinos juzgó prudente, aconsejado por Balbo y demás amigos, no hacer frente al todopoderoso Antonio para no arruinarse juntos: se mantuvo quieto en espera de tiempos mejores²⁵. Sin embargo, seguía ganándose al pueblo y a los veteranos que le ofrecían numerosos el socorro de sus espadas. Unos tribunos²⁶ descontentos por la escisión que se había producido en el bando y sobre todo por las afrentas inferidas al hijo de su antiguo general, se presentaron en casa de Antonio reprochándole su conducta y recordándole las voluntades de César. Lograron llevar al Capitolio a Antonio y Octavio donde se reconciliaron solemnemente. El juramento que se hicieron no fué más que un acto oficial. Apenas se separaron²⁷ Antonio vió que no se podía ya despreciar al "niño", que era temible. Le tramó asechanzas: lo acusó de haberlo querido asesinar. Los meses habían ido pasando y el verano tocaba ya a su fin; Antonio hacía transportar a Brindis su ejército de Macedonia. Octavio creyó que no debía dormirse²⁸: él también salió de Roma: con el dinero destinado a pagar el ejército de Macedonia (que él se había traído consigo

¹⁸ APIANO: *B. C.*, III, 7-8.

¹⁹ APIANO: *B. C.*, III, 8, 12; *Vel. Pat.*, II, 60, 5.

²⁰ APIANO: *B. C.*, III, 24-25, 37, 52; cf. DIÓN CASIO: XLV, 20, 25; XLVI, 26.

²¹ T. LIVIO: *Per.*, CXVII; APIANO: *B. C.*, III, 30.

²² APIANO: *B. C.*, III, 55; DIÓN CASIO, XLV, 9, 20, 3; NICOLÁS DAMASCENO: 30; SUTTONIO: *Aug.*, 10.

²³ DIÓN CASIO: XLV, 14; APIANO: *B. C.*, III, 49; CICERÓN, *Filip.*, III, 8; IV, 7-8; *ad fam.*, XI, 6, 2.

²⁴ DIÓN CASIO: XLV, 13; APIANO: *B. C.*, III, 46; CICERÓN: *Filip.*, III, 1, etc.

²⁵ NICOLÁS DAMASCENO: 28.

²⁶ NICOLÁS DAMASCENO: 29.

²⁷ NICOLÁS DAMASCENO: 30.

²⁸ NICOLÁS DAMASCENO: 31.

de Apolonia) y con el que él sacó de la venta de sus propios bienes y de las quintas del dictador, recorrió las colonias establecidas por su tío y reclutó un ejército²⁹. Al producirse la muerte de César los tribunos del ejército de Macedonia cuyo afecto se había ya ganado el joven Octavio, lo invitaron a ponerse bajo la salvaguardia de aquellas legiones fieles³⁰. Ahora Cayo, hermano de Antonio, transportaba esas mismas tropas para servir a Antonio que llegó él mismo a Brindis a recibirlas el 8 de octubre, para marchar con ellas sobre Roma³¹. Octavio mandó emisarios secretos a recordar a aquellos veteranos que no traicionaran al hijo de su antiguo general. Dos legiones desertan a su favor³². Antonio había vuelto a Roma con intención de declarar a Octavio enemigo público por haber levantado tropas sin misión oficial; pero al enterarse de la deserción de sus dos legiones y su proximidad a Roma³³ revistió el paludamento³⁴ y se fué precipitadamente (últimos días de noviembre del 44) a quitar la Galia Cisalpina a D. Bruto. Éste, basándose en la ratificación de las actas de César por el senado, se niega a ceder la provincia. Antonio le sitia en Módena. El plan de Antonio era, una vez dueño de la Cisalpina, unirse con Lépido, gobernador de la Narbonense y de la España Citerior, y Planco (mandaba tres legiones en la Transalpina) y pasar el Rubicón como César en 49.

Desde tiempos atrás la conducta de Antonio había hecho que los republicanos pusieran los ojos en Octavio. Cicerón vuelve poco a poco de su desconfianza primera y a medida que Antonio se hace más déspota más se fía el viejo consular del "niño": "Observo en Octavio bastante inteligencia, bastante valor y parece que será para con nuestros héroes lo que quisiéramos... Al menos hay que contemplarlo para que no se una con Antonio... Buena índole si persevera"³⁵. Octavio creyó que había llegado su hora de actuar. Insta a Cicerón por medio de sus amigos Balbo (ya vimos que Balbo no dejó de comunicarse con Cicerón ausente) y Opio³⁶; él mismo le escribe todos los días³⁷ para que regrese a Roma y lo sostenga con su autoridad contra el enemigo común³⁸. Cicerón encuentra a Octavio muy joven³⁹ y, si se impone su autoridad, teme el uso que pueda hacer de ella⁴⁰. Octavio, que conoce el débil de Cicerón, halaga su vanidad: le asegura que se gobernará enteramente por sus consejos⁴¹. Cicerón aprueba por fin sin vacilaciones la conducta del joven contra el propio parecer de sus amigos que le repetían se guardase de aquel joven, dejase de elevarlo tanto, etc. El apoyo que Balbo y Opio no habían conseguido nunca para César, lo consiguen ahora para Octavio.

²⁹ *Monum. Ancyra.*, I, 1: exercitum priuato consilio comparauit; cf. Cicerón: *Filip.*, V, 23; *Vel. Pat.*, II, 61; APIANO: *B. C.*, III, 40; NICOLÁS DAMASCENO: 31.

³⁰ *Vel. Pat.*, II, 59.

³¹ Cicerón: *ad fam.*, XII, 23, 2; APIANO: *B. C.*, III, 55, cf. 37, 52; DIÓN CASIO: XLV, 20, 4; 22, 3.

³² NICOLÁS DAMASCENO: 31; cf. Cicerón: *Filip.*, V, 23.

³³ Habían ocupado Alba (Cicerón: *Filip.*, III, 6; cf. V, 23-24).

³⁴ Cicerón: *Filip.*, V, 24.

³⁵ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 12, 2.

³⁶ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 15, 3.

³⁷ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 11, 6.

³⁸ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 8.

³⁹ Es un niño, decía, *ad Att.*, XVI, 11, 6.

⁴⁰ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 14, 1.

⁴¹ Cicerón: *ad Att.*, XVI, 9.

Ya en diciembre Cicerón alcanza del senado elogios por la conducta de D. Bruto y Octavio⁴². En los primeros días de enero del 43, Octavio es nombrado, a instigación de Cicerón, general del senado⁴³ con igual poder que los dos cónsules Hircio y Pansa. Entre los tres en una operación conjunta liberan a Décimo Bruto; pero ambos cónsules mueren a consecuencia de heridas recibidas en el combate⁴⁴.

EL SEGUNDO TRIUNVIRATO. BALBO EL MAYOR CONSUL ROMANO.

Muertos Hircio y Pansa, queda Octavio como jefe único del ejército victorioso: el senado se arrepiente de los poderes que le ha concedido y, pasado el peligro, intenta minar su influencia: decreta el triunfo para Décimo Bruto, prodiga honores a Pansa e Hircio y siembra el descontento entre los veteranos adictos a Octavio: tiene gran éxito el mordaz juego de palabras de Cicerón "*Caesarem laudandum et tollendum*" con gran resentimiento de Octavio a cuyos oídos llegó⁴⁵: se encarga a Décimo Bruto de perseguir a Antonio⁴⁶. Pero "el ejército no fué tan ingrato como el senado" dice Velejo Patérculo. Octavio, al ver que el éxito de Módena se había convertido en un triunfo pompeyano⁴⁷, al frente de ocho legiones marcha sobre Roma⁴⁸, se hace elegir cónsul a los 19 años (con un partidario suyo como colega, Quinto Pedio) y comandante supremo de los ejércitos de la república en la guerra contra Antonio; Décimo Bruto era ahora su subordinado. Dos meses más tarde tiene lugar la entrevista de Bolonia: Octavio, Antonio y Lépido se reparten el imperio (2º triunvirato, *III viri reipublicae constituendae causa*)⁴⁹. Empiezan a ejercer su poder absoluto sobre Roma, Italia y las provincias el 27 de noviembre del 43⁵⁰. Diez días más tarde, el 7 de diciembre⁵¹, moría Cicerón víctima de la proscripción decidida en Bolonia. La correspondencia del ilustre proscrito es la fuente esencial para el estudio de la vida de Balbo el Mayor: gracias a ella hemos podido vislumbrar algo de su intervención en la política romana de las dos décadas anteriores. Ahora nos falta pues la gaceta diaria. Indirectamente, sin embargo, sabemos que la influencia del gaditano, en época del segundo triunvirato, no debió ser menos considerable que en la del primero, pues entonces (año 40) alcanzó el consulado⁵², el primero de los extranjeros que consiguió este honor; negado anteriormente incluso a los habitantes del Lacio, consigue el consulado nuestro Balbo, nacido a orillas del Océano, observa Plinio el Mayor⁵³ que enumera el caso de este gaditano entre los ejemplos de personas favorecidas por la fortuna.

⁴² Cf. WILLEMS: *Le Sénat de la Rép. Rom.*, II, 749.

⁴³ CICERÓN: *Filip.*, VI, 3; VIII, 6; DIÓN CASIO: XLVI, 29; *Monum. Ancy.*, I, 5.

⁴⁴ *Vel. Pat.*, II, 61 (uno muere en el campo de batalla; el otro pocos días después).

⁴⁵ *Vel. Pat.*, II, 62, 6.

⁴⁶ DIÓN CASIO: XLVI, 40, 51; cf. APIANO: *B. C.*, III, 74, 85-86; T. LIVIO: *Per.*, CXX; *Vel. Pat.*, II, 62.

⁴⁷ Cf. *Vel. Pat.*, II, 62, 1.

⁴⁸ DIÓN CASIO, XLVI, 43-44; APIANO: *B. C.*, III, 88, 89, 91.

⁴⁹ DIÓN CASIO: 47, 55; APIANO: *B. C.*, IV, 2-3.

⁵⁰ *Fast. Cos.*, CIL, I₂, 64.

⁵¹ TÁC.: *Dial. Or.*, 17.

⁵² *Fast. Cap.* CIL, I₂, 158; *Fast. Cos.*, CIL, I₂, 64.

⁵³ PLIN.: *N. H.* VII, 136.

Los PP. Mohedanos⁵⁴ se equivocan al referir las circunstancias en que Balbo el Mayor fué hecho *consul suffectus*. Interpretando erróneamente a Dión Casio (XL, VIII, 32) creen que lo fué a raíz del arreglo entre Octavio, Antonio y Sextio Pompeyo; pero este arreglo —el tratado de Miseno— se realizó a principios del 39⁵⁵, posterior por consiguiente al consulado de Balbo. Éste ejerció la suprema magistratura como cónsul sufecto al final del 40⁵⁶. Lo que indujo en error a los PP. Mohedanos fué sin duda la circunstancia que Dión Casio refiere en los capítulos anteriores al 32 hechos de Sextio Pompeyo (explicable porque Sextio Pompeyo actuó ya desde el 44 aprovechando los trastornos que siguieron a la muerte de César) y en este capítulo refiere unos festejos con ocasión de una paz.

Es indudable que la paz de Miseno tuvo lugar en 39⁵⁷; por consiguiente los brillantes festejos celebrados por los cónsules (Balbo el Mayor y Publio Canidio, CIL, I₂, 158) con ocasión del restablecimiento de la paz a fines del 40 tuvieron que ser motivados por otro arreglo; y es indudablemente el tratado de Brindis (entre Octavio y Antonio) que tuvo lugar en los primeros días de octubre del 40⁵⁸. Antonio llegaba de Oriente muy mal dispuesto para con Octavio: a las instigaciones de su mujer Fulvia y de sus amigos se unía una justificada inquietud ante los progresos realizados por Octavio en Occidente. La ruptura parecía inevitable entre los triunviros; pero Octavio, debilitado por la guerra de Perusa, hubiera entablado la lucha en condiciones desfavorables: fué un triunfo diplomático el salvar la paz en aquella ocasión y reservar la inevitable ruptura para otra mejor.

Hay más. Balbo es íntimo de Octavio. Su colega en el consulado y socio en la celebración de la paz, Publio Canidio Craso, era el hombre de confianza de Antonio⁵⁹. Esta coincidencia no puede ser fortuita: acaso Balbo y Canidio no hayan sido ajenos al arreglo de Brindis; por lo menos creemos que su elección como cónsules es una consecuencia del tratado brindisino: tanto Octavio como Antonio quieren tener en Roma quien cuide de sus intereses mientras ellos guerrear contra Sex. Pompeyo; sin escrúpulos constitucionales (la voluntad de los triunviros es la ley suprema) quitan sus cargos a los cónsules en funciones⁶⁰ y nombran en su lugar a Canidio y Balbo, a pesar de haber sido este último un *homo privatus* toda su vida; en esto nos apartamos de Münzer a quien acabamos de citar; pues creemos que Balbo se hallaba en Roma al ser nombrado cónsul; el Balbo propretor de España es el sobrino⁶¹.

Durante su consulado o poco después fué elegido Balbo el Mayor patrono de Capua⁶².

⁵⁴ PP. MOHEDANOS: *Hist. Lit. de España*, IV, pág. 105-6.

⁵⁵ Ver *The Cambridge Ancient History*, X, pág. 43 y sig.

⁵⁶ Cf. FAST. CONS.: CIL, I₅, 158; DIÓN CASIO: XLVIII, 32.

⁵⁷ *The Cambridge Ancient History*, 1, c.

⁵⁸ Ver *The Cambridge Ancient History*, X, pág. 44; CARCOPINO: *Virgile et le mystère de la IV églogue*, pág. 111 y sig.; MÜNZER, art. *Balbus* (Cornélius) en P. Wissowa.

⁵⁹ En efecto lo veremos servirle de legado en Asia en 38 y años siguientes (PLUTARCO: *Ant.*, XXXIV; APIANO: *Parth.*, 275, 282; DIÓN CASIO: XLIX, 24); en fin este Canidio mandará en Accio el ejército de tierra de Antonio (*Vel. Pat.*, II, 85, 2; PLUTARCO: *Ant.*, LXIII).

⁶⁰ Uno de ellos, Cn. Domicio, va a España a ocupar el puesto de L. Antonio.

⁶¹ Cf. infra, pág. 188.

⁶² CIL, X, 3854: L. Cornelio L. (f) Balbo Cos. Patr. D. C. D. (= de conscriptorum decreto), cf. MÜNZER: art. *Balbus* en P. Wissowa).

LA LUCHA POR EL IMPERIO. ACCIO (AÑO 31)

La ocasión de la ruptura entre Octavio y Antonio llegó en 32 a. de J. C. Desde el 36 los dos rivales habían quedado frente a frente con la deposición de Lépido. Ahora se produce la lucha suprema por el imperio. Octavio aprovecha la indignación suscitada en Roma por la condescendencia de Antonio por Cleopatra a cuyos hijos había cedido provincias en Oriente. El senado de Roma jura en bloque (los partidarios de Antonio habían huído a Oriente con anterioridad) fidelidad a Octavio, que en 31 se embarca para ir a atacar a Antonio. Por la victoria de Accio (2 de septiembre del 31)⁶³ Octavio queda dueño del imperio romano. En los años siguientes el senado acumula honores y privilegios sobre Augusto⁶⁴; y Octavio dota el estado romano de un conjunto de instituciones que serán la base de la constitución romana durante tres siglos. Se puede dar como fecha de transición de la república al imperio el 13 de enero del año 27 a. de J. C. fecha que Octavio dejó de ser Octavio para ser Augusto. Dión Casio⁶⁵ aludiendo a la sesión del senado celebrada ese día, escribe: “así el poder del pueblo y del senado pasó por completo a Augusto y a partir de entonces se estableció una pura monarquía”⁶⁶.

LA CARRERA POLITICA DE BALBO EL MENOR LIGADA A
LA SUERTE DE OCTAVIO

Balbo el Menor fué cuestor de Asinio Polión que mandaba en la España Ulterior tres legiones de acreditado valor⁶⁷.

Polión en una carta escrita en Córdoba el 8 de junio del 43⁶⁸ se queja amargamente de su cuestor, culpable al parecer de horribles crímenes: se había ido de Cádiz al reino de Bogud, en Mauritania, llevándose el dinero destinado a pagar a los legionarios; anteriormente había hecho quemar vivo a un pompeyano después de enterrarlo hasta la cintura y arrojar a las bestias a otro ciudadano por ser feo. El cuestor Balbo, concluye Polión, es un monstruo.

Llamamos la atención sobre las tres cartas de Polión a Cicerón, *ad fam.* X, 31, 32, 33. En ellas se ve que a la sazón está la España Ulterior casi incomunicada con Italia: las escasas noticias que allí llegan, vienen con meses de retraso. Se ignora en la Ulterior lo que ocurre en Roma; no se sabe más que es aguda la rivalidad entre Antonio, los republicanos y Octavio. En estas circunstancias Polión (morirá republicano empedernido muy entrado el reino de Augusto) se declara enemigo de todos los tiranos⁶⁹, dispuesto a salvaguardar por todos los medios a su alcance su libertad personal y la de la república, a quedarse en España o pasar a Italia según las exigencias de la causa republicana. Su cuestor, servidor incondicional de la causa imperial, puso a salvo en la corte de Bogud, el dinero confiado a su custodia. Bogud, rey de Mauritania, había sido

⁶³ Cf. WILLEMS: *Le Sénat de la Rép. Rom.*, II, pág. 769.

⁶⁴ WILLEMS: *Le Sénat de la Rép. Rom.*, II, 770-71.

⁶⁵ DIÓN CASIO: LIII, 17.

⁶⁶ Ver LÉON HOMO: *Institutions politiques du peuple romain*, pág. 250-260.

⁶⁷ CICERÓN: *ad fam.*, X, 31 y 32.

⁶⁸ CICERÓN: *ad fam.*, X, 32, 1-3 y 5.

⁶⁹ CICERÓN: *ad fam.*, X, 31, 3.

amigo y aliado de César, había luchado a su lado en la batalla de Munda⁷⁰, había sido obsequiado con preciosos regalos por César⁷¹. ¿Dónde está la traición? ¿De parte del cuestor que se aparta de la obediencia a Polión para seguir sirviendo a su jefe César y al heredero, el futuro Augusto, o de parte del propretor que pretende emplear las legiones contra la voluntad de quien le dió el *imperium*?

Veleyo Patérculo, Plinio, Cicerón (con ser éste de ideología política opuesta a los Balbos) no tienen sino elogios para la honradez de los gaditanos. ¿Qué crédito merece la voz aislada de A. Polión, cuyo nombre vino a ser sinónimo de “calumniador”, que difamó a Cicerón, puso en tela de juicio el mérito literario de César, de T. Livio y Salustio y por fin hizo la apología de Verres?⁷²

Nuestro Balbo acaso haya eliminado a algunos pompeyanos irreducibles; A. Polión hacía por lo menos otro tanto con los caballeros que se le desmandaban (en la misma carta añade: *si quos equites decedentis nactus sum supplicio adfeci*). Pero burlado por su cuestor, pretendió acumular sobre él la ignominia acudiendo a aquellos medios fáciles que en nuestros días han venido a ser un tópico; en todas las épocas produjeron escándalo los delitos de lesa humanidad, siempre se maldijo a los criminales cuando el crimen era obra del partido contrario; en cambio, la moral es más benévola para los mismos crímenes del propio partido: entonces es la *Justicia*.

Octavio nombró a Balbo el Menor propretor de una de las Españas en un año que no podemos precisar entre el 41 y 38, probablemente en 40⁷³. La provincia por él regida debió ser la Ulterior. Monedas de plata de origen incierto llevan la inscripción en el anverso: *C. Caesar III VIR R.P.C.* Y en el reverso: *Balbus Propr.*⁷⁴ En el Museo de París hay un áureo semejante, al parecer falso⁷⁵.

En el año 32 Balbo el Menor es cónsul con M. Valerio⁷⁶. Ya vimos cómo Octavio en circunstancias políticas delicadas llevó a Balbo el Mayor al consulado para defender sus intereses. No sabemos nada del consulado de Balbo el Menor, pero la fecha del 32 señala precisamente la ruptura definitiva entre Octavio y Antonio: por ello conjeturamos que Balbo el Menor debió ser elevado al consulado (*consul suffectus* él también) como hombre de confianza del futuro emperador, en circunstancias muy parecidas y con el mismo objetivo que su tío.

De los problemas suscitados por la biografía de Balbo el Menor ninguno acaso haya hecho reflexionar tanto como el planteado por el texto de Veleyo Patérculo⁷⁷ según el cual Balbo el Menor “llegó a ser *ex privato consularis*. ¿Es decir que él haya sido inscrito entre los personajes que han pasado por todos los grados del *cursus honorum* sin haber él ejercido ninguno?

Willems⁷⁸ admite que Balbo el Menor fué cuestor en 44, a la edad de

⁷⁰ *Bell. Alex.*, 18 y 19.

⁷¹ Suetonio: *César*, 52.

⁷² Séneca: *Suas.*, 6, 15, 27; Suetonio: *César*, 56, 4; San Jerónimo: *Apol. in Ruf.*, I, 4, 85; *Epist.*, CXII, (ad Augustinum).

⁷³ Cf. Groag, *Prosopographia Imperii Romani*, 1331.

⁷⁴ Riccio: *Le Monete delle Antiche famiglie di Roma*, pág. 67, lám. XV, 9; Eckhel: V, 179; Babelon: *Mon. Rép. Rom.*, I, 429 y sig.

⁷⁵ Ver Groag (*Prosopographia...* 1331), con referencias bibliográficas.

⁷⁶ CIL, I₂, pág. 160.

⁷⁷ *Vel. Pat.*, II, 51, 3.

⁷⁸ Willems: *Le Sénat de la Rép. Rom.*, I, 608.

30 años por lo menos, que llegó al consulado sin duda después de haber pasado por la pretura, tras un intervalo de once años a la edad de 43 años por lo menos conforme a las antiguas leyes republicanas. Se ha elevado al consulado siendo senador pretoriano, como la generalidad de los consulares. “No es pues exacto decir, escribe Willems, que haya llegado a ser *ex privato consularis*; ese detalle al contrario se aplica perfectamente, como lo hemos dicho más arriba a su tío Balbo el Mayor. Creemos, pues, que Veleyo por error ha atribuído al sobrino una particularidad que concernía a su tío”. En suma, Willems no se explica el texto y lo corrige, o mejor dicho, lo suprime. Observemos, además, que para Willems, *consularis* aquí es sinónimo de cónsul.

E. Groag⁷⁹ ante la misma dificultad no suprime el *fieretque ex privato consularis*, pero para explicarlo suprime la carrera política del gaditano o por lo menos las magistraturas curules; cree que el L. Cornelius, *consul suffectus* del año 32 a. de J. C. es otro distinto del nuestro.

Evidentemente ambos autores acuden a soluciones desesperadas. Acaso fuera más prudente admitir los hechos suficientemente conocidos de la vida de nuestro Balbo el Menor, admitir también el texto íntegro de Veleyo Patérculo, que difícilmente se podía equivocar confundiendo al sobrino, a quien acaso conoció personalmente, con su tío; por lo menos vivió tan cerca de él que trató a contemporáneos suyos, ya que este historiador, como es sabido, fué favorito del emperador Tiberio, y el mismo Tiberio, siendo cónsul⁸⁰, distinguió a nuestro Balbo el Menor pidiéndole a él el primero su parecer en el senado.

Respecto al texto hacemos observar: 1° Que *privatus* era no sólo el hombre que nunca había ejercido una magistratura (el sentido desde luego más corriente del término) sino también el exmagistrado reintegrado a la vida privada: prueba fehaciente de ello es un texto de César⁸¹ en que se refiere cómo en 49 fueron atribuídas dos provincias consulares, Siria y la Galia Transalpina a dos hombres *privati*, y estos *privati* eran Quinto Metelo Escipión, socio del gran Pompeyo en su tercer consulado (año 52) y L. Domicio Ahenobarbo, edil curul en 61, pretor en 58 y cónsul en 54⁸².

2° Que *consularis* en tiempo de la república designaba, como es sabido, a los personajes que habían sido cónsules; pero en tiempos de Augusto vino a ser sinónimo de “legado” o gobernador de una provincia consular o senatorial⁸³.

En consecuencia, interpretamos y comentamos el *fieretque ex privato consularis*: “y en el año 20 cuando era hombre privado desde el 32 (año de su consulado) fué gobernador de una provincia consular, Africa, o sea, con Asia, la principal provincia consular.

⁷⁹ GROAG: *Prosopographia...* 1331; cf. también su art. *Balbus* (Minor) en P. Wissowa.

⁸⁰ DIÓN CASIO: LIV, 25, 2.

⁸¹ CÉSAR: *B. C.*, I, 6, 5.

⁸² Ver WILLEMS: *Le Sén. de la Rép. Rom.*, I, 448. En el mismo texto de César a que hicimos referencia en la nota anterior también se llaman *privati* a Escipión, L. Domicio, Filipo y Cotta, cuyos consulados anteriores son bien conocidos, cf. MOMMSEN MARQUART: *Droit public romain*, III, 286.

⁸³ Cf. DARENBERG-SAGLIO: art. *Consularis*; MOMMSEN MARQUART: *Droit public romain*, III, 250 y 286; CASIODORO: *Variar.*, VI, ep. XX, in fine.

PROCONSULADO Y TRIUNFO DE BALBO EL MENOR

Balbo el Menor fué en efecto procónsul de Africa en el año 21-20, diez años después de haber ejercido el consulado⁸⁴. La ley del año 52, dada por Pompeyo, que exigía un intervalo de cinco años por lo menos entre una magistratura y la correspondiente promagistratura, regía generalmente en tiempos de Augusto: ese intervalo —en que los exmagistrados eran pues privati— era frecuentemente para las provincias de Asia y Africa de 10, de 15 y hasta de 18 años⁸⁵.

El procónsul de Africa en tiempos de Augusto y Tiberio, a pesar de ser ésta una provincia pacificada y senatorial, disponía de fuerzas militares (una o dos legiones) para proteger sus fronteras desde Mauritania a Cirenaica⁸⁶. Nuestro Balbo el Menor, soldado de la escuela de César, consiguió grandes éxitos militares contra la importante tribu africana de los Garamantes, salvaje⁸⁷, apenas conocida hasta entonces e impenetrable porque los salteadores del país sorprendían y cazaban a los que se aventuraban por sus pistas, haciendo hoyos profundos que recubrían con ramajes y arena. Balbo, sin duda como represalia a alguna incursión de las tribus en tierras romanas o acaso por alguna molestia en las comunicaciones, tomó la capital, Garama, y sometió todo el país al dominio de Roma: esta victoria le valió el triunfo. Virgilio en la Eneida⁸⁸ alude a la expedición de Balbo en tiempos de Augusto.

Así como su tío fué el primer extranjero que consiguió el consulado, Balbo el Menor fué el primer extranjero que triunfó en Roma⁸⁹.

El triunfo se celebró el 27 de marzo del año 19 a. de J. C.⁹⁰ y fué espléndido (también en esto imitó Balbo a César): llama la atención a Plinio el número de detalles (prueba del éxito) que los historiadores refieren de éste “Nuestros autores, escribe, han referido como suceso notable que Balbo se apoderó de las ciudades que acabo de citar, y que en su triunfo, además de Cidano y Garama, hizo desfilar con sus nombres las imágenes de todos los demás pueblos y ciudades, en el orden siguiente: *Tibudum*, ciudad; *Niteris* pueblo; *Milgis Gemela*, ciudad; *Bubeium*, pueblo o ciudad; *Enipi*, pueblo; *Tuben*, ciudad; una montaña llamada *Niger*; *Nitibrum* y *Rapsa*, ciudades; *Viscera*, pueblo; *Degri*, ciudad; *Nathabur*, río; *Thapsagum*, ciudad; *Tamiagi*, pueblo; *Boin*, ciudad; *Pege*, ciudad; *Dasibari*, ciudad; luego una serie de ciudades *Baracum*, *Buluba*, *Alasit*, *Galsa*, *Balla*, *Maxala*, *Cizania*. En fin el monte *Gyri*, con una inscripción indicando que en él se encuentran piedras preciosas”⁹¹.

Balbo, con su expedición, extendió los conocimientos geográficos de sus contemporáneos que saludaban con entusiasmo aquellos nombres bárbaros nunca oídos. Con su triunfo, el sobrino dejó entre los romanos una estela más gloriosa aún que el tío.

⁸⁴ *Act. tr.* CIL, I₂, 181; L. Cornelius P. F. Balbus Pro. Cos. A. DCCXXXIV ex Africa VI, K. april.

⁸⁵ Cf. DAREMBERG-SAGLIO, art. *prouincias*.

⁸⁶ TÁC: *Hist.*, IV, 48 y 49; *Anal.*, IV, 5.

⁸⁷ Cf. Plin., V, 45: “Los Garamantes no contraen matrimonio y sus mujeres son comunes”.

⁸⁸ VI, 794.

⁸⁹ *Vel. Pat.*, II, 51, 3; ESTRABÓN: III, 169; PLIN. *N. H.* V, 36.

⁹⁰ CIL, I, 181; cf. PLINIO: *N. H.*, V, 36; ESTRABÓN: III, 5, 3; *Vel Pat.*, II, 51.

⁹¹ PLINIO: *N. H.*, V, 36-38. Sobre la identificación de los nombres aquí citados ver VIVIEN DE SAINT-MARTIN: *Le Nord de l'Afrique dans l'Antiquité*, pág. 111-122.

SU TEATRO

El botín de guerra traído por Balbo fué considerable. El gaditano lo consagró al embellecimiento de su segunda patria, Roma: en esto se asociaba a la obra de Augusto, cuyo conocido empeño, una vez pacificado el orbe y cerrado el templo de Iano, era favorecer las artes para ilustrar su reinado y hacerse perdonar por sus súbditos la pérdida de la libertad; Augusto, quería, escribe Boissier⁹², aturdir al pueblo, embriagarlo de lujo y magnificencia para distraerlo de los recuerdos importunos del pasado. “Esta Roma de mármol que construía, estaba destinada a hacer olvidar la Roma de ladrillo”.

Suetonio pone de relieve el afán constructor de Augusto y nos ha dejado⁹³ una lista de obras imponente por su número y su grandeza. Tácito⁹⁴ señala el favor con que acogía las iniciativas privadas para hacer de Roma una capital artísticamente digna del colosal imperio que regía, y que testimoniara a las generaciones futuras la gloria de su reinado. Según Suetonio⁹⁵ Augusto incluso invitaba a los “grandes” a contribuir al embellecimiento de la urbe en la medida de sus posibilidades o bien restaurando los monumentos antiguos o bien edificando otros totalmente nuevos. Veleyo Patérculo concuerda con Suetonio y piensa evidentemente en nuestro Balbo al escribir⁹⁶ “Los principales hombres, *los que habían disfrutado del triunfo* y de las mayores magistraturas, eran exhortados por el príncipe (Augusto) a trabajar por embellecimiento de la ciudad”. A su llamamiento respondieron una pléyade de personajes pudientes y amantes de Roma cuyos nombres y obras conocemos por Tácito y Suetonio⁹⁷.

Statilius Taurus construyó un anfiteatro en el campo de Marte; L. Marcio Philipo, cónsul sufecto en 38, reedificó el templo de Hércules a las Musas, en el mismo sitio, es decir, cerca del pórtico de Octavia construido por el emperador; L. Cornificio construyó el templo de Diana; Asinio Polión el atrio de la Libertad; Munacio Planco el templo de Saturno; Agripa sufragó los gastos de muchas obras y magníficas todas ellas.

Nuestro Balbo el Menor⁹⁸ edificó, pues, un teatro de piedra en el campo de Marte, o sea en la Región novena⁹⁹. La cavea podía contener once o doce mil espectadores. Los vestigios que de él nos quedan son insignificantes, pero poseemos numerosas referencias literarias que atestiguan su magnificencia y suntuosidad. Unos seis años duró la construcción del edificio: desde el 19, año del triunfo, al 13 a. de J. C. (consulado de Tiberio Claudio y Quintilio Varo) fecha de la inauguración¹⁰⁰, coincidiendo ésta con el

⁹² Cicéron et ses amis, pág. 400.

⁹³ Suetonio: *Aug.*, 29, *Mon. Ancyr.*, passim.

⁹⁴ Tác.: *Anal.*, III, 72, 2: nec Augustus arcuerat Taurum, Philippum, Balbum hostilis exuias aut exundantis opes ornatum ad urbis et posterum gloriam conferre.

⁹⁵ Suetonio: *Aug.*, 29: caeteros principes uiros saepe hortatus est ut pro facultate quisque monumentis uel nouis uel reffectis et excultis, urbem adornarent.

⁹⁶ *Vel. Pat.*, II, 89, 4.

⁹⁷ Tác.: *Anal.*, III, 72, 2; VI, 11; Suetonio: *Aug.*, 89, 7-8.

⁹⁸ Los PP. Mohedanos (*Hist. Lit. de España*, IV, 197-112; cf. *ibid.*, 143), dudan en la atribución del teatro a uno u otro de los dos Balbos, pero más bien se inclinan a creer que es obra del Mayor. Tenemos por seguro que es del Menor. Los textos de Tácito y Veleyo Patérculo citados más arriba dirimen la cuestión: el teatro es del vencedor de los Garamantes, cuyos despojos empleó el triunfador en su obra.

⁹⁹ Cf. GROAG: *Prosopographia...* 1331, con referencias bibliográficas.

¹⁰⁰ DIÓN CASIO: LIV, 25, 2.

regreso de Augusto de la Galia (año 13) por cuyo motivo se celebraron en el teatro de Balbo unos espectáculos.

Ausonio y Plinio son los que nos dan idea de la suntuosidad de la obra. El primero¹⁰¹ nos muestra a Balbo, sin escatimar gastos, compitiendo con el gran Pompeyo y con el Emperador Augusto para la realización de una obra inmortal. Plinio¹⁰² refiere como "insigne maravilla" cuatro columnas de ónix que Balbo colocó en su teatro: hasta entonces sólo era usual hacer objetos de escaso tamaño con esta piedra preciosa traída, dice Plinio, de Arabia, por ejemplo vasos o patas para lechos o sillas.

"El año siguiente a la erupción del Vesubio (año 80) bajo el imperio de Tito, el gran incendio que abrasó a unos cuantos edificios abrasó igualmente el teatro de Balbo"¹⁰³. Restaurado¹⁰⁴, aún servía en el siglo IV de nuestra era. Se abría al exterior por una serie de arcadas cuyas pilastras estaban adosadas; el piso inferior era dorio, el 2º jónico y el 3º corintio. Sólo quedan escasos restos de los cimientos de travertino ocultos bajo el actual palacio de los Cenci y casas vecinas. El teatro tenía adosada a la escena una cripta o galería recubierta en forma de pórtico destinada al albergue de los espectadores en caso de lluvia. La cripta aún subsistía en el siglo XVI; todavía se pueden ver algunas pilastras de travertino medio enterradas y adornadas con columnas y capiteles corintios. A fines del siglo pasado (1892) se descubrieron algunos restos del pavimento (placas de travertino).

SU PONTIFICADO

Numerosas monedas gaditanas de tiempos de Augusto¹⁰⁵ nos dan a conocer el cargo de pontífice que Balbo el Menor debió a su ventajosa posición junto al emperador. Media docena de sestercios o dupondios nos presentan: al *anverso*, la cabeza de Hércules, de perfil, con la piel de león y la clava al hombro a la izquierda; al *reverso*, los atributos pontificios (cuchillo, símpulo y hacha, o el hacha sola) y la leyenda *Balbus Pont* (ifex). No se ha dudado que se trate de Balbo el Menor, gracias al texto de Veleyo Patérculo, ya referido en varias ocasiones.

LOS BALBOS COMO LITERATOS

Los Balbos tuvieron aficiones literarias y vivieron en estrechas relaciones de amistad con grandes figuras de las letras latinas, Cicerón, Varrón, Craso y probablemente¹⁰⁶ Virgilio, y otras de segunda categoría pero cuyos

¹⁰¹ AUSONIO: *Lud. Sept. Sapient.* 40:

Postquam potentes nec uerentes sumptuum
Nomen perenne crediderunt, si semel
Constructa moles saxeo fundamine
In omne tempus conderet ludis locum:
Cuneata creuit haec theatri inmanitas.
Pompeius hanc et Balbus et Caesar dedit
Octavianus concertantes sumptibus.

¹⁰² PLINIO: *N. H.*, XXXVI, 60.

¹⁰³ XIPHILINO: *Excerpta Dionis*, 214,—al final.

¹⁰⁴ Cf. L. HOMO: *Topographie rom.*, pág. 165 y 638.

¹⁰⁵ VIVES: *Moneda Hispánica*, III, 10-12.

¹⁰⁶ Cf. FUNAILI: *Gram. Rom. Fragm.*, pág. 542.

méritos han hecho perdurar el nombre (Atico, Hircio, Opio); el Mayor se interesaba incluso por la filosofía y con más pasión que era de esperar en un espíritu tan positivo y práctico como el suyo. “Se apresuraba a hacer copiar las obras de Cicerón antes de ser conocidas del público, y, aunque por su carácter, fuese el más discreto de los mortales, iba hasta cometer indiscreciones por ser el primero en leerlas”¹⁰⁷. Ambos pusieron su distinguido talento de literatos como toda su actividad al servicio de la idea imperial y del emperador.

Ha habido dudas en la atribución al tío o al sobrino de las obras (más exactamente títulos de obras) y fragmentos conservados a nombre de Lucio Cornelio Balbo sin distinción de *maior* o *minor*. Y frecuentemente se han confundido los dos Balbos en sus actividades literarias.

Las obras de los Balbos de que tenemos noticia, son (aparte de la correspondencia de que ya hablamos): una obra histórica o *Efemerides* un *Exegeticon* y una *Praetexta*.

Las *Efemerides* eran como un diario de las acciones de César; Sidonio Apolinar¹⁰⁸ las señala como fuente para el estudio de la vida del dictador. Su autor es indudablemente L. Cornelio Balbo el Mayor: Julio Capitolino, escritor de la *Historia Augusta*, no deja lugar a duda: llama a éste Balbo “historiador” (*historiae scriptor*) al referir la vida del emperador Balbino que pretendía descender de nuestro Balbo el Mayor¹⁰⁹. Las señales que da J. Capitolino, a saber: Cornelio Balbo, a quien concedió Pompeyo la ciudadanía, son claras; el mismo nombre de Teófanos que algunos han alegado para dudar se trate de Balbo el Mayor, es una prueba más de ello: se añade a Balbo el nombre de su padre adoptivo; no debe sorprendernos: los hijos heredaban el nombre como la hacienda de sus padres legales¹¹⁰. Es absurdo pretender que Capitolino aquí designa a Teófanos y no a Balbo: pues si bien es verdad que las características, concesión de la ciudadanía por Pompeyo, nobleza ilustre en su patria e historiador, convienen a Teófanos no viene al cuento aquí Teófanos. Balbino pretendía explicar su nombre o sea su origen, de Balbo evidentemente.

Sidonio Apolinar, que nos entera del título y contenido de la obra de Balbo, pondera su valor: “¿quién igualará las *Efemerides* de Balbo?”¹¹¹.

César con sus comentarios de la guerra de las Galias inicia un movimiento literario (culminará en el siglo de Augusto) que pone la pluma al servicio de la política: el de *Bello Gallico* es una apología de la obra de César: de su lectura se desprende que la seguridad del imperio exigía las medidas tomadas por él. Muerto César, Balbo el Mayor, que sigue siendo el alma de su pensamiento, fomenta esta literatura que ensalza la obra del difunto dictador: es un medio más de servir a su heredero, Augusto. Balbo insta a Hircio y consigue de él escriba el VIIIº libro de la guerra de las Galias: “Vencido por tus instancias, Balbo, ya que mis diarias negativas, en lugar de ser excusadas por la dificultad de

¹⁰⁷ BOISSIER: *Cicéron et ses amis*, pág. 261; cf. CICERÓN: *ad Att.*, XIII, 21 y 22.

¹⁰⁸ SIDONIO APOLINAR: IX, 14, 7.

¹⁰⁹ Vida de Máximo y Balbino 7, 3; Balbinus ut ipse dicebat a Balbo Cornelio Theophane originem ducens qui per Pompeium ciuitatem meruerat, cum esset suae patriae nobilissimus idemque historiae scriptor.

¹¹⁰ Cf. PP. MOHEDANOS: *Hist. Lit. de España*, IV, pág. 170-80.

¹¹¹ SIDONIO APOLINAR: IX, 14, 7.

la obra, te parecían efecto de la pereza, emprendí la difícilísima tarea de completar los comentarios de las gestas de nuestro César”¹¹².

El *Bellum Hispaniense*, el *Bellum Alexandrinum* y el *Bellum Africanum*, son obra de otros cesarianos que continúan la historia de su ídolo; sus apologías eran a la vez un obsequio a Octavio y apoyaban su posición política. No podemos citar su nombre con toda seguridad; en tiempo de Suetonio¹¹³ se pensaba en Hircio o en Opio como autores posibles de dichas obras. Opio escribió una vida de César¹¹⁴ y una memoria demostrando que Cleopatra no había tenido hijo ninguno de César¹¹⁵.

Balbo aquí también predicaba con el ejemplo; además de la apología de César era su propia apología. Compuso sus *Efemerides* haciendo resaltar cuanto podía redundar en honor de su jefe. Es muy probable que constara en las *Efemerides* la profecía que refiere Suetonio¹¹⁶ y que garantiza con la autoridad de Balbo: “Se encontró en un sepulcro en donde se decía estar enterrado Capys, el fundador de Capua¹¹⁷, una chapa de bronce con la siguiente inscripción en griego: Cuando se hayan descubierto los huesos de Capys, un descendiente de Iulo caerá bajo los golpes de sus parientes; pero las grandes desgracias que sobrevendrán a Italia lo vengarán. No se juzgue este hecho fábula o invento: la refiere Cornelio Balbo, amigo íntimo de César”.

Balbo refiere el hecho evidentemente con miras políticas: “No era indiferente a los partidarios de César interesar el cielo y la tierra a la justificación de su memoria”¹¹⁸. Rodearon la muerte del jefe con este prodigio y otros muchos más¹¹⁹; luego se sumarán los poetas, Virgilio, Horacio, Ovidio, a la glorificación del dictador; el resultado final será la apoteosis de César y de rechazo el ensalzamiento de su heredero Augusto.

Es de lamentar lo que representa para la historia y en particular para la historia de España la pérdida de las *Efemerides* de nuestro Balbo, personaje tan enterado de todos los secretos de la época. “En esta *Efemerides* se referirían muy por extenso los hechos de César en España en tiempo de su cuestura y de su pretura en la Ulterior; las guerras con Petreyo y Afranio, con los hijos de Pompeyo, los beneficios que César hizo a la Bética, los que esta provincia y especialmente Cádiz recibió de su liberalidad; y en fin, otras muchas particularidades de los sucesos de España que con la obra de Balbo han quedado sepultados en las tinieblas del olvido. Un escritor español tan afecto a su patria y tan amado de ella, que sirvió a César en muchas de sus expediciones en España, y antes había acompañado a Pompeyo, no podía dejar de estar muy instruido ni ser indiferente a las gloriosas acciones que se habían representado en el teatro de su nación”¹²⁰.

¹¹² *De Bel. Gal.*, VIII, praef.

¹¹³ Suetonio: *César*, 56.

¹¹⁴ Plutarco: *Pomp.*, X, 17; Suetonio: *César*, 53.

¹¹⁵ Suetonio: *César*, 52, Ver Schanz-Hosius, *Geschichte der Römischen Literatur*, página 351.

¹¹⁶ Suetonio: *César*, 81.

¹¹⁷ Cf. Virgilio: *Eneida*, X, 145; T. Livio: IV, 37, 1.

¹¹⁸ Mr. de la Nauze: *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, t. 19, pág. 339.

¹¹⁹ Cf. Virg. Georg: I, 466 y sig.; Ovid Met., XV, 782 y sig.; Tibulo II, 5, 71 y sig.; Lucano: I, 522 y sig.; Plinio, N. H. II, 98; Apiano: II, 115-16; Val Max., I, 6, 13; Plutarco *César* LXIII y LXIX; Dión Casio: XLV, 17.

¹²⁰ Pp. Mohedanós: *Hist. Lit. de España*, t. IV, pág. 192-93.

Tenemos noticia de otra obra voluminosa escrita por L. Cornelio Balbo; su título *Exegeticon*, es griego, como el de numerosas obras literarias de la época (*Georgicon*, *Bucolicon*, etc.). Comprendía al menos 18 libros, pues Macrobio¹²¹ cita un pasaje del libro 18; lo cita al comentar los versos en que Virgilio¹²² describe un banquete en honor de Hércules: los convidados comen sentados y no recostados. Macrobio anota que con razón hace observar el poeta la postura en el convite: porque a Hércules, como consta en el ritual referido por Cornelio Balbo, no se le ofrecían lectisternios. ¿Trataba Cornelio Balbo ocasionalmente de un rito religioso o era toda la obra una exégesis acerca del culto de los dioses? La cuestión es insoluble por falta de más información. La misma escasez de elementos de juicio no nos permiten saber cuál de los dos Balbos es el autor. Por tratar al menos incidentalmente las Exegetica de un tema religioso, más bien parece ser obra del pontífice o sea de Balbo el Menor y así se inclina a creerlo Münzer y Groag¹²³; no faltan respetables criterios que opinan lo contrario¹²⁴.

En cuanto al objetivo perseguido por el autor ¿no sería ayudar a Augusto en su campaña para resucitar el fervor religioso de su generación?

En fin, la *Practexta* era obra de Balbo el Menor¹²⁵ y se titulaba probablemente *Iter*¹²⁶; trataba de su embajada al procónsul L. Léntulo con objeto de atraerlo al bando cesariano. La hizo representar en la primavera del 43, en Cádiz, con ocasión de unos juegos que allí organizó. El autor conmovido lloró al recordar sus hazañas en compañía del malogrado general, vilmente asesinado el año anterior, a la vez que la suerte aciaga de tantos amigos víctimas del hambre y de la guerra en los días trágicos de la campaña de Epiro.

¹²¹ MACROBIO: *Sat.*, III, 6, 16: Et Cornelius Balbus *Exegetico* libro octavo decimo ait apud aram maximam obseruatum, ne lectisternium fiat.

¹²² VIRGILIO, *Eneida* VIII, 175-76:

Haec ubi dicta, dapes iubet et sublata reponi
pecula, gramineoqua uiros locat ipse sedili.

Non uacat quod dixit *sedili* nam propria obseuatio est
in Herculis sacris epulari sedentes; et Cornelius Balbus
Exegeticon...

¹²³ MÜNZER: art. *Balbus* en P. Wissowa; GROAG: en *Prosopographia imperii*... 1331.

¹²⁴ Sobre esta cuestión cf. TEUFFELS: *Geschichte der Römischen Literatur*, 6ª ed. 209, 4.

¹²⁵ CICERÓN: *ad fam.*, X, 32, 3, 5.

¹²⁶ Cf. GROAG: art. *Balbus* (Cornelius Minor) en P. Wissowa.

LOS BALBOS Y SU GENERACION

ELIGIERON EL MEJOR PARTIDO, EL MAS AFORTUNADO Y EL MAS HONROSO PARA ELLOS

El siglo I anterior a nuestra Era fué un siglo de transición en la historia de Roma: el odre viejo de la república no podía ya contener el vino de los tiempos nuevos. El sistema de la representación directa era inaplicable después de haberse extendido a toda Italia el derecho de ciudadanía. En el interior las luchas a mano armada se sucedían en el foro.

La posición de los contemporáneos ante el problema constitucional planteado por las circunstancias no fué uniforme, como era de esperar. El carácter de cada uno, su agudeza, las tradiciones familiares y otros mil factores decidieron la reacción de los individuos.

Todos reconocían que un cambio era necesario. Pero unos pretendieron hacer marcha atrás en el tiempo y resucitar el período áureo de la república con sus virtudes austeras, su legalidad intangible dentro de las formas constitucionales: Catón viene aquí a la mente de todos. La mayoría de los senadores convenían en voz baja que no había salvación posible más que con una dictadura¹. Dión Casio escribe²: “El gobierno tomó en aquella época una forma mejor y más saludable porque era totalmente imposible para los romanos salvarse con la república”. Y Tácito³: “Después de Accio el gobierno de uno solo vino a ser condición de paz”. Es también la idea fundamental de Virgilio en la Eneida. Pero aún la realización del poder personal admitía diversas soluciones. Hubo quien quiso realizarlo empleando la conspiración y la soldadesca (procedimiento de los Dionisios y Agatocles): Catilina. Otros preferían el sistema de Pericles realizándolo por las leyes mismas de su país: Pompeyo. En fin César intentó la realización del poder personal a su favor, pero a la manera de Alejandro, es decir, empleando la seducción irresistible y el ascendiente del genio.

Otros no veían claro, como Cicerón. En su tratado de la República hace el elogio de la monarquía: conviene volver a la monarquía como el mejor tipo de gobierno⁴; hace tiempo que por nuestra culpa hemos perdido la república aunque conservamos su nombre⁵. Sólo el rey responde a las exigencias de la vida práctica “Un solo piloto, y la travesía es feliz; un solo médico, y la salud se recupera; un solo jefe es condición de victoria; del mismo modo la dicha de los ciudadanos exige un *moderator* en el estado”⁶.

En contradicción con estas ideas hay innumerables párrafos en sus cartas en que protesta que para él no existe otra causa que la republicana, otro partido posible que el de *los mejores*, etc... En fin, hubo los que quedaron al margen de su siglo, los que, por sistema o por cobardía, no intentaron dirigir la historia: sino que se contentaron con vivir “su vida propia” aprovechando las circunstancias con el mayor oportunismo. Estos fueron legión; exponente de la masa inactiva es el senado del 49: comprendía

¹ AFIANO: *B. C.*, II, 19, 71.

² LIII, 19.

³ *Hist.*, I, 1.

⁴ I, 54.

⁵ V, 2.

⁶ V, 8.

unos 900 miembros, de ellos unos doscientos pasan a Oriente con Pompeyo; sólo unas decenas acuden a la reunión senatorial convocada por César para el primero de abril; los restantes, o sea más del 70 %, se esfuman por la capital o por la península itálica sin tomar las armas ni por la república ni por la dictadura.

Las ideas de los demás al querer abrirse paso e imponerse en Roma produjeron la serie de conflictos armados que ensangrentaron el imperio romano durante la última centuria de la república. En las etapas finales, las más agudas (conflicto César-Pompeyo, predominio de Octavio) las fuerzas activas se agrupan o bajo la bandera republicana enarbolada por Pompeyo, o bajo la dictatorial de César. Fuera de estos dos partidos sólo quedan los que ante todo desean tranquilidad personal.

Tres nombres pueden simbolizar las tres posiciones de la generación dividida y agitada: Cicerón, Atico, los Balbos, todos ellos buenos amigos, y que a pesar de sus diferencias políticas supieron apreciarse hasta la muerte y mantener estrechas relaciones mutuas. Uno de los dos Balbos, probablemente el Mayor, asistió a Atico en sus últimos momentos (año 34 a. de J. C., consulado de Cn. Domicio y C. Sosio)⁷.

Cicerón, aun viendo que la república era prácticamente una quimera, no se resignaba a abandonarla; acabó por abrazar el partido de Catón y murió como republicano. Boissier⁸ celebra la obstinación de Cicerón y Catón recordando las palabras que Lucano⁹ pone en boca del mártir de Útica y que expresan los sentimientos de cuantos se ofrecieron en holocausto a la causa perdida: "Como un padre que acaba de perder a un hijo prolonga los funerales ante la tumba bajo el impulso del dolor, se complace en inflamar con sus manos la hoguera fúnebre, así ¡oh, Roma! no te dejaré hasta no haber abrazado tu cadáver, tu nombre, oh, Libertad!".

Atico¹⁰ vió de cerca el principio de la guerra de Mario y por poco no fué su víctima. El tribuno Sulpicio, uno de los principales jefes del partido popular, era su pariente y, con sus partidarios y amigos, murió por orden de Sila; Atico tenía estrechas relaciones con él y, por lo mismo, corrió gran peligro. Reflexionó. Si había tenido hasta entonces algunas veleidades de ambición política y el pensamiento de buscar honores, renunció a ellos sin pena al ver el precio como los tenía que pagar. Comprendió que una república en donde se arrancaba el poder por la fuerza estaba perdida y que al perecer podía arrastrar consigo a sus servidores. Resolvió, pues, tenerse lejos de los asuntos y, en adelante, toda su política consistió en crearse una situación segura fuera de los partidos, al abrigo de los peligros. Atico necesitaba un motivo honroso para justificar su aislamiento. En buena hora se acordó de la máxima epicúrea:

ἐκλυτέον ἑαυτοὺς ἐκ τοῦ περὶ τὰ ἐγκύκλια καὶ πολιτικά δεσμοτηρίου (Epic. *Fragm.* 58 Bailey).

"Hay que liberarse de la cárcel de los negocios y de la política". Se adhiere a la secta; su alejamiento de todo partido es *un principio* filosófico.

Los Balbos no vacilaron, como Cicerón, ni imitaron a Atico como meros espectadores de su época. Lidieron en la arena. Fueron factores

⁷ Cf. CORN. NEPOTE: *Attic.*, 21 y 22.

⁸ *Cicéron et ses amis*, pág. 72 y 73.

⁹ *Fars.*, II, 257-303.

¹⁰ Cf. BOISSIER: *Cicéron et ses amis*, pág. 130. CORN. NEPOTE, *Attic.*, 2, 4, 6, 7 y 8.

importantes en la historia aunque poco considerados por el común de los autores. Reconocieron con César el télos¹¹ de la historia romana. Pero César fracasó por lamentables imprudencias (disentimos de Wickert que cree no había llegado el momento de realizar el poder personal). Ya vimos en otro lugar la responsabilidad de uno de los Balbos en esta equivocación. Pero ambos repararon el error abriendo y allanando el camino a Octavio. El principado de Augusto reanudó la evolución progresiva y sin sobresaltos que venía sufriendo la vieja república y hace así triunfar la idea imperial de César aunque sin el aparato por él soñado.

Los Balbos eran naturales de una ciudad cosmopolita, muy relacionada con Oriente por sus orígenes y por su intercambio comercial; la estatua de Alejandro era la única que había en el templo gaditano del Hércules fenicio, objeto por parte de César de una intempestiva y furiosa devoción¹²; perduraba el recuerdo del fantástico proyecto del conquistador macedonio que pensó en lanzarse desde Africa a Cádiz y desde Cádiz a Italia por la vía de Hércules¹³. Es natural que unos gaditanos se adhirieran a un caudillo romano que pretendiera implantar una monarquía de tipo helenístico.

No fueron ganados los Balbos al partido cesariano por el oro de los galos; no pasaron de un partido a otro según la oportunidad del momento; sólo sirvieron una causa, la de César. Son personas honradas en un bando en que abundaba "la gente mala, la gente que temía por el pasado y sólo tenía esperanzas criminales en el porvenir"¹⁴. (César había aceptado los servicios de toda clase de personas, cualquiera que fuese su moralidad). Operarios de la primera hora, los Balbos, no desfallecieron jamás e hicieron honor a la fides hispánica en 44 cuando unos generales (y de los mejores militares) traicionaron y formaron parte de la conjura que acabó con César; otros, después de su muerte, quisieron pisotear su última voluntad y usurpar el puesto del legítimo heredero. Los Balbos mantienen, como fuego sagrado, el ideal del partido. Los antiguos discutieron si el imperio fué un bien o un mal; por fin acabaron considerándolo como ventajoso para la humanidad. Cicerón defiende la causa condenada a perecer y perece con ella; Atico queda al margen de su siglo, se salva en las tormentas que sucesivamente agitan a su generación, pero sin gloria. La mayoría de los cesarianos mueren de muerte violenta. Los Balbos se adhieren al partido destinado a vencer y tienen la dicha de ver realizado el sueño de César a favor de su sobrino. Con éste consiguen los mayores honores: uno, el consulado; el consulado y el triunfo, el otro. No sabemos cuándo murieron los Balbos, pero desde luego estando ya sólida y definitivamente establecido el poder personal, con la convicción general que el vasto cuerpo del imperio no podía sostenerse en pie ni en equilibrio sin la unidad de mando. El Mayor, a imitación de César y precediendo a Augusto, dejó asignado en su testamento un don en metálico a los romanos, a razón de 25 denarios (dracmas, dice el texto) por cabeza¹⁵.

¹¹ Cf. WICKERT: *Caesars Monarchie und der Prinzipat des Augustus*, NJAB, 1941, 12-13.

¹² Cf. Q. CURTIUS, IV, 2.

¹³ Q. CURTIUS, X, 1, 17 y 18.

¹⁴ CICERÓN: *ad fam.*, VIII, 14.

¹⁵ DIÓN CASIO: XLVIII, 32. Entendido al pie de la letra el texto de Casio, Balbo habría tenido una fortuna exagerada; por otra parte parece inverosímil dejara 25 denarios a todos los romanos del imperio, incluso a los multimillonarios. Creemos que su legado sólo era extensivo a los ciudadanos pobres (plebs). Pues, hablando del legado de Augusto,

La fama de los Balbos perduró en el sentido de considerárseles como personajes tan amantes de Roma que en ello no cedían a los romanos más patriotas. Nadie en Roma tuvo nunca que arrepentirse de haber admitido a estos provinciales en el seno de la ciudad¹⁶. Pero, corazones bien nacidos, tampoco olvidaron a su patria chica, el rincón de España en que nacieron. “Balbo —el Mayor— ha dejado su corazón en Cádiz, entre sus compatriotas, mientras que su crédito y su poderosa recomendación se ocuparon en servir a Cádiz desde Roma. Todos nosotros nos interesamos por Cádiz, testigos del cielo y de la diligencia de Balbo” dice Cicerón¹⁷. Ya vimos en otros lugares las ventajas que obtuvo de César para Cádiz.

Balbo el Menor fué generosísimo para con su ciudad natal: A Roma le dió un edificio, soberbio, es verdad: su teatro; a los gaditanos les dió una ciudad nueva¹⁸: un arsenal en la ribera opuesta del continente por resultar insuficiente el recinto antiguo; el siglo de los Balbos fué el siglo de oro de Gades; tal fué por entonces su florecimiento, tal su desarrollo que desbordó sus límites; y en buena hora halló quien resolviera con su iniciativa y sus bienes personales el problema planteado por su mismo acrecentamiento.

Muerto César, el gran bienhechor de Cádiz, ambos interesaron por su patria a Augusto y a su yerno Agripa. Marco Vipsanio Agripa fué en efecto “patrono y padre del municipio gaditano” como rezan las monedas. “Correspondía, observan los PP. Mohedanos¹⁹, que un Agripa famoso por sus hazañas de mar tuviese por clientes a los más célebres marineros”. Sin duda los bajeles de Cádiz, al servicio de Augusto como anteriormente al de César, participaron en las victorias navales de Sicilia (contra Sexto Pompeyo) y Accio. El gran almirante de Augusto²⁰ cuya gloria se cifra principalmente en estas dos hazañas, agradecido a los gaditanos por su comportamiento, los acogió bajo su protección.

Augusto dió su nombre, como César le había dado el suyo, a la patria de los Balbos, que en adelante se llamará *Augusta Urbs Iulia Gaditana*²¹.

dice TÁCITO (*Anal.*, I, 8) que dejó 43.500.000 sestercios *populo et plebi*, comparando este texto con otro del mismo autor (*Anal.*, XIII, 31) y con un pasaje de Suetonio (*Aug.*, 101) se ve que *populus* es “el estado, el pueblo, el erario público”; y la *plebs*, el pueblo, el conjunto de ciudadanos de las 35 tribus favorecidos individualmente por un don en metálico. Cf. *Monum. Ancir.*, III, 8. T. *Livro*: II, 56, 11. Pero el historiador griego empleó los términos de su lengua para dar una idea lo más aproximada posible a la realidad aunque sin precisar tanto como Tácito ni Suetonio. Nótese que Casio habla de dracmas en Roma, evidentemente porque era del valor del sestercio poco más o menos: *denarius... par erat dracmae*, PLINIO: XXI, 34.

¹⁶ Tác. *Anal.*, XII, 24.

¹⁷ *Pro Balbo*, 43.

¹⁸ Estrabón III, V, 3. Los gaditanos llamaron, dice Estrabón, en griego, a este nuevo barrio de Cádiz *Neapolis*. Suponemos que aquí se habrá fundado el anónimo autor del artículo consagrado a Balbo el Menor en la Enciclopedia Espasa para escribir con toda seriedad: “Balbo el Menor nació hacia el año 80 antes de J. C...; se le atribuye la fundación de Nápoles(!!!).”

¹⁹ PP. MOHEDANOS: *Hist. Lit. de España*, t. IV, pág. 250.

²⁰ Cf. *Vel. Pat.*, II, 79.

²¹ Cf. PLINIO: *N. H.*, IV, 119.